



BAXTER & CLARIE

ELISA MAYO



BAXTER
&
CLARE

ELISA MAYO

© Baxter & Clare
Elisa Mayo
Edición, septiembre 2024
Maquetación: Elisa Mayo / elisamayoescritora@gmail.com
Diseño de cubierta: Elisa Mayo / elisamayoescritora@gmail.com
Imágenes de cubierta e interiores: Adobe Stocks

No se permitirá la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación o por otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

A Marisa,
porque siempre tienes una sonrisa plantada en la boca
a pesar de cualquier dificultad.
Te alovíu.

ÍNDICE

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[CAPÍTULO 46](#)

[CAPÍTULO 47](#)

[CAPÍTULO 48](#)

[CAPÍTULO 49](#)

[CAPÍTULO 50](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

[OTRAS PUBLICACIONES DE LA AUTORA:](#)

PRÓLOGO

Clare

En algún lugar en el norte de Arkansas, abril de 1987

Estaba desesperada. Tenía que hacer algo para cambiar la mísera situación económica en la que nos encontrábamos mi padre y yo. A pesar de mis tres empleos, no me daba para pagar las puñeteras facturas, pasadas y presentes; mucho menos las futuras. Los avisos de impago de diferentes entidades se acumulaban en una montaña que parecía no tener fin. En lugar de saldar sus deudas, mi padre se dedicaba a pulirse el sueldo en alcohol y máquinas tragaperras, con la esperanza de ganar el premio gordo, que, por supuesto, cuando eso ocurría, volvía a gastarse en juego y bebida. Y, de ese modo, la bola de nieve seguía haciéndose cada vez más grande, hasta que nos arrastrara colina abajo sin remedio.

Y estaba harta.

Harta de ver cómo mi padre destrozaba su vida y, por ende, la mía.

Harta de ser la pobre diabla del pueblo.

Harta de haber tenido que madurar antes de tiempo.

Harta de resolver todos sus problemas.

Pero se había terminado.

No iba a aguantar ni un minuto más.

Sobreviví gracias a la buena voluntad de mis vecinos. Todos sabían que, desde la muerte de mi madre, la situación en mi casa no fue la más apropiada para una niña de diez años, pero no podían hacer nada más que ofrecerme un plato de comida, algo de ropa usada de sus propios hijos y encargarme pequeños trabajos para pagarme unas monedas. A pesar de mi juventud, jamás cogí dinero «gratis».

En cuanto cumplí la edad legal para tener un empleo, ni siquiera tuve que buscarlo; de nuevo, mis vecinos salieron en mi ayuda. No sé qué habría sido de mí sin todos ellos. Les debo, literalmente, la vida.

Jerry me ofreció unas horas en la gasolinera; Martha, otras más en su cafetería, y George me contrató como ayudante en su taller mecánico. También limpié jardines, hice de canguro y fui dependienta en el supermercado de los Jones.

Mientras tanto, mi padre, por suerte, no perdió su trabajo en la granja de Marcus —no tenía dudas de que lo mantenía más por mí que por él—, pero, al salir, se dirigía al bar de Tom, bebía cerveza y se pasaba horas delante de la máquina tragaperras, hipnotizado. Al anochecer llegaba a casa, se acostaba y dormía hasta el día siguiente, cuando volvía a empezar la rueda de nunca acabar.

No era violento, pero tampoco se dejaba sermonear por nadie que lo intentara; mucho menos por mí. Si Tom no le servía cerveza o desenchufaba la tragamonedas, mi padre compraba alcohol en la tienda y se lo bebía en casa, frente al televisor. O bien, cometía la locura de conducir nuestra vieja camioneta hasta cualquier otro bar para seguir con su rutina. Nunca entendí cómo jamás tuvo un accidente.

La muerte repentina de mi madre no solo nos dejó sin su presencia, su amor y su risa, también se cobró la cordura de mi padre y nuestra relación.

Desde siempre, la televisión fue mi mayor aliada, en las pocas horas que pasaba en casa, para no sentirme sola y dejar de pensar en que el techo se me caía encima o, simplemente, algún día me quedaría sin él. Crecí viendo películas de todo tipo, incluso las no recomendadas para mi edad, y series infantiles, juveniles y de adultos. Mi favorita, sin duda, era *Los ángeles de Charlie*. Imaginaba que era una de ellas y mi vida estaba llena de intriga, acción y misterio. Esa era la forma en que me evadía de mi existencia de mierda. Pero, después de más de diez años de su estreno, yo no era la misma y, por supuesto, sabía que Charlie jamás vendría a buscarme para encargarme una misión.

Una tarde del mes de marzo de 1987, vi en las noticias —sí, también miraba reportajes y leía el periódico— que un atracador de bancos traía de cabeza a la policía. Llevaban años tras él sin conseguir ni siquiera averiguar su identidad, así que el FBI se había hecho cargo del caso, puesto que el delincuente actuaba en diferentes estados y la colaboración entre comisarías cada vez era más complicada, según explicaba el reportero.

No indicaban la forma concreta en que procedía y solo disponían de unos pocos datos acerca de su apariencia; hombre, de metro ochenta y corpulencia media. Al parecer, lo único que sabía la policía era que, en cada robo, se disfrazaba de alguien distinto; por eso no eran capaces de averiguar nada más concreto. Según las declaraciones de algunos empleados de las sucursales afectadas, el individuo podía ser rubio, moreno, de pelo castaño o hasta pelirrojo. Unos decían que era mayor; otros, joven; varios, que no se habían fijado a causa de los nervios.

Me resultó curioso que llevara tanto tiempo robando sin ser descubierto y decidí averiguar más acerca del asunto. Total, no tenía nada mejor que hacer. Apenas tenía amigos, solo conocidos, y no me apetecía salir con ellos para que me dedicaran miradas de pena o quisieran cotillear acerca del estado de embriaguez de mi padre. En un pueblo tan pequeño como el mío, había pocas cosas con las que distraerse.

En ese instante, no supe a qué se debió mi interés repentino por el atracador, pero no tardaría más que unas semanas en descubrirlo.

CAPÍTULO 1

Carter

En algún lugar en el sur de Tennessee, mayo de 1987

Salí de la comisaría con la lengua entre los dientes para no gritar lo que pensaba acerca del hecho de que nos hubieran retirado del caso. «¡No tenéis ni puta idea!», les habría escupido a los chulitos del FBI. Pero eso habría provocado la ira de mi jefe y me habría mandado a casa, suspendido durante unos días.

La prensa había bautizado al atracador como El fantasma del banco, porque entraba, robaba y se marchaba sin que nadie reparara en él; solo la empleada de caja que tenía el «placer» de enfrentarse al cañón de su pistola. Sí, siempre elegía a mujeres. No era un ladrón al uso, eso era más que evidente. Pero yo llevaba meses estudiando todos los robos, no solo el que se había producido en nuestro condado hacía unas semanas, y me cabreó tener que entregar todo mi trabajo a los recién llegados. Por suerte, vi venir el percal y guardé una copia de la documentación en casa. Sí, mi jefe me habría suspendido también por ello.

—¿Juls? —la llamé al cruzar la puerta de casa.

—En la cocina —anunció su voz.

Solté la mochila junto al mueble de la entrada y guardé la pistola y la placa en el estante más alto del armario empotrado, bajo la escalera.

Recorrí los pocos metros que me separaban de la cocina y encontré a Juls cortando verduras sobre la isla central.

—Hola, nena. —Me acerqué a ella y la besé en los labios.

—¿Qué tal ha ido el día?

—Un asco —contesté mientras me daba la vuelta para coger una cerveza del frigorífico—. ¿Quieres más? —pregunté al ver que su copa estaba ya medio vacía. Le encantaba beber vino blanco bien frío mientras preparaba la cena.

—Sí, por favor —respondió con esa sonrisa franca que tanto me gustaba—. ¿Al final os han quitado el caso?

—Nos han echado a patadas. —Llené su copa y abrí mi botellín—. Esos cretinos creen que van a pillarlo en dos días.

—Bueno, tienen más recursos que vosotros. —Sonrió y se encogió de hombros.

—¿Tú de qué lado estás? —La cogí de la barbilla y volví a besarla.

Soltó una carcajada, aún con sus labios pegados a los míos.

—Del tuyo, cariño. Pero debes admitirlo.

—Ya, ya... —Me apoyé en la encimera y le di un trago a mi cerveza—. Una comisaría de

mala muerte de un pueblo perdido en mitad de Tennessee no le llega ni a la suela de los zapatos a los federales.

—No te pongas dramático. Es la comisaría del *sheriff* del condado. —Sonrió de nuevo.

—Lo sé, pero me jode haber trabajado para nada.

—Hombre, para nada no...

—Ya, para ellos —la interrumpí.

—Carter, cielo, hacéis lo que podéis con lo que disponéis. Esta es una ciudad pequeña.

—Lo sé, lo sé. Perdona, no quiero aburrirte con mis mierdas. ¿Qué tal tu día? —Volví a beber sin dejar de observarla. Llevaba una camiseta vieja, el pelo rizado recogido de cualquier manera y las mejillas sonrosadas a causa del vino. Estaba preciosa. Siempre había sido preciosa.

—No me aburres. Para eso estamos casados, ¿no? Para compartir penurias. —Bebió de su copa y luego volvió a cortar zanahorias.

—Estaría bien compartir alegrías de vez en cuando —añadí.

—Pues mira, hoy tengo una buena noticia. —Dejó el cuchillo sobre la madera, alzó de nuevo su copa de vino y clavó sus ojos en los míos—. Hemos vendido la casa Hammond.

—¡No jodas! ¡Eso es fantástico! —Solté mi botellín y me lancé a abrazarla.

Hacía más de una década que la inmobiliaria donde trabajaba Juls intentaba vender esa propiedad. La desgracia ocurrida en su interior, en 1972, no ayudaba a que la gente de la ciudad quisiera quedársela; ni siquiera los menos supersticiosos.

—¡Por fin! Lleva a la venta desde que teníamos veinte años, ¿recuerdas?

Imposible olvidarlo. Mis padres vivían al lado. Crecí junto a esa casa, junto a los Hammond. La tragedia de nuestros vecinos nos salpicó a muchos de los que teníamos relación con ellos. Fue... un episodio demoledor. Aquel día se perdieron demasiadas cosas, demasiadas personas.

—Y, ¿quién ha sido el insensato que la ha comprado? —bromeé, para sacudirme de encima la sensación angustiosa del recuerdo—. ¿Alguien de aquí?

—No. Un tío de fuera. Un tal Flynn. Ni siquiera ha venido a firmar los papeles, ha mandado a un abogado con «poderes». Ryan ha querido encargarse personalmente del asunto.

—Oh, claro. El jefe siempre quiere la mejor parte del pastel.

—Por supuesto. Pero la cuestión es que ya está hecho y no tendremos que preocuparnos por ello nunca más.

El Estado de Tennessee se quedó con la propiedad al no haber podido asignar a ningún familiar la titularidad de la vivienda, y Ryan, el dueño de la inmobiliaria, la compró mediante subasta, pero llevaba diez años gastando dinero en su mantenimiento. Al principio pensó que había adquirido una ganga y que, por el morbo, se vendería enseguida. No pudo estar más equivocado. Menuda visión de negocio tuvo.

—Pues... —agarré mi botellín y lo choqué con su copa— brindemos por ello.

Pensé que aquella venta también cerraría una etapa de mi vida, a pesar de creer que ya estaba finiquitada desde hacía mucho, pero esa noche, después de demasiados años, volví a soñar con Drew.

CAPÍTULO 2

Baxter

En algún lugar al suroeste de Kentucky, julio de 1987

Me desperté con la sensación de haber dormido apenas unos minutos, pero, al menos, no recordaba haber tenido pesadillas. Al parecer, me estaban dando una tregua.

Entré en el baño de la habitación del motel para asearme y, al salir, vi algo sobre la mesita de noche en lo que no había reparado. Levanté el trozo de tela con el dedo índice; eran las braguitas de encaje rojo de la chica con la que me había acostado la noche anterior. Bajo ellas, había una nota: «Lláname».

Muy sutil.

Sonreí sin poder evitarlo, a pesar de que sabía que jamás marcaría el número de teléfono que había anotado en el papel.

Lo arrojé todo a la papelera y me vestí para salir de allí cuanto antes. Tenía trabajo, no podía demorarme.

Abandoné la habitación unos minutos después para dirigirme al hotel en el que realmente estaba alojado desde hacía un par de días. Nunca mezclaba trabajo con placer, por lo que no usaba el mismo lugar para ambos asuntos.

Mientras desayunaba en la terraza de la *suite*, repasé las noticias de los periódicos; hacía ya dos meses de mi último golpe y aún seguían tratando de recabar datos acerca de quién se escondía tras las múltiples máscaras del llamado Fantasma del banco.

Sí, ese era yo.

No me hacía especial ilusión el apodo que me habían puesto. Demasiado evidente y poco creativo para el esfuerzo que ponía en mi «trabajo». Pero, de momento, podía estar tranquilo; no tenían nada de lo que tirar para atraparme.

—No me cogeréis, ni ahora ni nunca, ya esté implicado el FBI, los *rangers* o cualquier otro cuerpo de policía —susurré antes de cerrar el diario y apartarlo para acabar de degustar mi café.

Podía sonar pretencioso, y hasta egocéntrico, pero llevaba más de una década en el negocio y continuaba sin haber sufrido el mínimo contratiempo en ninguno de mis robos.

La clave: ser meticuloso.

El secreto: trabajar solo. Siempre, sin excepción.

Si hay algo que no quieres que se sepa, no se lo cuentes a nadie. Absolutamente a nadie.

En ese instante, sonó el teléfono inalámbrico de la habitación, que había dejado sobre la mesa. Esperaba la llamada de mi abogado.

—¿Sí?

—*Señor Smith, tiene una llamada del señor Connelly* —anunció la recepcionista del hotel.

—Bien, pásemelo. Gracias. —Aguardé unos segundos—. ¿Señor Connelly?

—*Buenos días, ¿señor Flynn?*

—Dígame.

—*No sabía si me habrían pasado correctamente, como me indicó que preguntara por el señor Smith en el hotel...*

Sí, usaba varios nombres para no dejar rastros innecesarios.

—¿Está todo en orden? —lo intruí.

—*Tal y como me indicó. Todo a punto y cerrado.*

—Perfecto. Envíeme la documentación al apartado de correos que le di. En cuanto la reciba, le transferiré el resto del importe por sus servicios.

—*De acuerdo. Ha sido un placer trabajar con usted, espero que en el futuro podamos seguir haciéndolo* —contestó con un tono esperanzador.

—Desde luego. Ya le llamaré si requiero cualquier otra prestación.

—*Por supuesto, estaré encantado de...*

—Adiós, señor Connelly. —Y colgué.

Otro de los puntos importantes era no intimar con nadie más allá de lo estrictamente necesario, por lo que, si era imprescindible trabajar con alguien, no repetía profesional. Mantener las distancias era garantía de que las transacciones que no podía realizar por mí mismo se cumplieran con exactitud. Las personas con las que me veía obligado a colaborar tendían a buscar una brecha por la que entrar para aumentar al máximo sus honorarios. Y yo no tenía tiempo ni ganas de lidiar con lameculos.

Además, debía ponerme en marcha si quería cumplir con el nuevo plan trazado.

CAPÍTULO 3

Clare

En algún lugar en el sur de Kentucky, julio de 1987

Me temblaban las manos sobre el volante y lo apreté para intentar disipar el nerviosismo que me recorría las venas. Notaba el pulso en las sienes y en la garganta, como el eco de una canción *rock* a todo volumen. Estaba aparcada a pocos metros de la puerta de la sucursal bancaria, al igual que tantas otras veces en las últimas semanas; la diferencia era que, en esa ocasión, no me encontraba allí para observar, sino para actuar.

Había dedicado los dos meses anteriores a buscar información acerca de robos y atracos, más concretamente a seguir la pista del famoso Fantasma del banco. Un apodo ridículo, por cierto. Incluso, me desplazé hasta la oficina más cercana a mi casa que había sufrido el ataque del ladrón, me hice pasar por periodista y conseguí que la chica que había «atendido» al atracador me contara con sumo detalle el procedimiento que había utilizado para llevarse una buena suma de dinero. Nada de millones, pero sí un buen pellizco.

Al parecer, el tío entraba como cualquier otro cliente, hacía cola frente al mostrador y, cuando llegaba su turno, colocaba una mochila pequeña frente a la empleada, bajo la que escondía una pistola con la que apuntaba a la chica. Sonreía de manera encantadora y le pedía, con educación y amabilidad, que metiera en la bolsa todo el dinero que guardaba en el cajón de su puesto de trabajo sin hacer movimientos extraños o bruscos si no quería terminar con una bala en la cabeza. Por supuesto, la muchacha de turno obedecía sin rechistar.

—Al terminar, sin dejar de sonreír, el tipo me dijo: «Alégrate, encanto, acabas de sufrir un robo y tendrás una bonita anécdota que contar a tus nietos». Y me guiñó un ojo —me explicó la empleada.

No quise pensar mal, pero me dio la sensación de que hasta se sentía orgullosa de haber sido atracada por aquel hombre. Incluso que se sintió atraída por él. Quizá fuesen imaginaciones mías, pero el rubor que tiñó sus mejillas me dio a entender que no andaba muy equivocada. Puede que la elección de las mujeres fuese una parte estudiada del plan.

Llegué a la conclusión de que las observaba durante días, y que después escogía a la que le parecía más vulnerable; de ese modo, se aseguraba el *shock* de su interlocutora para desempeñar su función sin demasiado problema.

También me fijé en que los guardias de seguridad de esas sucursales no llevaban armas de fuego, solo una porra. En las oficinas de pueblos pequeños, no tenían presupuesto para contratar un servicio más sofisticado. Incluso, en la mayoría, ni siquiera existía esa figura de vigilancia.

De acuerdo que el botín no era elevado, pero, si lo hacía con asiduidad, estaba convencida de

que, a la larga, habría sacado un buen pico.

El tipo era brillante.

Rápido, fácil y sin complicaciones.

Entonces, ¿por qué me temblaban hasta las pestañas bajo las gafas de sol?

Había estudiado el plan al dedillo. No había fisuras. Todo iba a salir bien, con un poco de suerte. Me encontraba en otra ciudad, en otro estado; nadie me conocía. Además, iba disfrazada y mi aspecto nada tenía que ver con el verdadero. Llevaba una cartera elegante y una pistola de pequeño calibre, que mi padre guardaba en su armario, en el bolsillo de la gabardina. Ni siquiera tendría que sacarla, solo apuntar. Aparte de que no estaba cargada; me daba miedo que, con los nervios, se me disparara sin querer. Un tema era robar y otro muy distinto, herir o matar a alguien.

El banco era pequeño, más que el de mi pueblo, solo había una empleada y el director, y no había guarda. Tenía que ser pan comido.

—Vamos, Clare, necesitas esa pasta. Tienes derecho a vivir con algo más que unos cuantos billetes. Te mereces una vida mejor. Te mereces ser libre —me animé con la intención de evitar salir corriendo de allí.

Respiré hondo, me miré en el espejo retrovisor y reconocí que no parecía yo. Nadie podría relacionarme con el robo que estaba a punto de cometer.

Conduje el coche hacia la calle lateral del banco, a menos de dos metros de la entrada; de ese modo, llegaría a él enseguida y huiría sin mirar atrás. Incluso, podría dejar las llaves puestas.

Sí, eso haría. Nadie repararía en una vieja furgoneta que se caía a pedazos.

—Bien, Clare, vamos allá.

CAPÍTULO 4

Baxter

En algún lugar en el sur de Kentucky, julio de 1987

—Gracias por tu ayuda, encanto —dije sin dejar de sonreír—. Toma, te lo mereces —puse un billete de cien dólares sobre el mostrador y lo arrastré hacia la empleada—, por haberte portado tan bien. Ahora, te ruego que no des la voz de alarma hasta dentro de un par de minutos. —Le guiñé un ojo—. Ya tienes una anécdota que contar a todo aquel que te quiera escuchar. —Y, como siempre, sin más, me di la vuelta para salir del banco.

Tan solo había cinco metros de distancia hasta la puerta, y caminé con seguridad y calma. Nunca fallaba. Cualquier cajera de banca no hacía ascos a una buena propina.

—Adiós, buenos días —saludé al par de personas que esperaban su turno sin detener mi paso.

La oficina ni siquiera disponía de vigilante uniformado. Había sido coser y cantar. El robo más fácil de toda mi carrera.

Cogí la maneta metálica del marco de la cristalera para tirar y abrir. En ese instante, una mujer de cabello oscuro, ataviada con una gabardina corta atada a la cintura, se disponía a entrar. No podía entretenerme, así que, en lugar de cederle el paso, aceleré y salí justo antes de que alcanzara mi posición, pero aguanté la puerta como cortesía.

—Gracias —musitó.

—De nada, encanto.

Fue entonces cuando aceleré el paso hacia el callejón contiguo mientras me deshacía de la gorra y el bigote postizo y me lo guardaba en el bolsillo delantero del pantalón. Me quité la chaqueta y le di la vuelta, para cambiar su color marrón por el azul interior reversible. Introduje la mochila en otra más grande, que llevaba metida en la cinturilla de los pantalones, y me la colgué al hombro.

Giré hacia la izquierda, me quité la peluca y me la metí en el bolsillo trasero, y aceleré el paso para llegar cuanto antes al coche, que había dejado listo para huir por la parte trasera del edificio. Todo bien estudiado, como siempre. Abrí la puerta y lancé la bolsa al asiento trasero, me acomodé frente al volante y, justo al arrancar, alguien abrió la puerta del copiloto y se sentó a mi lado.

A causa de la sorpresa, se me escapó el embrague y el coche se caló. Era la misma mujer que acababa de cruzarme en la puerta del banco.

—¿Quién demonios eres tú? Baja de mi coche —exigí con voz fuerte, aunque sin llegar a gritar.

—Arranca —ordenó.

—¿Qué? Ni de coña. ¡Bájate! —Esta vez elevé el tono.

Me estaba haciendo perder un tiempo demasiado valioso.

—He dicho que arranques —insistió, y sacó una pequeña pistola del bolsillo derecho de su gabardina.

Mierda. Había dejado la mía en la mochila. Aunque tampoco me hubiera servido de mucho, estaba descargada.

—Vale, vale, tranquila. —No tuve más remedio que claudicar. Levanté las manos en señal de rendición, no fuese que se le escapara el dedo en el gatillo y acabara con una bala en la cabeza.

Maldita sea, con lo bien que había salido todo.

Giré de nuevo la llave en el contacto y enseguida me puse en marcha. La tía siguió apuntándome, en silencio, con el cañón hasta que salimos del pueblo.

—¿Hacia dónde voy? —pregunté irritado.

—Hacia donde quiera que te dirigieras antes de que me montara en tu coche —contestó.

—¿Quién cojones eres? Y, ¿qué quieres? —Empezaba a cabrearme de verdad.

Siempre había sido meticuloso, siempre había pensado en las posibles variables que pudieran afectar a mi plan, pero aquello era absolutamente nuevo y desconcertante. Jamás se me ocurrió pensar que alguien se metiera en mi coche y me secuestrara a punta de pistola.

Sí, estaba enfadado. Enfadado conmigo mismo. Pero ¿qué posibilidades había de que sucediera algo así?

—Bueno, estoy interesada en algo que tienes ahí detrás —contestó al tiempo que señalaba con la barbilla hacia mi espalda.

—Y, ¿se puede saber por qué quieres una mochila vieja? —Intenté despistarla. Seguramente me habría confundido con otra persona.

—Me interesa lo que hay dentro.

—Solo hay ropa de trabajo —mentí.

—Oh, yo diría que hay algo más valioso.

—Te equivocas.

—¿Sí? ¿Me equivoco? ¿No acabas de atracar el banco en el que nos hemos cruzado?

Hasta ese instante, desde que esa loca se había colado en mi coche, no había apartado la vista de la carretera. Necesitaba pensar. Desvié la mirada hacia ella. Llevaba unas gafas de sol grandes y antiguas, de los años 60, el pelo oscuro por debajo de las orejas y un flequillo que chocaba con la montura de pasta. Su sonrisa ladeada de labios rojos me sacó de quicio. Se estaba burlando en mi cara.

—¿Quién coño eres? —volví a preguntar.

—Oh, nadie importante, no te preocupes. No soy poli, pero has robado mi dinero.

—¿Tu dinero? —Arrugué el ceño—. Ah, ya entiendo. El banco se encargará de reponerlo, no lo has perdido.

—No me has entendido. Te has llevado la pasta que me iba a llevar yo —expuso con voz irritada.

Algo en mi cerebro hizo un clic.

¿En serio?

No pude evitar que una carcajada se me formara en el pecho y saliera disparada contra el parabrisas.

—¿Qué te hace tanta gracia, cretino? —Se enfadó.

De verdad que no podía parar de reír. Incluso tuve que desacelerar porque temía salirme de la carretera, a pesar de que no pasaba ni un alma y lo más probable era que no tuviera ningún accidente.

Sentí un apretón en el brazo. El cañón de su pistola me apretaba la carne.

—Lo siento. —Respiré hondo en un intento de calmar las risotadas—. Esto no estaba incluido en todo lo que se me ha pasado por la cabeza.

—Claro, por supuesto. El Fantasma es el único que tiene derecho a atracar bancos —ironizó. Así que me había... descubierta. ¿Cómo?

—No sé de qué me hablas —disimulé.

—Oh, yo creo que sí. No te servirá de nada hacerte el tonto.

—¿Me conoces? —Ya no tenía sentido mentir. Además, la chica empezaba a caerme bien. Tenía un par de huevos.

—¿Lo admites, entonces?

—¿Qué quieres que te diga? —Me encogí de hombros. Quizá, si no me negaba, acabaría por convencerla de que me dejara en paz. Solía ser bueno en persuadir a la gente—. Pero te daré un consejo —volví a mirarla—: la próxima vez, madruga más. —Y volví a soltar una carcajada.

Hacía tiempo que no me reía tanto. Demasiado.

—Muy gracioso. Pues... —Dudó un par de segundos—. Pues quiero la mitad de la pasta.

Otra risotada.

—Ni lo sueñes. Me he ganado cada centavo de esa bolsa.

—Al parecer, no te has dado cuenta de que quien tiene la pistola soy yo. —La elevó a la altura de mi cara.

Aún no sabía de cuánto era el botín, pero no estaba dispuesto a darle lo que pedía.

—Te daré un diez por ciento de lo que haya, nada más —propuse. La tía se lo había currado.

—No pienso regatear. Sé quién eres. Puedo ir a la policía y dar una descripción exacta de tu aspecto.

Hija de...

—Y después, ¿qué?

—Que hagan su trabajo. —Se encogió de hombros.

—Hasta ahora no lo han hecho muy bien —bromeé.

—Pero me tendrán a mí —sonrió satisfecha.

—Y, ¿quién me asegura que, si te doy la pasta, no vas a ir igualmente a la poli?

—Puedes confiar en mí.

—Claro. —Reí—. Te metes en mi coche, me secuestras a punta de pistola y quieres robarme. Esas son un buen puñado de razones para confiar en ti, por supuesto.

—También podríamos unirnos y atracar juntos.

—Ni de coña —casi ni dejé que acabara la frase.

—Oh, vaya... Parece que he encontrado algo más potente con lo que negociar.

—He dicho que no. Jamás. Nunca. Yo trabajo solo.

—Pues creo que... —sonrió con malicia— acabas de encontrar a una compañera.

CAPÍTULO 5

Clare

Dos horas más tarde, nos detuvimos en un motel en el norte de Kentucky. No acababa de creer que hubiese sido capaz de hacer algo así. Ni siquiera entendía cómo se me había ocurrido correr tras él al cruzarnos en la puerta del banco.

Algo en su expresión y su amabilidad me resultó familiar. Aparte de que no me cuadraba la ropa hortera que vestía con su porte, digamos, esbelto. Solo me giré un segundo para observarlo antes de entrar, o quizá fue que buscaba una excusa para retrasar el momento que me esperaba dentro; la cuestión es que lo vi hacer un gesto con la mano sobre su boca. ¡Se arrancó el bigote! ¿Cómo era posible?

En ese instante, me llamó la atención un pequeño alboroto que se formó en la oficina bancaria. Una empleada gritó que la acababan de atracar. Cuando volví a girarme hacia la calle, el tipo había desaparecido.

Lo tuve claro.

Cerré la puerta y eché a correr en la dirección en que él se había alejado; al llegar a la esquina, lo vi quitarse una peluca en el callejón y dirigirse hacia un Ford Mustang SPP dorado.

No dudé. Debía colarme en su coche.

Hablando de eso...

—¡Mierda! —Me detuve en mitad de la zona de aparcamiento.

—¿Y ahora qué ocurre? —preguntó en tono aburrido al tiempo que se daba la vuelta para mirarme.

—He dejado mi furgoneta junto al banco. Tenemos que volver a por ella —atajé.

—¿Estás loca? Acabo de atracar en ese lugar. Estará hasta arriba de policías.

—Joder —me quejé—. Está con las llaves puestas.

—No creo que a nadie le importe. —Volvió a girarse y siguió su camino—. Es un pueblo pequeño, nadie va a robártela. —Rio entre dientes.

—No tiene gracia.

—Tampoco que me apuntes con una maldita pistola, y llevas haciéndolo desde que te montaste en mi coche.

Tuve que correr para ponerme a su altura. El tipo parecía estar seguro de que no iba a pegarle un tiro. Quizá hasta sabía que no la tenía cargada.

Abrió la puerta que daba a la recepción del motel, pero no se detuvo. Continuó adelante hacia la escalera, y yo lo seguí.

—Disculpe, señor —lo llamó el chico que estaba detrás del mostrador—. Su habitación es de uso individual, si van a utilizarla dos personas, debemos añadir a su cuenta veinticinco dólares —argumentó.

—De acuerdo. Apúntelo. La señorita lo pagará cuando se marche —contestó sin darse la vuelta.

«Será cabrón...».

Caminó por el pasillo de la segunda planta hasta llegar a la puerta número trece. Metió la llave en la cerradura y abrió.

—Las damas primero —me ofreció.

—Ni lo sueñes. —Lo amenacé con el gesto de la mano dentro de mi bolsillo. Había guardado la pistola en cuanto salimos del coche en el aparcamiento para no llamar la atención, aunque el lugar estaba desierto.

—Como quieras. —Se encogió de hombros y pasó a la estancia.

Yo cerré la puerta tras de mí.

El cuarto era un cuchitril. Una cama, dos mesitas, una cómoda y una cortina amarillenta. Eso era todo.

—Menuda mierda de sitio. Con todo lo que has robado, ¿no te llega para más? —cuestioné.

Soltó la mochila sobre la cama y se quitó la chaqueta, que cayó sobre la primera. Acto seguido, se levantó la camiseta y se deshizo de una especie de faja con relleno que le rodeaba la cintura.

—Ahora que ya me tienes donde querías, dime qué hago para que te largues y me dejes en paz —expuso.

Estaba claro que no iba a darme más datos acerca de su *modus operandi*.

—Lo que te he dicho en el coche. Unirme a ti.

—¿Quieres que nos casemos? —Se rio—. Nos acabamos de conocer.

—No, idiota. Ya me has entendido.

Se cruzó de brazos y se apoyó sobre la cajonera.

—¿Y se puede saber por qué narices quieres dedicarte a atracar bancos?

—¿Tú qué crees? Necesito pasta.

—Pues trabaja.

—Tengo tres empleos, cretino. ¿Y me lo dices tú? Seguro que no has trabajado en tu vida.

Por su aspecto, debía de tener solo unos pocos años más que yo. Si llevaba robando más de una década, tal y como decían los periódicos, empezó muy joven.

Miró al techo y suspiró.

—De acuerdo, discutámoslo. Pero deberíamos estar en igualdad de condiciones.

—¿A qué te refieres exactamente?

—A que te quites la gabardina, las gafas y la peluca. Y, por supuesto, dejes de apuntarme con el arma. —Parecía hablar en serio.

Baxter

Era una puñetera niña. Una cría de piel fina, ojos vivaces y pelo castaño alborotado. Una chica demasiado joven para meterse en problemas. No obstante, me fijé en la aspereza de sus manos; se notaba que las había utilizado para realizar trabajos duros. Estaba seguro de que hasta tendría

callos en las palmas.

—¿Qué edad tienes, encanto? —pregunté con retintín.

—No me llames «encanto». Y tengo veintisiete. —Se enderezó y se cruzó de brazos.

Vaya, solo tres menos que yo. Hubiera jurado que no pasaba de los veintipocos.

—Y, ¿cómo te llamas?

—Martha.

—Falso. Si quieres trabajar conmigo, vas a tener que aprender a mentir mejor.

—¿Eso quiere decir que aceptas mi propuesta?

—Eso quiere decir que no te llamas Martha.

—Vaaaale. —Elevó los brazos y luego los dejó caer—. Clare, me llamo Clare.

—Así está mejor.

—¿Y tú?

—¿Yo, qué?

—Tu nombre.

La miré directamente a los ojos. Ella no los apartó de los míos. Unos segundos después, elevó una ceja con la clara intención de obligarme a contestar.

—Baxter.

Me observó durante unos segundos más; luego, estiró la mano hacia mí.

—Encantada de conocerte.

Apreté los labios para evitar soltar una nueva risotada. En lugar de eso, me acerqué y se la estreché. Había acertado. Tenía la piel de la palma dura, seca y llena de irregularidades.

—Lo mismo digo, Clare.

—Baxter y Clare. Suena bien, ¿no te parece? Como David y Maddie, o Laura y Remington...

—¿Quiénes son esos? ¿Amigos tuyos? —Fruncí el ceño, porque no entendía a qué venía aquello.

—¿En serio no los conoces? Son los protagonistas de *Moonlighting* y de *Remington Steele*.

—¿Estás hablando de películas? —pregunté sorprendido. No podía creerlo.

—Series de televisión. Son parejas de detectives y...

—Clare, encanto, esto es la vida real —la interrumpí—. Y no somos detectives...

—Ya lo sé, no soy idiota.

Alcé una ceja, tal y como ella había hecho un momento antes, pero mi gesto fue para mostrar incredulidad ante su exposición.

—Eso espero.

—Bueno, ¿aceptas mi propuesta o no? —se impacientó.

—Tengo que pensarlo, no te conozco de nada.

La verdad era que, tras la sorpresa inicial, me había hecho gracia su forma de abordarme, aparte del tema del arma, claro; pero yo también las usaba para intimidar, aunque no hubiera disparado en toda mi vida. Incluso, sentí admiración por su coraje, hecho que no admitiría ni bajo tortura, y por haberme descubierto. Una simple chica había dado conmigo antes que la policía y los federales. Desde luego, debía reconocerle el mérito.

—¿Y cuánto tardarás en consultarlo con la almohada?

—Como mínimo, deberías darme de margen esta noche, ¿no crees? —Señalé los cojines que reposaban sobre la cama.

Clare arrugó los labios en un gesto pensativo.

—Vale —asintió—. Tengo hambre, ¿podemos salir a comer algo? Con los nervios de esta mañana, ni siquiera he desayunado.

Santa paciencia.

Por suerte, me desharía de ella en menos de doce horas. Tampoco iba a matarme compartir una mesa.

CAPÍTULO 6

Carter

En algún lugar en el sur de Tennessee, entretanto

Había vuelto a ocurrir. El maldito cabrón había vuelto a atracar una pequeña sucursal en el sur de Kentucky.

Tenía más que claro que elegía ese tipo de oficinas porque estaban desprovistas de un buen servicio de seguridad, además de que la población rural era mucho más tranquila que la de ciudad o localidades más grandes. El tipo se lo montaba bien, debía admitirlo. Y como transcurrían varias semanas entre robo y robo, nunca sabías por dónde demonios iba a salir.

Que la policía conociera, llevaba más de setenta atracos y había actuado en más de diez estados. Al menos, jamás había dejado heridos o víctimas tras de sí. Eso me hacía pensar que era un tío listo pero no violento, y ya era mucho más de lo que se esperaba de los delincuentes habituales que robaban a mano armada. Pero no podía ir por ahí delinquiendo como si el mundo fuese suyo, debía pagar por sus infracciones.

Me desplazé hasta la comisaría del condado en cuestión, quería recabar información acerca del robo para sumarla a la que ya tenía. Sí, de nuevo, mi jefe me habría suspendido, así que tuve que decirle que debía arreglar unos asuntos personales para escaquearme todo el día.

—Buenas tardes, soy Carter Morris, el ayudante del *sheriff* del Condado de Marshall, en Tennessee. Quisiera hablar con el responsable del caso del robo de la sucursal bancaria que ha ocurrido hoy —me presenté al policía de la entrada.

—Buenas tardes. Ese asunto lo lleva el *sheriff* Hammer. Aunque... —miró hacia el interior de la comisaría— ahora está ocupado. —Volvió la vista en mi dirección de nuevo—. Los federales, ya sabe.

—Entiendo —asentí—. No importa, esperaré por aquí.

—De acuerdo. Lo avisaré en cuanto quede libre.

—Gracias.

Tuve que aguardar poco menos de una hora, que aproveché para tomar el peor café de mi vida en la máquina del vestíbulo, observar que aquella oficina era bastante más pequeña que la nuestra y en cómo una anciana pedía al agente que me había atendido que llamara a su hija para que fuese a buscarla, porque se había perdido y no sabía regresar a casa.

Lo habitual en un día normal de trabajo.

—Buenas tardes, agente Morris. —Hammer parecía un poco más joven que mi jefe—. Me temo que no voy a poder ser de gran ayuda. Los del FBI se han llevado casi toda la documentación.

—Ya imagino. Nos ocurrió lo mismo cuando atracó en nuestro condado. —El hombre asintió para darme a entender que estaba enterado—. No importa, con que me explique en detalle lo ocurrido me basta. Ya sabemos quiénes se encargan del asunto, pero nuestra oficina quiere

seguir recabando información, por si acaso. —Me encogí de hombros, como si aquello fuese un puro trámite y a mí me importara bien poco.

—Lo sé, lo sé. Aquí también anotamos los datos más relevantes.

—¿Y los hay de hoy?

—Bueno, lo de siempre. Entra, intimidada a una de las cajeras y se marcha con la bolsa llena. Aunque hoy —se inclinó sobre la mesa, como si quisiera contarme un secreto—, en las imágenes de la cámara de seguridad del banco, he visto que se cruzaba con alguien en la puerta al salir con el botín.

—¿Y? ¿Otro cliente que entraba a la oficina? —Ya había ocurrido otras veces.

—Una mujer. Aunque la cinta no era de la mejor calidad. La cuestión es que parece que se saludan, y luego ella, en lugar de entrar, se marcha. Quizá no sea nada, quizá solo se asustó, porque fue en el momento en que la empleada avisó de que había sufrido el atraco. Pero, que sepamos, esa mujer no ha venido a declarar ni la hemos vuelto a ver por los alrededores, y nadie la ha reconocido.

—Puede que estuviera de paso y quisiera sacar dinero.

—Sí, sí, por eso no le hemos dado demasiada importancia, y... no se lo he comentado a los federales. Total, el caso es suyo, que se espabilen —atajó con un matiz de desdén en la voz.

Estaba claro que a nadie le hacía gracia que la agencia estatal se hubiese hecho cargo del asunto. Pero dada la duración en el tiempo de los delitos y la dificultad de coordinar a todas las comisarías implicadas, la decisión lógica era unificarlo en un solo punto de investigación, a pesar de no estar de acuerdo con la resolución. Lo raro era que no hubiesen intervenido antes.

—¿Tiene alguna instantánea de las imágenes de las cintas?

—Sí, algunas hemos podido sacar antes de que se las llevaran para analizar.

Cuando un pez gordo como el FBI se quedaba con un proceso, los pececillos como nosotros tendíamos a acercar posiciones y era más fácil intercambiar información.

Agradecí al *sheriff* Hammer su amabilidad y salí de allí con todos los datos que me ofreció, con la esperanza de que algo me diera una pista de la que tirar, aunque lo veía poco probable.

Me senté en el coche y abrí la carpeta de cartón marrón para examinar las fotos con más detenimiento. Unos minutos después, el calor allí dentro se me hizo insoportable. Fue entonces cuando me di cuenta de algo.

—¿Una gabardina abotonada y atada a la cintura en pleno julio, señorita desconocida? No me cuadras. Y si te quedaste fuera del banco, ¿viste hacia dónde se dirigía el ladrón? Aunque... quizá no sabías que lo era. ¿O sí?

CAPÍTULO 7

Clare

Estaba tan hambrienta que me comí una hamburguesa doble con patatas y un refresco, además de las sobras que Baxter dejó en su plato. Después me costó levantar el trasero de la silla, pero había merecido la pena.

—Deberías alquilar una habitación —me propuso cuando llegamos a la suya y me tumbé en la cama.

—No pienso dejarte solo, eres capaz de largarte y dejarme tirada.

—¿Vas a dormir aquí? —preguntó son fingida sorpresa.

—No te hagas el loco, se te da fatal.

—Eres como un grano en el culo, ¿lo sabías? —dijo mientras se dirigía al baño.

—Gracias por tu bonito piropo. —Pero ya había cerrado la puerta.

Sonreí, hasta que recordé que no tenía ni unas míseras bragas para cambiarme. Ni tampoco mi documentación, ni dinero. Había dejado mi bolso en la camioneta, junto al banco, en un pueblo que no era el mío, en otro estado. Si el robo que pretendía salía mal, era mejor ir indocumentada; al menos, la policía tendría que hacer el esfuerzo de identificarme, porque yo habría mantenido la boca cerrada hasta que llegara mi abogado, como en las pelis.

Maldita sea.

Iba a tener que pedir a Baxter que me prestara dinero para comprar, al menos, utensilios de aseo.

También pensé en que debía llamar a casa. Bueno, a casa, no. Mi padre ni siquiera cogería el teléfono. Pero tendría que llamar a Martha, y a Jerry, para decirles que... ¿El qué? ¿Que no iría a trabajar? ¿Solo al día siguiente? ¿El resto de mi vida?

Dios, era un desastre. Desde luego, la improvisación no era mi punto fuerte. Y tampoco la previsión de planes alternativos al principal. Seguro que todo el mundo pensaba en un plan B, menos yo.

Aunque, para ser honesta, mi plan B, si dejaba a un lado los pequeños detalles, era mejor que cualquiera que hubiera podido imaginar. Y, en ese instante, se estaba dando una ducha en el cuarto de baño.

Baxter

Tendría que pensar en otro modo de quitarme de encima a Clare. ¡Qué narices Clare! A la

pretenciosa niñata que se había metido en mis asuntos sin pedir permiso y de la forma más estúpida. Menuda cagada había cometido. Debí sacarla a patadas en cuanto se subió al coche; tardé pocos minutos en darme cuenta de que su arma estaba descargada.

Pero, por alguna extraña razón, había dejado que esa desconocida entrara en mi vida, y debía arreglarlo. No podía permitirme el lujo de que, después de tantos años, un simple error de cálculo echara por tierra todo lo que había conseguido; no cuando me planteaba dejarlo y disfrutar de una vida tranquila. Había tardado mucho tiempo en tomar la decisión. Un par de atracos más y me retiraba; había tenido demasiada suerte hasta entonces, no iba a durar eternamente.

En algún momento, por cansancio o rutina, cometería un error, y ya no era la policía quien me buscaba; los federales eran palabras mayores. Y no estaba dispuesto a pasar parte de mi futuro entre rejas.

Era hora de dejar atrás el pasado y el presente. Era hora de volver a casa.

CAPÍTULO 8

Clare

—Tengo que devolver el coche de alquiler. Imagino que quieres acompañarme —anunció Baxter al salir del baño.

Desvié la mirada en su dirección, desde mi posición en la cama. Llevaba puesto un pantalón fino de tela blanca y una camisa de palmeras en tonos azules y amarillos. Aún tenía el pelo húmedo.

—Muy discreto.

—Nadie conoce mi aspecto real, excepto tú. Puedo pasearme sin miedo. —Me guiñó un ojo.

—Así que confías en que no te delate...

—Tú has cometido un secuestro, ese delito es mucho peor que robar unos cuantos dólares.

—¿Unos cuantos? ¡Ja! —Me incorporé hasta quedar sentada y lo observé caminar por la estancia hasta llegar a su mochila, que estaba sobre la cómoda.

—¿De verdad quieres que acepte que trabajes conmigo si ni siquiera te has dignado a chafardear en mi bolsa mientras estabas sola? Menuda ladrona pretendes ser.

¡Ups!

—Al menos, sabes que puedes fiarte de mí —improvisé. No había pensado en ello.

—¿No sabes que quien roba a un ladrón tiene cien años de perdón?

—Eso es una bobada. Si robas y te pillan, vas a la cárcel.

—Chica lista.

—¿Lo ves? No soy tan estúpida como crees.

—Yo no he dicho eso.

—Bueno, da igual. Vamos a dejar el coche y... necesito algo de ropa —cambié de tema.

—Bien. Pues iremos a que compres algo.

—No tengo dinero.

Dejó de remover el interior de la cartera y me miró, serio.

—¿Pretendes que te mantenga?

—Solo hasta que volvamos a por mi camioneta. Me dejé el bolso dentro. —Sonreí y me encogí de hombros al mismo tiempo, a modo de disculpa—. Además, el cincuenta por ciento de ese dinero —señalé la mochila— es mío, ¿recuerdas?

—No me lo puedo creer —bufó y negó con la cabeza.

Acto seguido, lanzó sobre la cama un pequeño fajo de billetes.

Seguro que pensaba lo mismo que yo: era una completa calamidad.

Baxter

Dejé de devanarme los sesos pensando en el porqué de mi actitud demasiado permisiva con ella. No le encontraba respuesta, y yo no era alguien que se parara a juzgar a nadie; ya tenía suficiente con lo mío.

Fuimos a devolver el coche y a alquilar otro. No tenía nada a mi nombre para no dejar ninguna pista fija de la que pudieran tirar y encontrarme; siempre pagaba en efectivo y tenía el dinero guardado en cajas de seguridad y taquillas de lugares públicos. Usaba diferentes nombres y disponía de varios pasaportes y carnés de conducir con distintas identidades. Nadie sabía mi verdadero nombre excepto yo.

—¿Qué necesitas comprar? —pregunté a Clare cuando nos subimos al nuevo automóvil.

—Pues... algo de aseo y alguna muda interior. —Se giró hacia mí—. ¿Podré pasar por casa a recoger mis cosas imprescindibles? Llevo todo el día sin mi música y ya me estoy volviendo loca. Además de que en la habitación no hay televisión.

La miré de reojo. Hablaba en serio.

—Disculpe usted, alteza. No sabía que necesitara tantos lujos para vivir —me burlé.

—He sobrevivido durante mucho tiempo sin apenas nada, así que sí, quiero mi música y televisión. Aunque te parezca una tontería, ambas cosas me han salvado y me han ayudado a combatir mis problemas —argumentó un tanto molesta—. Da igual —hizo un ademán con la mano y volvió a acomodarse recta en el asiento—, no lo entenderías.

La comprendía mucho mejor de lo que hubiese podido imaginar. Comprendía lo que decía demasiado bien.

No contesté, no hacía falta. Como había explorado la zona en los últimos días, tenía ubicadas varias tiendas y una farmacia, así que la acompañé hasta esos lugares para que comprara lo que precisaba.

Llevaba tanto tiempo solo que no me importó «hacerme cargo» de ella, al menos, durante las horas que estuviéramos juntos, porque no iba a permitir que me siguiera más allá de ese día o del siguiente. Por muy espabilada que pareciera, no estaba preparada para un trabajo como el mío. Era demasiado joven, ingenua y hasta un tanto inconsciente. A las pruebas me remitía. Había cometido una temeridad y se comportaba como si fuese lo más normal del mundo.

Estaba convencido de que la hubiesen pillado si hubiera llegado a entrar a atracar la oficina bancaria. A esas horas, con total seguridad, estaría entre rejas.

Al llegar de nuevo al motel, Clare cogió la llave de la habitación, que yo había soltado sobre la cómoda al entrar, y cerró la puerta con doble vuelta.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Voy a ducharme. No quiero que te escapes y me dejes aquí mientras tanto —argumentó convencida.

—¿En serio? —Casi me atraganté con la carcajada que se me escapó.

—Muy en serio. Deja de reírte de mí. Llevas haciéndolo todo el día —se quejó.

—Es que tu comportamiento no deja de... sorprenderme.

—Pues qué bien... —Se metió la llave en el bolsillo del pantalón, cogió la bolsa en la que

había metido sus nuevas prendas y se dirigió al baño.

En cuanto se encerró, no pude evitar volver a reír. Sin duda, sabía que jamás olvidaría ese día. Lo que no supe ver fue que, además, cambiaría mi vida por completo.

CAPÍTULO 9

Clare

Quizá lo que hice fue una chiquillada, pero no se me ocurrió otra forma de retenerlo. Ni siquiera pensé que pudiera escapar por la ventana, aunque hubiese una altura de dos pisos, hasta que me metí bajo el agua. Ya no podía remediarlo, así que me di toda la prisa que pude.

Cuando salí, aseada y vestida con el *jean* y el top básico blanco que había comprado, lo encontré estirado sobre la cama, con los pies cruzados, la mirada en el techo y los brazos bajo la cabeza.

—Pensé que te habrías largado por la ventana —anuncié mientras dejaba las llaves sobre la mesita de noche.

—Podría, pero quiero que me devuelvas la pasta que te has gastado en ropa —contestó sin mirarme.

Caminé hasta los pies de la cama y crucé los brazos sobre el pecho.

—Eres tú quien me debe la pasta, cretino. ¿O ya lo has olvidado?

Movió la vista del techo hacia mí y alzó una ceja.

—Vaya, recién duchada hasta pareces una persona normal —se burló.

—Tengo hambre —obvié su pulla.

—¿Otra vez?

—Es casi la hora de cenar.

—Qué barbaridad —se incorporó para levantarse—, no hay forma de que me dejes tranquilo ni un segundo. Me reitero: eres como un grano en el culo.

—Eso ya lo has dicho antes.

—Anda, salgamos a picar algo. Luego, tenemos un asunto que resolver. —Señaló la cama.

—No hay nada que discutir. Tú, en el lado derecho y yo, en el izquierdo —atajé.

—Está bien, como quieras. —Sonrió burlón.

Sentía que maquinaba algo, así que tendría que pensar en ello durante la cena. No podía volver a cometer el error de no evaluar todas las posibles alternativas, por si la primera opción no resultaba como pretendía. ¿Tendría que dormir con los ojos abiertos? ¿Con la llave de la habitación y la pistola bajo la almohada? ¿Atarlo a la pata de la cama?

Baxter

Lo cierto era que yo también estaba hambriento, pero no quería perder la ocasión de mofarme de ella; me divertían sus respuestas, sus muecas y sus gestos de frustración.

Esa vez la llevé a un pequeño *grill*, ubicado al pie de la carretera, al final del pueblo. Se metió entre pecho y espalda un chuletón poco hecho, patatas fritas y unas verduras asadas, y estaba seguro de que, si hubiera sobrado algo en mi plato, también se lo hubiese comido. Parecía albergar un saco roto como estómago.

—¿Quieres postre? —preguntó.

—¿Aún te queda espacio ahí dentro? —Señalé en su dirección con la barbilla.

—Siempre hay sitio para algo dulce.

—Pide lo que quieras, yo ya tengo suficiente.

Y se tomó un batido de fresa con nata por encima.

Aluciné. Bueno, a decir verdad, llevaba flipando con ella desde el instante en que había subido a mi coche esa mañana.

—¿Te importa que demos un paseo antes de volver al motel? —preguntó al salir del restaurante—. Necesito bajar la carne. —Deslizó la mano izquierda por su abdomen un tanto abultado.

—No me extraña...

Nos dirigimos hacia las afueras por el borde de la comarcal. La brisa vespertina y húmeda le revolvió el cabello suelto, por lo que el aroma de su champú dulce me abofeteó la cara como un latigazo seco pero placentero. Un hormigueo nada sutil reptó a lo largo de mi espalda y me removí incómodo.

—Y dime, Bax, ¿puedo llamarte Bax? —no esperó mi respuesta—, ¿cómo empezaste en esto de atracar bancos?

—Por la pasta, ¿por qué si no?

—Sí, ya, pero debió de haber un motivo que te empujara a ello y no a dedicarte a un empleo o profesión normal, como cualquier hijo de vecino.

—Digamos que... trabajar me pareció demasiado esfuerzo para tan poco dinero —argumenté sin dar importancia al asunto. Aunque eso no era del todo cierto.

—Vaya, yo he llegado a esa misma conclusión. Qué casualidad, ¿verdad? —Sonrió ladina.

Sabía qué pretendía, pero no iba a concederle el gusto que otorga tener razón.

—Mira, Clare —me detuve y esperé a que ella hiciera lo mismo—, no voy a aceptar que trabajemos juntos, así que ahórrate la estrategia que hayas estado pensando. En serio, no te va a servir de nada —me sinceré. Quizá esa fuese la única forma de que lo entendiera de una vez por todas.

El brillo de sus ojos se apagó, la sonrisa de sus labios se esfumó y el sonrosado de sus mejillas se transformó en un blanco más intenso que el de la cal.

—Pero...

—Pero nada. —No podía titubear, ni flaquear—. Esto es lo que va a ocurrir: vamos a dormir esta noche en el motel y mañana te acompañaré hasta tu camioneta. Te daré la parte que me has pedido por no delatarme y nos despediremos —concluí.

Inspiró hondo y luego soltó el aire en un suspiro abatido.

—Está bien —aceptó.

Y no supe por qué, pero sentí una pizca de decepción, como si esperara que opusiera más resistencia. No obstante, había conseguido mi propósito, ¿cierto? No era buena idea brindarle una oportunidad de insistir; yo no iba a cambiar de opinión.

CAPÍTULO 10

Clare

Parecía hablar tan en serio que desistí en mi empeño de convencerlo. Total, tenía razón. ¿Qué narices hacía yo intentando que un ladrón consolidado y famoso me admitiera como compañera de equipo? Debía buscar otra salida a mi pésima situación; porque lo que tenía claro era que no seguiría como hasta entonces en el futuro. Había tenido el valor suficiente para hacer algo descabellado, así que no me detendría; pensaría en otro plan, en otra forma de salir de mi vida estancada y patética.

Al volver al motel, pedí al chico desgarrado de la recepción que me indicara un teléfono público desde el que pudiera hacer varias llamadas. Me señaló una pequeña cabina al otro lado del *hall*.

—¿No vas a subir conmigo o a obligarme a permanecer contigo por si me escapo? —preguntó Baxter, con la ceja alzada.

—Ya no. Me has dejado clara tu decisión —contesté sin mucho afán mientras me dirigía hacia el teléfono, sin apenas mirarlo.

No respondió.

Saqué unas cuantas monedas que me habían sobrado, después de comprar la ropa, y me dispuse a informar a mis dos jefes que, al día siguiente, volvería a mi puesto de trabajo, ya que había terminado la «gestión» que había forzado saltarme mis obligaciones. No consideré necesario hablar con la señora Marjory, puesto que a ella no le importaba que fuese un día u otro a arreglar su jardín.

Tras ello, salí al pequeño porche de la entrada y me senté en el primer escalón que bajaba hacia la carretera.

Por la mañana regresaría a casa. A esa casa que dejó de ser un hogar mucho tiempo atrás. Estaba segura de que mi padre ni siquiera habría notado mi ausencia. Cuando no trabajaba, estaba borracho y jugando, o durmiendo la mona. Y así cada día, sin excepción.

La bajada del sol empezaba a teñir el cielo de colores infinitos. Ojalá mi existencia estuviera repleta de esos malvas, rosados y naranjas, pero no; por mucho que el techo al que miraba se viera lleno de tonos vibrantes, un nubarrón negro se había colocado sobre mi cabeza y no había modo de espantarlo. La única forma de desentenderme de todo era marcharme sin mirar atrás, pero hasta entonces no había sido capaz de hacerlo. Por mucho que odiara la situación en la que mi padre me tenía atrapada, no había tenido las agallas de abandonarlo, de dejar que se apañara él solo.

Quizá había llegado el momento, aunque fuese sin la ayuda de Baxter; al fin y al cabo, esa misma mañana había estado dispuesta a robar un banco, ¿qué había de malo en volver a

intentarlo?

Baxter

Clare tardó casi una hora en subir; incluso llegué a pensar que se había largado sin más. Pero, al asomarme a la ventana, la vi pasear por la parte delantera del motel. Caminaba despacio de un lado a otro, sin alejarse demasiado, y parecía pensativa.

Imaginé que estaría asimilando que su «aventura» solo iba a durar veinticuatro horas. Volver a su casa era lo más sensato. Yo no podía permitirme cargar con un lastre que me impidiera huir en cualquier momento en que las cosas se pusieran difíciles. Nunca lo había hecho y no lo iba a hacer entonces.

No era mi cometido.

Dejé la puerta entreabierta para que entrara sin tener que molestarse en llamar. Lo hizo en silencio y con rictus serio. Se metió en el baño y salió tras unos minutos vestida con un pijama sencillo de verano. Retiró las sábanas y se tumbó de costado, como si yo no estuviera allí, al otro lado de la cama, sobre la colcha descolorida.

Por primera vez en mucho tiempo, sentí tristeza por alguien, por mí. Parecía estar tan sola como yo, a pesar de que no conocía nada de su historia. Imaginé que las almas perdidas, de un modo u otro, hallan la forma de encontrarse.

Sin embargo, mi forma de vida era solitaria y así debía seguir siendo. No había espacio para nada ni nadie más.

CAPÍTULO 11

Baxter

Cuando abrí los ojos, ya había amanecido. Me había costado dormirme, lo había conseguido muy entrada la madrugada. Giré la vista en busca de Clare; no se encontraba en la cama, sino sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared lateral de la habitación. Estaba vestida con la misma ropa del día anterior y, a su lado, había una bolsa de papel, en cuyo interior imaginé que había metido sus pocas pertenencias. Sus ojos grandes y azules me dijeron que se sentía triste y frustrada, pero hice un esfuerzo por ignorarlo.

—Vaya, veo que tienes ganas de volver al lugar de donde quiera que hayas salido —dije en tono mordaz mientras me levantaba del colchón.

No respondió. Ni siquiera me miró. Tenía la vista fija en algún punto frente a ella, pero no en mí. Sentí una punzada en el estómago, sensación que volví a obviar a propósito, y entré en el baño para darme una ducha rápida.

Traté de no dejarme embargar por su estado de ánimo; era normal que estuviera disgustada al no salirse con la suya. En un par de días se le pasaría y olvidaría el episodio sin más.

Recogí las cuatro cosas que tenía desperdigadas por la habitación y las metí en la mochila. Saqué varios fajos de billetes de la otra bolsa y me acerqué a Clare, que aún seguía en el suelo.

—Toma, lo acordado.

Elevó la barbilla y me observó primero a mí, para después fijar sus ojos en el dinero que le ofrecía. Se le abrieron los párpados más de lo normal y una pequeña sonrisa asomó a sus labios, hasta entonces apretados.

—Vaya, al final no va a ser tan malo haberme topado contigo —ironizó, y cogió la pasta.

—Espero que cumplas tu parte —le advertí.

Volvió a observarme.

—Por supuesto, ¿por quién me tomas?

—No lo sé, no te conozco de nada.

—Soy una persona de palabra.

—Perfecto. Yo también. Vámonos, entonces.

Clare

Baxter pagó la habitación —el extra por mi estancia incluido— y nos dirigimos a su coche de

alquiler. Al menos, tenía algo de dinero para pagar varias facturas, deudas de mi padre y tirar durante, quizá, un par de meses. Ese tiempo tendría que ser suficiente para idear un nuevo plan, elegir un nuevo banco en el que robar, o quizá se me ocurriera otra cosa. A lo mejor, hasta tomara la decisión de dejar todo atrás y mudarme a cualquier otro lugar. Si lograba desentenderme de mi padre, tendría una oportunidad de salir adelante sin verme obligada a delinquir.

—¿Es esa tu camioneta? —oí preguntar a Baxter.

Iba sumida en tantos pensamientos que no me di cuenta de que habíamos llegado al pueblo del que huimos el día anterior.

Miré hacia donde señalaba con el dedo, y se lo confirmé con un movimiento de cabeza. Estábamos a unos cincuenta metros de la esquina donde se ubicaba la oficina bancaria. Todo estaba tranquilo, como si allí no hubiese ocurrido nada digno de mencionar.

—Sí —asentí—. Me marchó. Ha sido un placer hacer negocios contigo. —Levanté la bolsa en la que había metido el dinero.

—Siento no decir lo mismo —contestó con una sonrisa ladina—. Me has dejado sin la mitad del botín.

—Seguro que tienes más por ahí escondido. Después de diez años dedicados a esto, tendrás un plan de pensiones mucho mejor que la mayoría de los pobres desgraciados que trabajamos para pagarnos un plato de comida —respondí convencida.

—Supones demasiado.

—Ya, claro. Bueno, adiós, Baxter. —Le tendí la mano.

—Adiós, Clare. —La cogió con cuidado y apretó hasta que ambas palmas encajaron perfectamente—. Te deseo lo mejor.

—Lo mismo digo.

Tras unos segundos de mirarnos a los ojos, sin saber muy bien por qué, me solté de su agarre cálido y delicado.

Bajé del coche y caminé hasta la camioneta, con paso firme y seguro, como si no la hubiese abandonado hacía casi veinticuatro horas, como si solo me hubiese detenido allí para comprar un par de tonterías en la tienda que había a un par de calles. Abrí la puerta y me senté frente al volante. Las llaves seguían puestas. Palpé bajo el asiento del copiloto y saqué el bolso que había escondido el día anterior; en su lugar, dejé la bolsa con el dinero.

Todo parecía estar en orden.

Arranqué y conduje hacia la salida del pueblo en dirección a mi casa. Volvía un día más tarde de lo que en un principio había previsto, con un dinero que no había tenido que robar y con algunas pistas de lo que debía hacer de cara al futuro.

No había ido tan mal, a pesar de todo.

CAPÍTULO 12

Baxter

Jamás había vuelto al lugar de un atraco; nunca me hizo falta y tampoco lo creí oportuno. Siempre cabía la posibilidad de que alguien reconociera alguno de mis rasgos, por muy disfrazado que fuese. En cambio, allí estaba; aunque, en lugar de observar el escenario, como ya había hecho durante el tiempo de estudiar la situación antes de actuar, no podía dejar de mirar cómo Clare se alejaba... para siempre.

La expresión taciturna de sus ojos con la que me había mirado esa mañana seguía golpeándome las sienes. Y también su posterior cambio de actitud, la aceptación resignada de mi negativa a llevarla conmigo, pero digna, como si, en el fondo, supiera que el asunto terminaría de ese modo.

Enfiló la carretera hacia el sur, y mi cuerpo, sin responder a la orden de ir en sentido contrario, puso en marcha el coche y la siguió.

Quizá solo quería saber que llegaba bien a casa.

Quizá solo quería saber que su situación era «normal».

Quizá solo quería saber que aquello que había hecho era una chiquillada.

Quizá solo quería saber que, en realidad, no me necesitaba.

Ni yo a ella.

Llegamos a un pequeño pueblo del Condado de Clay, en el norte de Arkansas, por la 62, y la camioneta de Clare giró hacia el interior por una calle mal asfaltada, paralela a una vía de tren. No me atreví a seguirla tan de cerca, así que torcí en la anterior, que parecía dirigirse en la misma dirección, pero al otro lado del ferrocarril. Como había casas en ambas zonas, supuse que, en algún punto de la carretera, habría un paso para cruzar de una calle a otra.

Solo un minuto después, se detuvo y entró con la furgoneta en la parcela de la esquina. No había delimitación alguna entre las casas de esa manzana, y de ninguna otra, el césped parecía haber sido atacado por una manada de topos y crecían hierbas y arbustos sin ton ni son alrededor de una casa de madera blanca y techo magenta. Realmente, parecía que iba a caerse en cualquier momento.

Por suerte, pude esconderme tras unos depósitos de granos, situados frente a lo que parecía el hogar de Clare, para que no me descubriera.

Ella tardó unos minutos en salir de la camioneta. Supuse que estaría recogiendo las bolsas que llevaba o contando el dinero, ya que no lo había hecho en mi presencia; solo se había limitado a guardarlo.

Cerró la puerta del coche de un porrazo y caminó, cabizbaja, con sus pertenencias entre los brazos hasta entrar en la casa destartada. No parecía vivir nadie allí, ni siquiera ella. Al menos, no había ningún mueble en el porche, ni nada que hiciera pensar que una familia feliz residía

bajo aquel techo.

Observé el entorno. Era un lugar tranquilo y solitario. Demasiado insulso para lo poco del carácter atrevido y desenfadado que había visto de Clare. No me extrañaba que me hubiera hecho aquella propuesta descabellada.

Cerré los ojos, apoyé la cabeza en el asiento e inspiré hondo.

No me correspondía hacerme cargo de nada que tuviera que ver con ella.

Era una desconocida, como cualquier otra con las que me había topado a lo largo de mi vida, aunque no fuese en las mismas circunstancias.

A pesar de su aspecto de niña, había dicho que tenía veintisiete. Era perfectamente capaz de resolver sus propios problemas, como había hecho yo desde hacía años.

Era hora de dejar atrás esas veinticuatro horas y seguir adelante.

Clare

Al entrar en casa, un olor ácido y putrefacto me inundó la nariz. Avancé unos pasos hacia el salón, sin soltar lo que llevaba entre las manos. La televisión estaba encendida; sobre la mesa baja, el cartón de una *pizza* y varias botellas de cerveza y *whisky* barato inundaban la superficie, además de haber restos de *peperoni* en el suelo. Eso solo no podía desprender aquel tufo, puesto que era lo habitual que me encontraba cada mañana al despertar. La puerta de la habitación de mi padre estaba abierta, pero él no se encontraba allí. Supuse que, a esas horas, ya estaría en el trabajo.

Me adentré un poco más en busca del origen. Lo encontré junto al sofá, desparramado desde el reposabrazos hasta la alfombra.

—Joder, papá... —mascullé entre dientes.

Había vomitado y no había sido capaz de limpiarlo.

Maldita sea.

Fui al baño, con la esperanza de no encontrar ningún desastre más. Por suerte, no lo había. Todo estaba en orden. Al menos, en esa ocasión, solo era vómito. En otras, había tenido que ayudar a mi padre a meterse en la ducha, porque se lo había hecho todo encima. Y lavarlo, pues él, casi inconsciente, apenas era capaz de mantenerse en pie. Arrastrar el peso muerto de su cuerpo nunca fue tarea fácil ni agradable.

Estaba harta. Mucho. Demasiado.

Volví a salir a la calle y me senté en el único escalón del porche. Necesitaba respirar aire limpio y puro. Apreté las bolsas de papel contra mi pecho. Tenía que salir de allí, no podía esperar más. Me sentía agotada. No sabía cuánto dinero me había entregado Baxter, parecía bastante. Tendría que bastar hasta encontrar un lugar en el que instalarme y encontrar un nuevo empleo.

Seguro que atracar bancos no se me daba bien...

El claxon de un coche me distrajo y miré al frente.

No podía ser.

¿Era él?

Lo vi estirarse hacia el asiento del copiloto; un segundo después, se abrió la puerta.

—Sube antes de que me arrepienta —anunció.

El corazón empezó a latirme tan fuerte que pensé que me daría un infarto.

—No puedo irme sin mis cosas. —No supe por qué contesté eso en lugar de salir corriendo en su dirección.

—Te doy cinco minutos. Ni uno más.

—Me sobran tres. —Me levanté de un salto.

Antes de darme la vuelta para entrar, lo vi sonreír de lado.

Baxter me había seguido hasta casa y me ofrecía la libertad.

CAPÍTULO 13

Baxter

Dejé de dar vueltas al asunto cuando me di cuenta de que sería incapaz de largarme de allí y dejarla sola. No sabía el motivo exacto, y aun así, no pude hacerlo. Jamás me había arrepentido de nada; en cambio, estaba convencido de que, si no le ofrecía la oportunidad de venir conmigo, me habría remordido la conciencia. Con seguridad, se me habría pasado ese sentimiento de culpa en unas semanas, o meses, pero lo recordaría para el resto de mi vida y me preguntaría qué habría sido de ella más a menudo de lo que estaba dispuesto a admitir.

La casa deplorable y su postura abatida, sentada bajo el porche, habían acabado por... ablandarme.

En el fondo, reconocía que era un error, una locura, y, sin embargo, una sensación placentera se extendió por mi pecho en cuanto vi la expresión, de nuevo vibrante, de sus ojos al descubrirme frente a su casa.

Tardó menos del tiempo que le había dado, por supuesto. La vi correr los pocos metros que la separaban del coche como si le fuera la vida en ello. Abrió la puerta trasera y tiró sobre el asiento un par de bolsas de viaje. Luego, se sentó a mi lado.

—Dos minutos y medio —dijo con la respiración entrecortada mientras señalaba su Casio G-Shock rojo.

—Todo un logro para ser una chica —me burlé.

—Eh, seguro que tú hubieras tardado el doble. —Me dio un golpe en el brazo—. Además, tengo pocas cosas, y puedo comprar lo necesario con la pasta que me has dado —argumentó.

—Qué bien te ha venido cruzarte conmigo... —murmuré.

—Calla y arranca. ¿O vamos a quedarnos aquí todo el día?

—Aún estoy pensando si esto es buena idea —fingí no estar convencido.

—Pues lo siento. Ya es tarde, no pienso bajarme del coche ni aunque me eches a patadas. Tú me has seguido hasta aquí, así que... apechuga.

—Me voy a arrepentir de esto, estoy seguro —farfullé.

Pero arranqué el coche y deshice el camino que me había llevado hasta allí.

—¿Adónde vamos? —preguntó ansiosa.

—Elige: Oklahoma, Kansas o Missouri. —Definitivamente, me había vuelto loco.

—Mmm... —arrugó el ceño y torció los labios—. ¡Kansas!

—Bien. Pues a Kansas —confirmé.

Me daba igual un lugar que otro, así que puse rumbo a Topeka, la capital del estado.

Ese era mi *modus operandi*. Tras un atraco, me trasladaba a otro estado y me hospedaba en un buen hotel o alquilaba un apartamento en una gran ciudad. Desde allí, buscaba poblaciones pequeñas que tuvieran sucursales en las que fuera fácil intervenir y, cuando me decidía por una

de ellas, observaba durante un par de semanas los horarios y movimientos de los empleados y el flujo de clientes, para tener claro el plan a seguir. Una vez todo organizado, cogía una habitación en un motel cercano al pueblo, pero no demasiado, ultimaba detalles, robaba en la oficina y regresaba al motel hasta el día siguiente, cuando volvía a empezar la rueda.

Esperaba que lo que acababa de hacer no supusiera demasiados cambios en mis rutinas. Por supuesto, tenía pensado decirle a Clare que ella no intervendría en ninguno de los golpes que diera, al menos, de momento; de ese modo, evitaría variables que no podía controlar, como su inexperiencia.

Clare

No sé en qué momento me quedé dormida, después de parar a comer, pero, cuando desperté, estábamos entrando en Topeka. Nunca había tenido la oportunidad de salir de mi pueblo, lo máximo que me había alejado fue al intentar robar el banco el día anterior, aunque presentía que me iba a encantar estar en una ciudad tan grande. No era que hubiese un trasiego impresionante de personas, como había visto en la tele, en Nueva York por ejemplo, pero los edificios eran magníficos, las calles limpias y cuidadas, y parecía haber un sinfín de tiendas, bares y lugares que visitar.

—¡Guau! —se me escapó mientras recoríamos una avenida más ancha que la manzana donde vivía.

—¿Estás impresionada? —se burló Baxter.

—Hombre, no estoy acostumbrada a viajar ni a ver urbes tan inmensas —respondí al tiempo que bajaba la ventanilla al máximo.

—Al menos, eres honesta.

Me giré para mirarlo.

—¿Qué pensabas? —Su sonrisa socarrona me indicó que solo pretendía picarme—. Soy pobre y aprendiz de atracadora, pero decente —bromeé.

Baxter soltó una carcajada que me hizo reír. Tenía una risa contagiosa, varonil y sincera.

—Sí, supongo que sí —confirmó mientras recuperaba la compostura.

—Y tú también lo eres —confesé.

—¿Yo? —Volvió a reír.

—Has venido a buscarme. ¿Por qué? —quise saber.

No acababa de entender el motivo por el cual había cambiado de opinión.

Se mantuvo en silencio durante unos segundos, que solo interrumpió el viento que revoloteaba entre ambas ventanillas abiertas. Ya casi había caído la noche y la ciudad empezaba a quedar desierta.

—Si te soy sincero, no tengo ni la más remota idea. —Desvió la vista de la calzada en mi dirección—. No sé qué contestar a eso, Clare —reconoció con rictus solemne.

Volvió la cabeza al frente, para atender a la conducción, pero yo no pude evitar seguir observándolo. El músculo de su mandíbula se tensó y arrugó un poco el ceño; imaginé que pensaba en lo mismo que yo: encontrar una respuesta a mi pregunta.

Tampoco yo comprendía qué me llevó a meterme en su coche, a apuntarlo con una pistola y a coaccionarlo. Pero no me costó mucho dar con el motivo: estaba desesperada y un poco loca, además de ser un tanto inconsciente. En cambio, él parecía un tipo sensato a pesar de dedicarse a lo que se dedicaba. De otro modo, lo habrían pillado a la primera. Alguien que llevaba años atracando bancos sin ser descubierto, como mínimo, debía ser organizado y meticulado, aparte de tener nervios de acero.

—Puede que algún día lo descubramos —añadí.

Él solo se encogió de un hombro.

—Busquemos un hotel. Se ha hecho tarde. Mañana investigaremos sobre alojamientos —cambió de tema.

—Genial.

Redujo la velocidad para mirar con más atención las calles en busca de un lugar donde pasar la noche. Dio un par de vueltas a varias manzanas y, finalmente, paró frente a un hotel que tenía bastante buena pinta.

—He visto un aparcamiento por detrás. Dejaremos allí el coche y vendremos caminando, ¿te parece?

—Claro, no hay problema.

—Vaya, de repente, te has vuelto muy obediente —ironizó.

—Tengo hambre y estoy cansada —me justifiqué.

—Cómo no —se rio.

CAPÍTULO 14

Baxter

Por la mañana, me dirigí al *hall* del hotel a las nueve en punto, tal y como habíamos quedado la noche anterior. En esa ocasión, cogimos dos habitaciones, no estaba dispuesto a volver a compartir cama con Clare. No por nada relacionado con ella, la chica apenas se movió de su lado en toda la noche, sino porque yo tenía mis propias... «necesidades», y aprovechaba esos días de descanso para echar algún polvo.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor en la planta baja, Clare ya estaba allí.

—Veo que también eres puntual. Eso me gusta —saludé.

—Buenos días, Bax. ¿Qué tal has dormido? ¿Has descansado bien? —preguntó con ironía—. También soy educada, no como tú.

No pude evitar sonreír.

—Perdona, tienes razón —acepté—. Buenos días, Clare. ¿Qué tal has pasado la noche? ¿Pudiste digerir bien las costillas ahumadas y el kilo de aros de cebolla que tomaste para cenar?

—Muy gracioso. Soy de Arkansas, colega. Mi estómago está hecho a prueba de bombas. ¿Has probado la sopa picante de alubias?

—No he tenido el placer.

—Pues, cuando lo hagas, ya me contarás. Y ahora vamos a desayunar algo, con tanto hablar de comida, me ha entrado hambre.

Se dio la vuelta y se dirigió a la zona del salón-comedor, donde se servía el *buffet*, según nos indicaron al alojarnos. De nuevo, volví a sonreír. Por mucho que me negara a admitirlo, Clare empezaba a caerme bien de verdad. Estaba seguro de que su vida, por lo ínfimo que pude ver el día anterior, no había sido fácil. No era fácil. Sin embargo, parecía no querer caer en las garras de la tristeza y la frustración, y yo consideraba esa actitud una de las mejores cualidades del ser humano. No perder la esperanza y seguir adelante, sea como sea, garantiza, al menos, el cincuenta por ciento del éxito. Y mi propia experiencia me avalaba en ello.

—Anoche pregunté a la recepcionista dónde podíamos encontrar una buena inmobiliaria que nos facilite el trabajo de buscar un lugar para alquilar —le mencioné cuando nos sentamos a la mesa, tras llenar nuestros platos en el *buffet*.

—¿Vamos a vivir en un piso? Creí que estaríamos en un hotel —contestó un tanto sorprendida.

—Un apartamento es más cómodo y espacioso.

—Pero ¿cuánto tiempo vamos a permanecer aquí? ¿No es peligroso estar en un mismo sitio muchos días?

—Si no te siguen la pista, no. —Le guiñé un ojo.

—Ah, vale. —Se metió un trozo de salchicha en la boca—. Explícame, entonces, cuál es el

plan. ¿Cómo trabajas? ¿Cómo vamos a trabajar?

Le expliqué mi modo de actuar mientras ella me observaba con atención y devoraba el desayuno con verdadero ahínco. En mi vida había visto a alguien comer tanto y seguir con hambre durante el resto del día.

—Por eso es mejor que usemos un lugar más amplio. Además, ahora somos dos —terminé mi exposición.

—Y, ¿cuál será mi cometido? ¿Podré entrar contigo a atracar? —preguntó con ojos traviesos y brillantes.

—De momento, no, Clare. Hay que ser muy cuidadoso para ello —intenté sonar convincente, pues temía que quisiera meterse en la boca del lobo a la primera.

—Ya, claro. Pero te recuerdo que casi entré en una sucursal para atracarla yo sola —argumentó.

—No quiero sonar pretencioso, pero estoy seguro de que te habrían pillado. —Alcé una ceja y sonreí de lado, para que no sonara a ofensa, porque esa no era mi intención.

—Es posible. Aunque nunca lo sabremos. —Fue ella entonces quien me hizo un guiño—. Puedo esperarte fuera, con el coche en marcha; seré la chófer de huida —atajó.

—No, Clare. No intervendrás en nada que tenga que ver con el atraco en sí.

—¿Cómo que no? —Arrugó el ceño—. Entonces, ¿qué voy a hacer?

—¿Te parece poco trabajo recabar información, estudiar la sucursal, vigilar los movimientos de los empleados, trazar cada detalle...?

—Vale, vale. Lo he pillado —me interrumpió—. No seré Robin, sino Alfred.

—¿Estás hablando de Batman?

—¿De quién si no?

—Pues te diré que Alfred es un personaje clave en la vida de Batman.

—Sí, sí, claro. Pero yo quiero estar en la acción.

—Clare, esto no es un juego. Si no te lo vas a tomar en serio, creo que me he equivocado contigo —argumenté con gravedad. No estaba dispuesto a que la cagara por no dar la importancia que correspondía al asunto.

Dejó de masticar y me miró con atención, directo a los ojos.

—Es verdad. De nuevo tienes razón. Lo siento. Haré lo que tú digas, al fin y al cabo, eres el experto. —Sonrió con timidez, supuse que al darse cuenta de que la cosa era más complicada de lo que pudiera parecer.

—Vaya, pensé que opondrías más resistencia —bromeé.

—Cuando me miras así de serio, no me queda más remedio que claudicar. —Me observó con fijeza durante unos segundos, con la misma intensidad con la que yo la miraba a ella.

—Bien —asentí—. ¿Has terminado? Tenemos mucho trabajo por delante.

CAPÍTULO 15

Carter

En algún lugar en el sur de Tennessee, entretanto

Había habilitado un rincón del sótano de casa para depositar toda la documentación que había recopilado acerca de los atracos. No entendía muy bien por qué estaba tan obsesionado con el tema... bueno, sí lo sabía; me había tocado mucho los huevos que los federales se quedaran con el caso. De acuerdo que el asunto era complicado de organizar entre las diferentes comisarías, pero podrían haber contado con nosotros para ayudar en lugar de dejarnos al margen, tan solo como recolectores de datos, como si no supiéramos lo que hacíamos. Ya era por cabezonería y amor propio. No esperaba resolverlo, pero al menos quería estar enterado de todo y sacar mis propias conclusiones, si es que se podía llegar a alguna.

Dispuse todas las fotos, recortes de noticias y datos importantes colgados en la pared, igual que hacíamos en la comisaría; de ese modo, tenía a la vista cada anotación que me había parecido relevante. Por supuesto, había redactado durante los meses anteriores los detalles de cada atraco y las declaraciones de los testigos, además de cruzar las notas para ver las similitudes y diferencias en su forma de actuar.

Miré las capturas de las cintas de vídeo de los diversos robos. El tipo vestía de manera normal, sin destacar, por eso pasaba desapercibido en cada una de las oficinas. Llevaba una mochila o una bolsa deportiva o un maletín, como cualquier persona que entra en un banco, ya sea para hacer una gestión personal o empresarial. Las imágenes estaban en blanco y negro, pero se podían percibir los distintos tonos de pelo; con barba, con bigote, afeitado, con gafas, sin ellas... Hasta parecía usar, en ocasiones, algún tipo de relleno bajo la ropa, porque se veía más robusto en unas fotos que en otras.

También tenía claro que buscaba lugares pequeños en los que hubiera poca gente y, por supuesto, menos seguridad. La mayor parte de las empleadas que se habían visto involucradas decían lo mismo: no era violento y las trataba con amabilidad, a pesar de apuntar con una pistola de reducido tamaño.

Las entidades bancarias deberían equipar todas sus oficinas, por pequeñas que fueran, con un detector de metales al menos. Pero eso no llegaría hasta años más tarde.

Fijé la vista en la última imagen, donde el ladrón se cruzó con esa mujer en la puerta del banco. Había visto el vídeo varias veces, y en todas llegué a la misma conclusión: esa mujer vio hacia dónde y cómo se marchaba, pero no había aparecido en la comisaría para dar su versión. Si no entró en el banco porque, supuestamente, oyó el aviso de la empleada acerca del atraco, tuvo que darse cuenta de que él era quien acababa de robar. Cualquiera se habría percatado. Estaba más que claro.

¿Por qué no había declarado?

Y, ¿por qué había desaparecido de la imagen en la misma dirección que él?

—Carter. —La voz de Juls me sacó de mis elucubraciones.

Me giré y la encontré en mitad de la escalera que bajaba hasta el sótano.

—Hola, cielo.

—Es muy tarde, llevas horas aquí —me regañó con dulzura.

—Sí, tienes razón. —Me froté los ojos con los dedos.

—Anda, vamos a dormir —ofreció.

—Sí, será mejor que deje esto para mañana.

CAPÍTULO 16

Clare

Topeka, Kansas. Varios días después

Esa mañana me levanté pronto para ir a comprar al supermercado. El día anterior nos instalamos en un apartamento de tres dormitorios en uno de los barrios del centro y, por suerte, estaba cerca de casi todos los servicios de abastecimiento, tanto de comida como de ropa y enseres personales. Pero como el agente inmobiliario no había podido darnos las llaves hasta última hora de la tarde, no nos dio tiempo a llenar el frigorífico.

Nos habíamos hecho pasar por una pareja de novios que estaba de vacaciones y que pretendía recorrer parte del estado, aunque preferíamos una estancia fija en la capital y movernos desde allí. Fuimos a devolver el coche a la sede que pertenecía a la misma compañía en la que Baxter lo había alquilado la última vez. El tío lo tenía todo controlado al dedillo. Y yo, desde luego, era una alumna que aún tenía demasiado que aprender.

—¿Qué haces? —La voz ronca y somnolienta de Baxter me hizo dar un respingo.

—¿No lo ves? Colocando la compra —contesté, y me giré en su dirección, pues me encontraba de espaldas a la puerta de la cocina.

Llevaba una camiseta interior de tirantes anchos y un *slip*, todo en color blanco. Era la primera vez que veía un calzoncillo de ese estilo, tanto mi padre como el par de chicos con los que había mantenido relaciones sexuales usaban el bóxer ancho, y no pude evitar fijar mi vista en la prenda.

Baxter bajó la mirada hacia ese punto.

—Mierda. Lo siento, es la costumbre de levantarme solo. —Desapareció del umbral hacia el pasillo y yo me quedé pensando en las formas redondeadas y tensas de sus muslos.

«No vayas por ahí, Clare».

Sacudí la cabeza y seguí con mi tarea de llenar la nevera y los armarios.

—Podías haberme despertado para ir juntos. —Su voz sonó de nuevo detrás de mí, y unos segundos después sus manos agarraron las cajas de leche que sostenían las mías.

—No importa, me he levantado temprano y no había nada para desayunar —contesté sin apenas mirarlo.

—Oh, claro. —Se rio entre dientes.

Prefería que se burlara de mi condición «siempre muerta de hambre» que de haberme quedado absorta en su... paquete.

—¿Algún problema? —En esa ocasión, me giré para mirarlo. Por suerte, se había puesto un pantalón ancho de deporte.

—No, ninguno. Aunque me temo que vamos a tener que atracar más a menudo para alimentarte —se mofó.

—Muy gracioso. A ver si ahora no voy a poder comer a gusto tantas veces como me dé la gana —apunté un tanto irritada.

—Eh —me agarró del brazo—, solo es una broma. Me encanta verte comer —dijo con sus ojos puestos en los míos. Alcé una ceja—. En serio, me encanta ver cómo disfrutas con cada bocado. —Las comisuras de sus labios se elevaron con lentitud pasmosa.

—Está bien. Te creo. —Arrugué el morro, en un intento de borrar la sonrisa tonta que se me escapaba.

—Y para convencerte del todo, voy a preparar el desayuno —añadió al tiempo que me apartaba, con sus manos en mis brazos, de los fogones—. Ve a ordenar tu ropa o a ducharte o a descansar, yo me encargo. —Me sacó de la cocina.

—Vale, vale. Ya me voy —contesté con la risa ya en la garganta.

No estaba acostumbrada a que cocinaran para mí, tampoco a compartir espacio con alguien que no fuese mi padre. Y empezaba a gustarme demasiado.

Baxter

—He pensado que, ya que vamos a trabajar juntos, deberíamos conocernos un poco mejor, ¿no te parece? —dijo Clare, pocos segundos después de elogiar mis huevos revueltos y mis tortitas.

Estaba convencido de que le encantarían, aunque... ¿de verdad cociné para que ella desayunara a gusto?

—Y, ¿qué quieres saber? —cuestioné.

—Pues no sé, lo que quieras contarme para que sepa de qué pie cojeas.

—De momento, no cojeo —bromeé.

—Ya me has entendido.

—Sí, claro. —Me encogí de hombros—. Pero ¿qué tipo de cosas quieres saber?

—Madre mía, qué complicado eres. Cualquier cosa.

—Ya sabes algo: soy difícil. —Sonreí con sorna.

—Buf, en serio. Seguro que lo haces para no contestar a mis preguntas.

—Si tienes intención de preguntar, debes tener la misma predisposición para responder.

—Puedo contestar a cualquier pregunta que quieras hacerme.

—Y, ¿responderías a las mismas preguntas que me formularas tú?

—¿Esto es algún juego de palabras? Porque no acabo de pillarlo. —Arrugó la nariz en una expresión dudosa.

—No. Solo digo que debes estar igual de dispuesta a contestar que a preguntar.

—Por mí no hay problema. Pero veo que tú no estás por la labor.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Porque no haces más que enredar la conversación para no contarme nada acerca de ti.

Desde luego, tonta no era. Aunque de eso ya me di cuenta el primer día.

—Vaya, me has pillado. —Le guiñé un ojo.

—Está bien. Para que veas que no me escondo como tú —me señaló con el tenedor—, hablaré yo. Me llamo Clare Hasting, tengo veintisiete inviernos y nací el 24 de enero de 1960. Fui muy feliz hasta que mi madre murió de cáncer cuando yo tenía diez años. A partir de ahí, mi vida se complicó demasiado. Mi padre cayó en una tristeza extrema; más tarde, empezó a beber y

por último, se vició al juego en las tragaperras. Muchos empleos, poco dinero. Pagos, deudas y bla, bla, bla. —Hizo un ademán con la mano para quitarle importancia—. Así que me cansé y decidí robar un banco porque vi en las noticias que un atracador llevaba años haciéndolo sin que lo pillaran. Y hasta hoy. —Dejó de hablar, sonrió de lado y se metió un trozo de tortita en la boca.

Me quedé un tanto descolocado. Había expresado con demasiada ligereza algo que, con seguridad, era mucho más complejo de lo que pretendía mostrar. La había visto en la puerta de su casa, totalmente frustrada. Ese fue el principal motivo por el cual me decidí a ofrecerle algo distinto. Yo mismo sabía a la perfección lo que era tener una adolescencia de mierda de la que no querer hablar, así que me repuse como pude y obvié todas las preguntas que se me vinieron a la cabeza acerca de su vida.

—Y, ¿se puede saber cómo llegaste hasta la misma sucursal y el mismo día que yo?

—Casualidad, supongo. —Se encogió de hombros—. O destino, llámalo como quieras.

—Prefiero pensar que fue casualidad. No creo en el destino diseñado por fuerzas cósmicas.

—Genial. Eres de los que abogan por que cada uno se forja su propio destino. Vamos avanzando.

Imité su sonrisa ladeada.

—Te confesaré que mi nombre es Baxter Flynn y que nací en 1957. De momento, eso es todo en lo referente a mis datos personales.

—De acuerdo, me conformo, por ahora.

—Termina, Clare. Tenemos trabajo que hacer. —Me levanté de la silla y recogí mi plato—. Te espero en el despacho.

—¿Qué despacho? ¿Has alquilado también un despacho?

—No. Me refiero a la habitación en la que vamos a trabajar.

—Ah, el centro de operaciones.

Reí entre dientes.

—Llámalo como quieras —reproduje sus palabras.

Pasé por la cocina a coger una botella de agua y me dirigí hacia la tercera habitación del apartamento, donde habíamos dejado las mochilas, los mapas de la zona y las notas que tenía acerca de los bancos de la ciudad.

—Centro de operaciones —susurré para mí mismo al entrar—. Está claro que esta chica ve demasiadas películas.

Lo sabía a ciencia cierta. Clare se quedaba en el salón, sentada en el sofá, hasta altas horas de la noche. A pesar de que bajaba el volumen cuando me marchaba a mi habitación, a través del silencio, podía oír los tiros, los gritos y la música de acción que emitía la tele.

Parecía ser verdad que ese era su modo de relajarse. El mío era estirarme sobre la cama y mirar al techo, con la esperanza de desconectar tanto la mente que no me provocara las pesadillas recurrentes de casi cada noche.

Me detuve en seco en mitad del cuarto e hice memoria. No recordaba haber despertado en mitad de la oscuridad desde... que había conocido a Clare. Con seguridad, mi cabeza estaba demasiado distraída a causa de su irrupción en mis rutinas.

CAPÍTULO 17

Clare

Dedicamos las dos semanas siguientes a recopilar información. Mientras yo iba a la biblioteca y al ayuntamiento de Topeka a buscar los datos que requeríamos en lo referente a las poblaciones, Baxter visitó varios bancos para que le dieran un listado de las sucursales que se distribuían por el estado, con la excusa de que, durante nuestras vacaciones, iríamos a recorrer gran parte del territorio de Kansas y necesitábamos saber dónde sacar dinero de nuestras cuentas. Todo mentira, por supuesto.

Por la tarde, después de cenar en el apartamento o en algún *grill*, nos encerrábamos en el «despacho» y comentábamos las anotaciones que nos parecían más interesantes.

—¿Qué me dices de Cottonwood Falls? —pregunté mientras lo señalaba en el mapa que habíamos colocado sobre la mesa. Quería tomar alguna iniciativa, pues sentía que solo me dedicaba a almacenar datos en una libreta.

—Está la oficina del *sheriff* del condado —contestó.

—Mierda. —¿Por qué no se me había ocurrido?

Tenía tantas notas en la cabeza que ya no recordaba qué pueblos y ciudades disponían de las administraciones públicas que Baxter me había indicado que tuviera en cuenta.

—Tranquila, es normal que no des abasto con tanta información. —Sonrió indulgente.

—Jolín, pero llevo dos semanas enfrascada en esto, debería, al menos, acordarme de esas cosas.

—Con el tiempo, lo recordarás. No tengas tanta prisa.

Resoplé como respuesta.

La verdad era que Baxter tenía más paciencia conmigo que yo misma. A veces me desesperaba que él tuviera todo controlado y a mí me costara la vida asimilar tanta información. Pero, claro, me llevaba diez años de ventaja, era imposible alcanzar su experiencia en unos pocos días. Lo tenía presente, aunque eso no me consolaba.

—Tengo una retentiva de pena. —Si hubiese podido acudir a la escuela superior, seguro que tendría mejores técnicas para ello.

—Me dijiste que habías trabajado de camarera, ¿no? —Asentí—. Y, ¿cómo memorizabas los pedidos y qué clientes los habían demandado?

—Mmm... —Lo pensé por un momento—. Bueno, las mesas estaban numeradas, siempre seguían el mismo orden, así que relacionaba pedido con número.

—Pues haz lo mismo —propuso—. Asigna un orden específico a las poblaciones y agrúpalas en listas de libres o no de organismos policiales, por ejemplo, que es lo más interesante. No intentes memorizar cada ciudad por separado.

Lo observé durante unos segundos. Sus ojos no expresaban pena ni condescendencia, solo

serenidad. Como si supiera que algunas de mis limitaciones las provocaba yo misma, que era perfectamente capaz de realizar cualquier cosa que me propusiera.

—Está bien. Lo intentaré.

—Buena chica. —Sonrió—. Y ahora, deberíamos descansar. Mañana elegiremos por cuál empezar el trabajo de campo.

—¿Vamos a ir ya a investigar el movimiento de una sucursal?

—Sí. Nos llevará otro par de semanas. Y luego tendremos que decidir en cuál intervenir.

—Ay, ¡qué apasionante! —solté al tiempo que daba un saltito y me enganchaba a su cuello.

En cuanto noté la rigidez del cuerpo de Baxter junto al mío, me di cuenta de lo que había hecho. Era la primera vez que estábamos tan cerca, pegados el uno al otro. Y un calor ascendente explotó en mis mejillas.

—Eh..., lo siento. —Me aparté—. Ha sido la emoción.

Justo cuando me disponía a dar un paso atrás, Baxter posó una mano sobre mi espalda y volvió a acercarme a él.

—Hace mucho tiempo que nadie salta sobre mí con tanta alegría —murmuró sin apartar sus ojos de los míos, en tono desenfadado—. Estaría feo no corresponder al gesto.

El brillo de sus iris se intensificaba a medida que se aproximaba a mi rostro. No supe muy bien cómo reaccionar, porque, a cada milésima de segundo que transcurría, veía que sus labios se dirigían directos a los míos, y se me disparó el pulso. Me quedé completamente quieta, a la espera, pero no pude evitar cerrar los ojos. Justo en ese momento, sentí su mejilla sobre la mía y cómo me estrechó entre sus brazos. No pude evitar soltar un suspiro de alivio y, a la vez, de... decepción.

Baxter

Era cierto lo que le había dicho a Clare. Y no solo eso; ella era la primera persona a la que abrazaba desde que salí por la puerta de mi casa. La última fue mi madre.

Sacudí la cabeza en un intento de hacer desaparecer esas imágenes de mi mente. No era momento de recordar lo que había perdido hacía ya demasiado tiempo.

Y tampoco sería útil dar vueltas al motivo por el cual Clare había conseguido meterse en mi vida sin más, y aún menos por qué no me había arrepentido ni un solo segundo de ello. Quizá, al principio, me vi en la tesitura de ayudarla a salir de esa vida con demasiadas responsabilidades que no le correspondían, pero, con el paso de los días, me había acostumbrado a su presencia, a su vivacidad, a su risa, a su aroma, a la forma en que me miraba... Abrazarla solo había intensificado todas esas sensaciones nuevas, porque jamás había sentido la cercanía de una chica como notaba la suya. Y, lejos de preocuparme, me gustaba, a pesar de las circunstancias «especiales» que compartíamos. Puede que fuese porque estaba cansado de vivir de un lado para otro, completamente en soledad, y ella había alterado las reglas del juego. De mi juego. Y las estaba cambiando hacia un camino demasiado tentador. Pero debía tener cuidado con exponerme, no era la mejor opción, dada la situación a la que íbamos a enfrentarnos.

Me tumbé sobre las sábanas y decidí centrarme en pensamientos más productivos: el plan

que teníamos entre manos. Debía enseñar a Clare a desarrollar su paciencia, era demasiado impetuosa; una buena actitud, porque le daba el empuje que necesitaba, pero, a la vez, debía tener cuidado, ya que presentía que le gustaba improvisar, y eso podía convertirse en un problema. Todo debía estar organizado y ensayado al milímetro. No podía permitir que cometiera ningún error.

Tenía pensado entrar yo solo en la sucursal, pero después creí que sería mejor ir juntos. Mientras yo preguntaba al banquero por las opciones de abrir una cuenta, Clare podría echar un vistazo con más detenimiento, además de familiarizarse con el ambiente y aprender a desenvolverse *in situ*.

Tampoco entendía por qué confiaba tanto en ella, aunque había demostrado de sobra que estaba dispuesta a aprender lo que fuera necesario para desempeñar su papel a la perfección. Estaba seguro de que le encantaría la última fase: buscar el disfraz idóneo, a pesar de que no la dejaría acompañarme el día del atraco al interior de la oficina. Esperaba que se lo tomara en serio y no hiciera cualquier locura.

Me quedé dormido escuchando el sonido de la televisión, ya tan habitual en las noches desde que compartía techo con ella.

CAPÍTULO 18

Baxter

Por la mañana, nos pusimos en marcha. Primero nos dirigimos a la oficina de alquiler de coches, debía devolver de nuevo el último que habíamos alquilado en Topeka.

—¿No cogemos otro? —me preguntó Clare en un susurro mientras la chica que nos atendía fue a buscar unos documentos.

—Aquí no. Iremos a otra empresa. Es mejor variar, para que no acaben conociéndonos —respondí en el mismo tono.

—Oh, buena estrategia. —Asintió al entender el objetivo.

—Bien, ya está. Aquí tiene su factura —nos interrumpió la empleada.

—De acuerdo, gracias. —Agarré el papel que me ofrecía.

—Espero que todo haya sido de su agrado. Nos encantará volver a tenerlo como cliente, señor Cooper. —Sonrió sin desviar la vista de mi rostro.

—Por supuesto. Mi mujer —tomé a Clare por los hombros y la acerqué a mi costado— y yo hemos disfrutado mucho en su vehículo. —Le guiñe un ojo, irónico.

Se le borró la sonrisa de golpe y yo amplíé la mía.

Después, arrastré a mi compañera hacia la salida.

—¿Por qué le has dicho eso? —preguntó escandalizada—. Habrá pensado que hemos... que hemos... hecho... eso —movió las manos con energía— dentro del coche.

—No me gusta que intenten seducirme por puro interés comercial —contesté con burla.

—La chica no estaba ligando contigo, solo se mostraba amable —argumentó.

—Clare, Clare, Clare... Cuántas cosas voy a tener que enseñarte. —Volví a colocar el brazo sobre su hombro y caminamos así un buen tramo de la calle. Era agradable estar cerca de ella.

—Me da que eres un poco engreído, ¿no? —se mofó.

—Sé muy bien cuándo es cortesía y cuándo es... otra cosa.

—Oh, habló el experto. —Se detuvo en seco—. ¿Tienes novia? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—No, Clare, no tengo novia. No puedo permitírmelo con mi profesión.

—Ah, ya, por si tienes que salir pitando —elucubró.

—Exacto. No puedes tener nada que te ate a ninguna parte —contesté. Aunque hacía bien poco que había comprado algo demasiado tangible.

—Vaya, no lo había pensado. —Volví a ponerse en marcha y yo la solté de mi agarre.

—¿Te preocupa ese asunto?

—Bueno, siempre creí que formaría mi propia familia, ya que la mía se fue a la porra hace mucho tiempo —dijo en tono pesaroso.

La tomé del brazo y la giré hacia mí.

—Puedes dejarlo en cualquier momento, Clare, y volver a tu vida anterior —le ofrecí.

—¿A mi vida anterior? Ni de coña —contestó contrariada—. Prefiero ir a la cárcel que regresar a mi casa.

Debió de dolerle decir eso, pero no mostró ningún signo de flaqueza. Y yo aún la admiré más por ello.

¿Había dicho... «admirar»?

Clare

Alquilamos un nuevo vehículo en otra empresa y Baxter puso rumbo al sur por la 75. Me contó que siempre optaba por coches con buen cilindraje, pero de modelos habituales y colores neutros para no llamar la atención.

—¿Adónde vamos? No me lo has dicho —pregunté.

—A ningún lugar en particular. Iremos parando en los pueblos que nos encontremos por el camino, y tú decidirás, según tu criterio acerca del ambiente que veas, si nos quedamos o seguimos —argumentó.

—Vaya, ¿me vas a dejar elegir? —cuestioné sorprendida.

—Así practicas la observación. —Sonrió de lado.

—Oh, me parece perfecto. —Imité su mueca torcida.

Estaba segura de que pretendía ponerme a prueba, por lo que tendría que activar al máximo todos mis sentidos para superarla. Sentía que se lo debía. Él me había recogido como a un perro abandonado, y yo quería mostrarle mi gratitud desempeñando bien mi cometido. Al parecer, era la historia de mi vida. Todo aquel con el que me cruzaba terminaba por adoptarme de algún modo y ponerme las cosas fáciles; a cambio, yo trabajaba como la que más para que no se arrepintieran de haberme ayudado.

En menos de media hora, llegamos a Carbondale. Baxter salió de la carretera hacia el interior de la ciudad.

—Espera, espera... —grité.

—¿Qué ocurre? —Pisó el freno.

—Hay un banco ahí —señalé con el pulgar a mi espalda—, justo al salir de la estatal.

—Muy bien, Clare. Lo has visto. —Me miró con gesto mordaz.

—Al menos, la vía de escape es fácil y no hay que entrar en el pueblo —obvié su comentario, estaba demasiado concentrada—. Pero deberíamos observar el movimiento de gente que hay, ¿no?

—Perfecto. Y, ¿qué hacemos?

—Entra por la calle principal, luego volveremos aquí, aparcaremos y entraremos en la oficina —atajé.

—De acuerdo. Tú mandas.

—Vaya, me siento importante y todo —me burlé.

Baxter se rio entre dientes y siguió mis instrucciones. Miré mi reloj de pulsera, eran las once y media de la mañana; se suponía que a esa hora la gente del pueblo ya estaría en plena marcha,

por ser un miércoles cualquiera.

A menos de una milla, ya en mitad de la avenida, pudimos ver que todos los edificios significativos del lugar se encontraban en el mismo tramo; el ayuntamiento, tiendas, la oficina de correos, la biblioteca pública, una farmacia..., junto a lo que parecían puestos de mercadillo callejero, en los que se vendían diferentes tipos de frutas, verduras y objetos antiguos.

Curiosa mezcla.

—Pues hay bastante movimiento —expuse lo obvio.

—Eso es bueno, ¿no? —preguntó con toda la intención.

—Eso creo. Mientras todos están aquí, el banco estará libre —apunté.

Nos miramos y sonreímos como si nos hubieran dado la mejor noticia de nuestra vida. Parecía satisfecho con mi conclusión, y yo sentí que empezaba a encajar en algún sitio.

CAPÍTULO 19

Baxter

Aparqué frente a la sucursal bancaria y bajamos del coche con total naturalidad. Justo antes de entrar, cogí a Clare de la mano; ella se giró y sonrió.

—¿Somos novios o matrimonio? —preguntó.

—Durante unos minutos, serás la señora Cooper.

—Baxter y Clare Cooper, suena bien. —Sonrió aún más.

—Vamos.

Apreté sus diminutos dedos entre los míos y abrí la puerta para adentrarnos en lo que sería nuestro primer trabajo de campo juntos. Me sorprendió la sensación de nervios e inquietud que se me alojó en el centro del pecho; de pronto me percaté de que, a partir de ese instante, si me descubrían, arrastraría a Clare conmigo. Se me hizo un nudo en la garganta. ¿Y si la estaba empujando hacia una vida que no merecía? Había dicho que quería formar una familia. Pero ese no era el camino. Si se metía en ese negocio, se pasaría los años de un lugar a otro, sin hogar, sin pertenencia, sin echar raíces.

Me detuve en mitad del banco. Clare se giró para mirarme.

—¿Qué ocurre? —preguntó con el ceño fruncido.

—Eh, no sé si esto es buena idea —susurré.

—¿Por qué? —Elevó las cejas.

—Porque... una vez entras en esto, ya no puedes salir.

—Me has dicho hace unas horas que podía dejarlo cuando quisiera. Y no quiero —anunció con seriedad—. Merezco una vida mejor, merezco hacer lo que me venga en gana, Baxter. —Su determinación me produjo un pinchazo en el estómago.

—¿De verdad quieres pasarte la vida atracando y huyendo?

—Es mejor que lo que tenía. No pienso renunciar a mi decisión.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarlos? —Una voz femenina interrumpió la intensidad con la que sus ojos me observaban.

Clare se giró al frente y tiró de mí hacia el mostrador, tras el cual se encontraba una mujer un poco mayor que nosotros, con el pelo cardado y unas gafas de pasta rosa.

—Buenos días, quisiéramos información para abrir una cuenta en su banco —anunció Clare con tono seguro y firme.

Ya no había marcha atrás. Al menos, durante unos minutos.

—Por supuesto —nos atendió.

Fue Clare quien tomó la iniciativa; yo, por segunda vez en mi vida, me quedé petrificado, sin saber muy bien qué hacer. Jamás me había ocurrido en mitad de un tanteo del terreno. Siempre

estaba atento, alerta. Ni siquiera me puse tan nervioso en mi primer robo.

—Una cuenta corriente normal, ¿verdad, cariño? —La voz de Clare y su apretón en el brazo me hicieron reaccionar. Su expresión era amable, casi risueña, sin una pizca de temor en la mirada.

—Eh, sí —carraspeé—, cuenta corriente. —Me dirigí a la mujer—. Apúntenos, por favor, los datos y documentos que necesitan de nosotros para ello —pedí en mi entonación habitual.

Menudo lapsus.

—Claro, no hay problema —contestó la empleada.

Entretanto ella apuntaba en un bloc de notas, yo me dediqué entonces a revisar el entorno, y vi hacer lo mismo a Clare. El espacio era bastante reducido, apenas cabían el mostrador y una mesa al fondo, ocupada por otra empleada, más joven que la que nos atendía. Vi una puerta tras ellas, con un cartel que rezaba «Dirección». Y eso era todo. Al marcharnos, contaría los pasos que había desde nuestra posición hasta la puerta; tendría que haberlo hecho al entrar, pero mi cerebro se había negado a cooperar.

—No son de por aquí, ¿verdad? —preguntó la mujer, de pronto, con una sonrisa amable.

Clare sonrió y me miró con la expresión de quien te cede el honor de ser el primero en pasar por la horca.

—No —respondí con educación pero tajante. Que notara que no estábamos allí para explicarle nuestra vida.

La cajera aguardó a que ampliara mi explicación, pero enseguida volvió a su tarea al ver que no iba a darle más datos. Una vez que terminó, nos entregó el papel y procedió a informarnos acerca de cada uno de los puntos que había apuntado.

—He anotado también el número de teléfono por si necesitan que les aclaremos cualquier duda —acabó.

—Muchas gracias... —leí su nombre en la chapa dorada que llevaba colgada en la solapa de la americana—, Jane. —Y le tendí la mano.

—A ustedes. —Me la estreché.

—Ha sido muy amable, gracias —dijo Clare, que imitó mi gesto como despedida.

Tan solo había diez pasos desde el mostrador a la salida. Fácil y rápido para escapar. Pero el lugar tenía una pega.

—¿Qué te ha pasado ahí dentro? Espero que no haya sido por lo que estábamos hablando —cuestionó Clare cuando llegamos junto al coche.

—No. Solo quería verte en acción, tomar la iniciativa —mentí.

—¿Y qué tal lo he hecho? —Sonrió de oreja a oreja como una niña que sabe que el profesor la va a elogiar por su buen trabajo.

—Has estado genial. —No quise defraudarla. Aunque era cierto; lo había hecho mucho mejor de lo que creía. Sonrió aún más—. Bien. Y, ¿qué te parece el sitio?

—Mmm... Una muy buena opción —miró a su alrededor—, tenemos la estatal a dos pasos.

—Eso sí, pero hay un problema —expuse.

—¿Sí? ¿Cuál?

—¿Tú qué dirías? —Quería ofrecerle la posibilidad de analizar con detenimiento todo lo ocurrido en el banco.

Clare

Repasé mentalmente lo que había observado mientras estábamos dentro. El espacio era mínimo, todos los detalles estaban a la vista: mostrador, dos empleadas, la puerta cerrada de Dirección, nada que entorpeciera la salida a la calle, nadie de seguridad... Parecía el sitio perfecto.

Baxter apoyó los brazos sobre el techo del coche y me miró con una sonrisa ladeada.

Mierda. Esa prueba no la pasaría, porque no se me ocurría nada que pudiera ser una dificultad.

—Me rindo —confesé, pasados unos minutos.

—¿Estás segura? ¿No quieres pensarlo un poco más?

—No me viene nada. Todo me parece perfecto. Es sencillo y rápido. No creo posible encontrar otra oficina con tantas facilidades.

—Tienes razón. Es de lo mejorcito que he visto nunca, pero...

—Sí, ya, ya. Dime el «pero» de una vez.

—Vas a tener que trabajar más a fondo la paciencia, Clare.

—Eso ya me lo has dicho. —Me crucé de brazos, un tanto enfurruñada por su actitud vacilona.

—Está bien, te lo diré —hizo una pausa, y a mí se me llevaron los nervios—. La cajera.

Arrugué la frente.

—¿La señora tan amable que nos ha atendido? —cuestioné.

—Sí.

—¿Por qué? Me ha parecido de lo más normal.

—Es una persona avispada. Curiosa. Cotilla —contestó con los ojos entrecerrados, como si quisiera transmitirme su visión mental de la mujer a través de rayos equis.

Imité su gesto, y nos observamos el uno al otro durante unos segundos.

—Y eso significa que... es demasiado observadora y se quedará con detalles que otras ni tomarían en cuenta —argumenté.

—Exacto. —Baxter asintió con conformidad—. Estoy seguro de que, si volviéramos a aparecer dentro de cinco años, nos reconocería. Nos ha estudiado de reojo al dedillo mientras escribía en el papel.

—Entonces, será mejor que busquemos en otro lugar, muy alejado, si es posible, ¿cierto?

—En efecto. —Me guiñó un ojo—. Anda, vámonos. Aquí no hacemos nada.

Subimos al coche y volvimos a la estatal, con la intención de dirigirnos más hacia el sur. Al llegar al cruce con la 56, Baxter preguntó:

—¿Al este o al oeste?

Miré el mapa que llevaba entre las manos. La siguiente ciudad más cercana estaba hacia el oeste, y la nueva estatal, en esa parte, seguía hacia el sur. Veníamos del nordeste, así que lo tuve claro.

—Oeste. Cuanto más lejos, mejor.

—Bien visto. —Y giró a la derecha.

—Al menos, he acertado en algo —renegué.

Estaba enfadada conmigo misma por no haber advertido las señales que indicaban que la cajera era una mujer peculiar. Tenía que haber atendido a su indumentaria chillona, su

intromisión en la conversación que manteníamos Baxter y yo al entrar, la pregunta de si éramos forasteros... Estaba más que claro.

—Es tu primera «misión» —se rio Baxter—, no le des más vueltas a lo de la empleada. Llevo años estudiando el comportamiento de la gente, es normal que la pillara al vuelo.

—Sí, ya. El caso es que no se me ocurrió mirarla a ella, sino al lugar.

—Tranquila, en el próximo, lo harás mejor —me animó.

Desde luego que sí. No se me escaparía ni el mínimo detalle. Lo iba a bordar.

CAPÍTULO 20

Baxter

Me divertía que Clare se disgustase por no dar en el clavo en todo lo que le preguntaba, pero de esa forma aprendería más rápido. Los errores dan mejores lecciones que los aciertos.

Regresamos a Topeka cuando ya anochecía. Habíamos pasado el día en la carretera, y yo estaba reventado. Solo tenía ganas de meterme en la ducha y acostarme, porque al día siguiente nos esperaba una jornada idéntica, ya que no habíamos encontrado el lugar idóneo; todos tenían algún inconveniente.

—Me apetece salir a tomar una copa —dijo cuando entramos al apartamento.

—Pues yo me muero por pillar la cama —contesté sin dar mucha importancia a su propuesta.

—Yo no tengo ni pizca de sueño.

—No me extraña, te has pasado la mitad del viaje dormitando —le reproché con sorna.

—Podría haber conducido un rato, pero parecía que te sentías muy cómodo al volante. Como te gusta controlarlo todo...

—Es lo normal cuando te dedicas a robar bancos —me reí.

—Sí, ya, claro. —Se encaminó hacia el pasillo—. Pues yo voy a ducharme y me voy un rato.

—¿Sola?

—Sí, ¿por? —Se giró en mi dirección, que iba a su espalda—. ¿Hay algún problema?

—Eh, no... Pero... no sé si me gusta que vayas sola. —Había sonado peor de viva voz que en mi cabeza.

—¿Temes que me escape? —Levantó una ceja.

—No. Temo que te pase algo. —Me sorprendió decir algo así, pero ya no podía tragarme las palabras.

—Y, ¿qué iba a ocurrirme? Es una ciudad grande pero muy tranquila. No creo que haya peligro alguno.

Inspiré y expiré despacio.

—Voy contigo. Pero una copa y nada más. Mañana hay que salir temprano.

—No hace falta que me hagas de niñera, Bax. Puedo cuidar de mí misma, llevo haciéndolo desde pequeña.

—Voy para que vuelvas a una hora razonable, Clare —atajé con burla—. Tienes pinta de trasnochar demasiado, vista la hora en que te acuestas por ver la tele.

—Muy gracioso. Lo que pasa es que tú estás hecho un abuelo.

—¿Yo? —Tan solo tenía tres años más que ella.

—Te acuestas a las diez, Bax. —Soltó una carcajada.

—Hay que estar descansado para rendir bien —me excusé.

—Oh, claro. Tienes un horario muy estricto. Lo que no hagas mañana, lo puedes hacer al día siguiente —se mofó.

Maldita sea. La verdad era que tenía razón. Y yo solía salir de vez en cuando a tomar copas y, de paso, a ligar; tenía algunas... necesidades que cubrir. Pero, desde que había dado con ella, era como si no precisara nada de eso, a pesar de que no pretendía que Clare cubriera esas carencias carnales. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza.

Entonces, ¿por qué no lo echaba de menos?

—Está bien. Salgamos a tomar una copa —claudiqué.

—Pero por diversión, no por vigilarme —me advirtió mientras me señalaba con el dedo.

—De acuerdo.

—Genial. ¡Me pido primera la ducha! —Y corrió hacia el cuarto de baño.

No pude más que reír entre dientes.

Clare iba a acabar conmigo. Estaba claro.

Lo que no sabía era hasta qué límites.

Clare

Entramos a uno de los *pubs* del centro. Por supuesto, escogí el que tenía más gente en la puerta, no fuese que Baxter me dijera que había pocas personas y no pasáramos desapercibidos.

—Aquí nadie reparará en nosotros —anuncié con burla.

—Lo dudo —contestó, y miró al techo.

—¿Por qué dices eso? —Arrugué el ceño. No entendía su negativa.

—Por nada, es coña. —Bajó la vista hacia mí y sonrió socarrón.

—Te gusta llevarme la contraria, ¿no?

—Me encanta.

A veces me daban ganas de soltarle un sopapo, aunque no serviría de nada. En lugar de eso, me adentré en el lugar, hacia la barra, para pedir algo de beber. Hacía calor, tenía sed y estaba segura de que, en cuanto empezara a bailar, aumentaría mi temperatura corporal. Me encantaba bailar. En casa lo hacía a menudo, con los auriculares puestos. Como le había dicho a Baxter en una ocasión, la tele y la música habían hecho que mi vida no pareciera un sinsentido. Sin embargo, desde que compartía apartamento con él, apenas lo hacía y lo echaba de menos.

Me hice hueco entre la gente que esperaba a ser atendida, y nada más ver al camarero, alcé la mano para llamar su atención.

—¿Qué te pongo, preciosa? —Sonrió.

Me giré un momento, en busca de Baxter, que se encontraba a mi lado, con el codo apoyado en la barra.

—¿Qué quieres? —le pregunté.

—Una cerveza.

Volví a mirar al chico que seguía frente a mí.

—Una cerveza y un *gin-tonic*, por favor. —Asintió y se apartó para preparar nuestras bebidas—. ¿Te ocurre algo? —pregunté a Baxter, lo notaba un tanto taciturno.

—No, ¿por?

—Te veo... disperso.

—Solo un poco cansado.

—Tendrías que haberte quedado. Podría haber venido sola.

—Mejor que no.

—¿No te fías de mí? —Elevé una ceja.

—No mucho, la verdad. —Disimuló una risa.

—Pues me estás enseñando todos tus trucos.

—Y aún me pregunto por qué.

—Porque te caigo bien.

—Es posible. —Se encogió de hombros.

—Aquí tienes, preciosa. —El camarero puso frente a nosotros las bebidas que le habíamos solicitado.

Baxter alargó el brazo y le entregó unos billetes.

—Quédate con el cambio —añadió.

—Gracias, colega —contestó el camarero, visiblemente contento.

Removí mi bebida con la cañita y le di un buen sorbo, para aplacar el calor. Mientras lo hacía, dirigí la mirada hacia el centro del local, donde un buen puñado de personas se movían al ritmo de la música. Sonaba *Relax*, de Frankie goes to Hollywood, y a mí se me iban los pies, pero Baxter estaba tan quieto que no me atreví a pedirle que bailara conmigo. Así que me quedé allí plantada, con el vaso en la mano y controlando el impulso de saltar a la pista.

—Puedes ir. —La voz de Baxter sonó por encima del ruido.

—¿Adónde? —Señaló con la barbilla hacia el tumulto—. Me da palo dejarte solo.

—Yo estoy bien aquí, no te preocupes.

—¿De verdad? —pregunté ilusionada.

—Por supuesto —asintió.

—Vale. —Dejé mi bebida sobre la barra—. Cuídamela.

—Claro.

Justo en ese instante, las notas de *Walk like an egyptian*, de The Bangles, empezaron a salir por los altavoces.

—¡Oh, joder, me encanta esta canción! —grité, ya de camino a la pista.

El grupo femenino de *rock* era uno de mis favoritos, junto con Madonna, Michael Jackson, Opus... y demasiados más. En cuanto pude ahorrar un mínimo, el *walkman* y los casetes se convirtieron en imprescindibles.

Bailé una canción tras otra sin parar, ¡cómo lo había echado de menos! Me olvidé de mi padre, de la vida encarcelada que tenía hasta hacía bien poco, de las innumerables horas de trabajo, de los mil empleos... Me deshice de todo. Tenía una oportunidad y me agarraría a ella como Linda Hamilton a Michael Biehn, en *Terminator*.

Robar bancos no era la opción más loable, por supuesto, pero me había comportado como «debía» durante toda mi vida, y las cosas no habían salido como esperaba, así que no iba a quedarme sentada en un sillón lleno de vómitos a ver los años pasar. Ni de coña. Era demasiado joven y...

Un empujón.

Me giré y vi a un par de chicos hacer el idiota. Uno de ellos, el más alto, se acercó demasiado a mí.

—Baila conmigo, encanto. —El aliento le apestaba a alcohol.

—No —respondí, y me alejé un paso.

—Venga, lo estás deseando. Me has estado mirando toda la noche. —Volvió a aproximarse. Arrugué el ceño.

—Si te hubiera mirado, lo sabría —respondí irritada.

—No te hagas la estrecha. —Movié su mano hacia mi cintura.

En cuanto sentí sus dedos agarrarse a mi vestido, no lo pensé, le di un bofetón con todas mis fuerzas. Al ir un tanto perjudicado, el chico se zarandeó de lado antes de llevarse la mano a la cara. Su compañero se echó a reír a carcajadas. Al parecer, eso lo indignó, por lo que se incorporó y se dirigió hacia mí como un león a una gacela, con los ojos encendidos por la rabia.

—Pero ¿qué te has creído? —gritó.

Justo a pocos centímetros de alcanzarme, retrocedió de golpe; como si hubiese rebotado contra una pared invisible. Pero no era una fuerza oculta, era Baxter, que lo había agarrado del hombro y había tirado del tipo hacia atrás para alejarlo de mí. Hasta que no lo apartó de mi vista, no pude reparar en él. Tenía los ojos igual de incendiados que el borracho.

—Lárgate de aquí, imbécil —le dijo, y lo empujó hacia un lado.

—Eh, no te metas. Esto es entre ella y yo —balbuceó el otro, que se incorporó con la ayuda de su amigo.

—Ella está conmigo, así que ni la mires —soltó Baxter con furia mientras se posicionaba delante de mí, para hacerles frente.

—Pues deberías atarla en corto, no hace más que provocar —respondió, algo más recuperado.

—¿Quieres que te meta un puñetazo? El tortazo de ella te va a parecer una caricia —alzó la voz.

La gente de alrededor se apartó de nosotros. Estaba segura de que en nada llegarían los de seguridad. Me puse de puntillas y me agarré a la espalda de Baxter.

—Vámonos, Bax. No merece la pena armar follón por culpa de un idiota —le dije.

—Que se largue él, es quien molesta.

—Ya, pero nos echarán a todos.

Me miró de reojo, sin apartar la vista de los dos tipos, y asintió. Buscó mi mano con la suya y yo la sujeté como a un clavo ardiendo. No quería que se metiera en un lío y acabáramos en la comisaría; sería demasiado peligroso.

Salimos a toda prisa y sin mirar atrás. Por suerte, los dos ineptos se quedaron donde estaban.

—Lo siento, no quería liarla —me disculpé mientras caminábamos hacia el apartamento.

—No es culpa tuya. Ha sido él. Deberías haberle arreado más fuerte. —Sonrió de lado.

—Tampoco era plan de tumbarlo —bromeé entonces.

—No habría estado mal. —Me guiñó un ojo.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por haber venido a defenderme.

—Bueno, no quería que acabaras en el calabozo por escándalo público, sería malo para el negocio.

—Detenida antes de empezar, menuda profesional.

Baxter soltó una carcajada. Y a mí me pareció el sonido más agradable que había oído en mi vida.

CAPÍTULO 21

Baxter

Decir que, desde aquella noche, no pude quitarme de la cabeza a Clare es quedarse muy corto. Habían pasado diez días y, cada vez que la miraba, tenía que reprimir una sonrisa estúpida. Y la observaba más de lo que estaba dispuesto a admitir. No acababa de saber si era por su aire fresco, casi adolescente; por el vestido que se puso para salir, tan distinto a su manera de vestir habitual, que casi me cortó la respiración; o por la forma valiente e impetuosa de defenderse ante aquel imbécil. Joder, que le arreó una hostia de campeonato. Tuve que salir corriendo hacia ella porque no me dio tiempo a reaccionar antes.

Al final llegué a la conclusión de que era todo el conjunto. Clare le había dado un nuevo significado a mi existencia. Ya no me sentía solo. Ya no estaba solo. Y eso, a su vez, hacía que me replanteara demasiados aspectos de mi forma de vivir. Sabía que tarde o temprano tendría que dejar lo que hacía; hasta ese momento había tenido mucha suerte de que no me pillaran, pero la fortuna se acaba, de eso no tenía duda. Y yo ya la había disfrutado durante mucho tiempo. Quizá esa fue la forma que encontró el destino para compensarme por lo que me había hecho sufrir en mis años de vida anteriores, a pesar de que yo no creía en la providencia. Y Clare era la última pieza que me había enviado para acabar de tomar la decisión definitiva.

—Te quedarás en el coche, a la espera. Serás la conductora de huida, tal y como sugeriste tú misma —respondí cuando Clare me preguntó cuál sería su papel en nuestra primera intervención juntos.

—¿Qué? Ni lo sueñes. Entraré contigo en el banco. —Se cruzó de brazos y arrugó el ceño.

—Clare, es tu primera vez...

—Eso ha sonado fatal —me interrumpió.

—Me da igual. No vas a entrar mañana. Ya lo hablamos al principio y estuviste de acuerdo —atajé con decisión.

—Joder. —Golpeó el suelo con el pie de forma muy infantil.

Tuve que reprimir una carcajada para no enfadarla más.

—Has hecho un gran trabajo de campo, y te prometo que me acompañarás al interior, pero no esta vez.

—¿Cuándo?

—A partir de la tercera si todo va bien.

—Eso son, como mínimo, dos meses más.

—Lo que haga falta, Clare. No quiero que te arriesgues hasta que no estés mejor preparada. Entiéndelo. A mí me costó años perfeccionar mi método.

—Pero tú estabas solo, yo te tengo a ti. —El ruego de su voz casi me hizo claudicar.

Respiré hondo.

—No, Clare —conseguí contestar con el resquicio de entereza que pude reunir.

—Mierda, has estado a punto de ceder —murmuró entre dientes.

—Ni de coña —contesté con más énfasis.

La muy pícara empezaba a conocerme demasiado bien, o yo me estaba convirtiendo en un maldito blando.

Cogí la mochila que tenía preparada sobre la mesa y salí del despacho. Oí resoplar a Clare y, segundos después, sus pasos tras los míos. Sonreí. Al fin y al cabo, yo tenía razón, y ella lo sabía, por mucho que intentara convencerse de lo contrario.

Después de casi dos semanas de desplazarnos de una ciudad a otra, elegimos Sabetha para el atraco. Se encontraba al norte de Topeka, a unos escasos diez minutos del Estado de Nebraska, por la 75; aunque se podían tomar muchas carreteras secundarias para hacer el mismo recorrido. Por eso nos decidimos por ese lugar. Existían diferentes rutas de escape. Y, además, el banco estaba ubicado a las afueras. Mucho más sencillo para ella.

En los últimos días, le había dado muchas vueltas, de nuevo, a la idea de meter a Clare en semejante embolado, pero había llegado a la conclusión de que no lograría persuadirla. Estaba demasiado ilusionada. ¡Ilusionada! Desde luego, no se hacía una idea de lo que era vivir de ese modo; siempre huyendo, con el consecuente desarraigo y la soledad. Pero, claro, como había dicho hacía un momento, me tenía a mí, y yo... yo a ella.

Clare

Me sentía demasiado excitada por lo que estábamos a punto de hacer para pensar en que, si salía mal, me detendrían. Nos meterían en la cárcel. Ese hecho no me daba miedo, ya se lo había explicado a Bax; lo que me aterraba era defraudarlo. Por eso aceptaba, casi sin rechistar, cada una de las instrucciones que me daba. Asumía sus decisiones y acataba sus órdenes. No quería cagarla y, en consecuencia, me dejase tirada en cualquier cuneta por incompetente. Y yo no quería regresar a casa de ninguna de las maneras.

—Acelera un poco, Clare, parece que vamos pisando huevos —dijo Bax, sentado a mi derecha.

—Perdón, estaba... repasando el plan.

—El plan es sencillo. Me dejas en la calle de atrás, conduces hasta la puerta y aparcas allí. Esperas con el coche en marcha. Y, cuando me veas salir del banco, abres la puerta del copiloto para que pueda entrar lo más rápido posible. Arrancas a toda leche y nos largamos. ¿Entendido? —expuso, una vez más, con voz serena.

—De acuerdo —asentí.

—Todo irá bien, no te preocupes.

—Oh, estoy tranquila. —«Solo me tiemblan hasta las cejas». Pero eso lo guardé para mí.

Conducía para familiarizarme con el nuevo coche que habíamos alquilado; ya iban tres distintos en las últimas semanas. Habíamos hecho pruebas de arranque antes de salir, así que, en principio, lo tenía controlado. Pero el revoltijo en el estómago seguía dando tumbos de un lado a otro.

Baxter cogió la mochila que llevaba a los pies y sacó los accesorios del disfraz que había

elegido para ocultar su verdadera cara. Rostro que, por sí solo, sin nada encima, convencería a cualquier cajera de entregarle no solo el dinero, sino hasta el alma.

El puñetero Baxter Flynn era guapo a rabiar, y yo tenía que tragarme ese pensamiento cada vez que me miraba con sus ojos penetrantes y seductores. Vale que nunca me había insinuado nada, pero mi imaginación volaba más allá de cualquier lógica aplastante. Él solo me había recogido y aceptado por pena, como todos los que me ayudaron en el pasado.

—¿Qué tal estoy? —preguntó unos minutos después.

Me giré en su dirección, sin perder demasiado de vista la carretera, y lo observé durante unos segundos. Se me escapó la risa entre los labios.

—Pareces... —No supe qué decir, solo intentaba no soltar una carcajada.

Llevaba una peluca de rizos cobrizos, un bigote al estilo de los 70 que le tapaba las comisuras de la boca, unas gafas de sol Ray-Ban Aviator con cristales verde oscuro y... una dentadura postiza parecida a la real de Freddy Mercury.

—¿Qué? —Sonrió, y las paletas frontales aparecieron como dos perlas brillantes entre sus labios.

—Pareces una mezcla esperpéntica entre los Bee Gibbs y los Hermanos Marx. —Ya no pude aguantar más y dejé que la risa volara por el habitáculo—. No sé si te falta el puro de Groucho, la bocina de Harpo o la camisa dorada de los reyes del *Saturday Night Fever* —agregué, casi sin aliento.

—Bien. Irreconocible, entonces.

—Mucho.

—Perfecto.

No tardamos en llegar al lugar; de hecho, el trayecto se me hizo más corto de lo que pensaba, como era evidente, a causa de los nervios y la adrenalina que me recorrían por cada célula del cuerpo.

Baxter, como siempre, tenía razón. Era mejor quedarme fuera la primera vez. No estaba preparada para soportar tanta tensión, a pesar de mis ganas de participar de forma activa.

—¿Lista? —preguntó cuando detuve el coche a varios metros del banco.

—Creo que sí —contesté con las manos apretadas alrededor del volante.

—Tranquila, ¿vale? Solo tienes que conducir, ¿de acuerdo? Del resto me encargo yo —dijo con voz calmada al tiempo que apoyaba su mano sobre una de las mías.

—Sí, sí... —Tragué saliva. Había llegado la hora de la verdad.

—¿Estás bien? —dudó.

—Eh, sí, sí...

—Estás un poco pálida.

Sentí la bilis subirme por la garganta.

Mierda.

No. No. No.

No podía vomitar en el momento crucial.

Abrí la puerta del coche y saqué medio cuerpo. El desayuno salió disparado de entre mis labios hacia el suelo arenoso de la carretera.

Maldita sea.

Me mantuve en esa posición durante unos segundos, tras escupir. Las piernas de Baxter aparecieron ante mis ojos.

Joder. ¡Qué vergüenza!

Sentí sus manos deslizarse por mi pelo, para apartármelo de la cara.

—Mierda —murmuré.

—No pasa nada, Clare. Yo también vomité las primeras veces —me consoló con voz comprensiva.

—¿Cuántas?

—Como unas... veinte.

—Mierda —repetí.

Lo oí sonreír entre dientes.

Era patética. Estaba segura de que me había dicho aquello para que me sintiera mejor. Él no tenía pinta de haber vomitado en toda su vida.

Nos mantuvimos en silencio un instante, hasta que sentí que tenía el estómago vacío y que no volvería a echar la papilla. Me incorporé mientras me secaba la boca con la cinturilla de la camiseta. Baxter se apartó. No me atrevía a mirarlo.

—Toma —dijo.

Entonces no tuve más remedio que levantar la vista. Me ofrecía una botella de agua y una servilleta de papel.

—Gracias. —Las cogí, me enjuagué y me limpié mejor los labios—. Lo siento.

—Deja de disculparte. Es normal. Habría sido raro que fueras impasible. Pensaría que eres un poco psicópata. —Sonrió.

—Supongo que tienes razón.

—Como siempre. Al menos en lo que se refiere a este tema.

Volví a acomodarme correctamente frente al volante. Baxter rodeó el coche y se sentó a mi lado.

—Ya estoy mejor, gracias.

—Esperaremos hasta que estés bien.

Respiré hondo. Aún notaba el estómago en danza, pero ya no había nada que me produjera retortijones.

Bebí un poco más de agua y me re coloqué en el asiento.

—Estoy lista. Ahora sí —asentí con firmeza.

—¿Estás segura?

—Sí —reafirmé.

—De acuerdo. Vamos allá.

Había llegado la hora, esta vez de verdad.

CAPÍTULO 22

Baxter

Quise esperar unos minutos, hasta que Clare se repusiera del todo. Ella no me creía, pero era cierto. Vomité hasta la primera toma de leche materna cuando empecé en esto. Cuando empecé en serio. Lo anterior había sido pura supervivencia; hurtos menores, robo de comida para subsistir, aunque aquellos tiempos ya quedaban muy lejanos. Atracar bancos eran palabras mayores, y había visto la evolución de las medidas de seguridad en las grandes sucursales. No tardarían en llegar hasta las más pequeñas, y eso significaba que, cada vez, mi «profesión» se volvería más peligrosa y complicada. Por ello llevaba meses pensando en dejarlo, pero no acababa de decidirme porque no sabía hacer otra cosa.

El color rosado habitual en las mejillas de Clare volvió a aparecer, por lo que nos miramos y asentimos, para decirnos el uno al otro que estábamos preparados.

Condujo el coche hasta el lugar donde habíamos acordado.

—¿Está todo claro? —le pregunté.

—Sí, lo está —contestó con convicción.

—Bien. Vamos allá.

Tiré a la parte trasera la mochila en la que llevaba la ropa y me quedé con la que «obligaría» a llenar a la cajera. Y la pistola. Todavía sentía reparo al cogerla entre los dedos, pese a que era un modelo pequeño y siempre la llevaba descargada. Abrí la puerta del coche y me giré por última vez hacia Clare. Sus ojos claros me miraron con un brillo que mezclaba el miedo, la emoción y las ganas de salir de allí cuanto antes.

—Será rápido —aseguré. Ella asintió con una sonrisa tímida.

Bajé del vehículo y me dirigí hacia el edificio de una planta que habíamos vigilado durante los últimos días. Apenas tenía trasiego de gente, solo había una empleada y no había guardia de seguridad. Era perfecto. Tenía que ser sencillo y limpio.

Abrí la puerta con decisión y entré sin titubear. La oficina estaba vacía por completo. Mejor. La empleada levantó la vista hacia mí desde detrás del mostrador.

—Buenos días —sonrió.

—Buenos días —saludé mientras avanzaba.

—¿En qué puedo ayudarlo?

Posé la mochila sobre la tarima de madera oscura y coloqué el arma bajo ella, con cuidado de que la viera, pero que no quedara expuesta ante las cámaras de seguridad.

—Pues... sería un placer que llenaras esta bolsa con la pasta que tienes en el cajón, encanto —anuncié con voz amable y sonrisa perfecta. El rostro complaciente de la chica demudó a uno asustado y pálido—. En silencio y sin hacer movimientos bruscos, ¿lo has entendido? —proseguí mientras le mostraba el cañón de la pistola que apuntaba hacia ella.

—S-sí —asintió.

—Genial. —Le entregué la mochila y puse la mano sobre el arma que sujetaba con la otra, para esconderla, por si entraba algún cliente.

La chica, que parecía tener mi edad, abrió el cajón y metió los varios fajos de billetes, tal y como acababa de indicarle. Vi que le temblaban las manos.

—Tranquila, no pasará nada si haces lo que te digo —la animé. Volvió a asentir.

En pocos segundos me devolvió la bolsa, sin apenas mirarme a la cara. Eso también era una ventaja; no podría describirme con precisión cuando declarara ante la policía. Metí la mano en la mochila y le pasé un billete de cien dólares por encima del mostrador.

—Como te has portado bien, te dejo un regalito, encanto, y para que no des la voz de alarma hasta pasados unos minutos desde que me marche, ¿lo has entendido?

Levantó un poco el rostro y asintió, con aspecto aturdido. Le mostré una sonrisa más amplia y me di la vuelta. Caminé hacia la salida sin demasiada prisa pero con pasos firmes. Justo cuando iba a alcanzar mi objetivo, una puerta a mi derecha se abrió y salieron dos hombres sonrientes, que se despedían. Uno de ellos parecía el director, el otro... era un agente de la Policía Local. Vestía el uniforme oficial.

El corazón me dio un vuelco, la garganta se me secó y sentí un escalofrío ardiente recorrerme el pecho.

Mierda.

Intenté calmarme. No parecía que hubieran reparado en mi presencia, la cajera no había dicho nada y yo estaba ya con la mano en el tirador de la puerta.

Pensé en Clare.

Fue entonces cuando reaccioné y me apresuré a salir. Caminé al mismo ritmo los primeros pasos; luego oí la puerta del banco abrirse a mi espalda...

—... el hombre que acaba de salir... —escuché que gritaba la voz de la empleada.

Y eché a correr hacia el coche que me esperaba a escasos metros con la puerta ya abierta.

—¡Arranca! —grité a Clare mientras me tiraba casi en plancha al interior.

—¡Mierda! —chilló ella—. ¡Un poli!

Clare

Pisé el acelerador a tope y las ruedas chirriaron en el asfalto. Mientras esperaba, no había dejado de observar la puerta por la que saldría Baxter; había tenido que hacer un esfuerzo titánico para no morderme las uñas. Llevaba años sin hacerlo; no había tenido tiempo. Cuando lo vi aparecer, el corazón me dio un quiebro en una mezcla de alivio y urgencia por haber sido tan rápido. Pero ver a un poli tras él volvió a estrujarme el estómago y a llenarme la garganta de bilis que subía y saliva que intentaba tragar.

—Pero ¿qué demonios ha pasado? —grité al tiempo que no dejaba de apretar el pedal, mirar por el espejo retrovisor y aguantar las ganas de vomitar de nuevo.

—Luego te lo explico —contestó mientras se deshacía de todos los complementos de su disfraz y los metía en una bolsa de papel, que había preparado para ello—. No dejes de acelerar. —Miró por el espejo de su lado—. ¡Mierda!

—¿Qué ocurre? —pregunté a la vez que vigilaba mi retaguardia. El poli corría hacia un vehículo aparcado a un par de metros de donde había estado yo parada, a la espera. No era un coche oficial, por eso no habíamos reparado en él—. ¡Mierda! —repetí su expresión.

—Vamos a tener que abandonar la idea de escapar por la estatal —expuso Bax.

—Y, ¿por dónde vamos? —pregunté aterrada.

—Tendrás que improvisar por las carreteras interiores, entre los campos —anunció—. ¿Te ves capaz o...?

—¿O qué? —Lo miré una milésima de segundo.

—¿O cambiamos de sitio? —Nos señaló a ambos.

—¿Quieres parar en medio de una persecución para intercambiarnos? ¡¿Estás loco?! —Volví a mirar por el espejo. El policía ya estaba dentro de su coche, aunque nos habíamos alejado bastante de él—. Coge el mapa e indícame por dónde seguir —grité malhumorada.

—Vale, vale... No te pongas así.

—¿Que no me ponga cómo? ¿Histérica porque nos sigue un policía?

—Tranquila, este coche es bastante potente, lo dejaremos atrás —anunció.

—¿Y los refuerzos? Porque seguro que está llamando a la caballería —expuse mis pensamientos.

—¿Quieres calmarte? Me estás poniendo nervioso y no puedo pensar —elevó la voz.

—Perdón por no ser una persona inmune al miedo —ironicé.

—Conduce y calla, Clare. Necesito rumiar. Esto requiere un cambio radical del plan.

—Vale, vale...

Tenía razón. Él era el cerebro, yo solo tenía ganas de gritar. Me concentré en la carretera que nos alejaba de aquel maldito pueblo. ¿Cómo era posible haber tenido tan mala suerte? Baxter desplegó el mapa y lo estudió con detenimiento durante unos segundos. Segundos que no teníamos, pero me callé la boca. La interestatal estaba ya a pocas yardas, debíamos decidir hacia dónde continuar. El coche del policía nos seguía, pero estaba lejos, apenas un punto en la carretera tras nosotros, aunque estaba convencida de que, en cualquier momento, aparecerían varias patrullas.

Agarré el volante con decisión y pisé aún más a fondo.

—Vale, ya lo tengo —anunció Baxter.

—Menos mal —suspiré.

—Justo antes de la entrada, hay un cruce. Quiero que gires a la izquierda, ¿de acuerdo?

—¿Y después?

—A la derecha. Te iré indicando, tranquila. Confía en mí. Conozco las carreteras bastante bien. —Se giró en el asiento—. Está lejos, no nos alcanzará. Tendríamos que hacerle creer que hemos cogido la 75 hacia Nebraska. Por eso giraremos justo antes.

—Vale. —Su exposición me pareció lógica, así que volví a acelerar para alejarnos cuanto antes—. Es cierto que este coche coge velocidad —añadí al descubrir que íbamos a más de 100 millas por hora. Jamás había conducido tan deprisa y tampoco se me había hecho tan eterno un tramo tan corto de carretera.

—Lo sé, por eso lo alquilé.

—¡Mierda! —solté de repente.

—¿Qué? —Baxter volvió la vista hacia delante.

—Nos habrá cogido la matrícula. Tendremos que abandonar este coche en algún lugar y coger otro —expuse.

—Clare, esto no es una peli de esas que ves cada noche —contestó con condescendencia.

—Ah, ¿no? Oh, vaya, creía que acabábamos de atracar un banco y nos perseguían por ello —volví a ironizar.

—He cambiado la matrícula del coche, la que llevamos es falsa —confesó.

—¿No me digas? ¿No es eso precisamente lo que hacen en las pelis?

Suspiró con pesadez. Y, de pronto, se le abrieron los ojos como platos.

—¡Gira, Clare! ¡Gira! ¡Que nos pasamos el cruce! —chilló, con el dedo en dirección a nuestra izquierda.

—¡Mierda!

Solté el acelerador. Pensé en reducir marcha, pero íbamos demasiado deprisa y eso provocaría demasiadas revoluciones en el motor, así que di un volantazo mientras tiraba del freno de mano. Baxter se balanceó como un muñeco en su asiento y, aunque se agarraba con fuerza al salpicadero, se estrelló contra la ventanilla.

—¡Joder! —se quejó.

—Lo siento —me disculpé mientras intentaba controlar el coche, que se bamboleaba de un lado a otro por la parte trasera.

Tras unos segundos de incertidumbre y de pensar que no lo conseguiría, logré enderezarlo sin salirme del todo de la carretera. Hacía demasiado tiempo que no realizaba ese tipo de maniobras...

—¿Dónde has aprendido a conducir? —preguntó Baxter—. ¿En el Olympus Rally?

—Calla y deja que me concentre —contesté con el mismo tono que había usado él cuando necesitaba pensar.

Lo oí reírse entre dientes.

—Vale, vale... —Alzó las manos en señal de rendición.

Más le valía, desde luego. Seguí adelante sin mirar atrás, de eso ya se encargaba Bax. Inspiré hondo y recordé cómo George, mi jefe en el taller, me enseñó todo lo que sabía de conducción y de motores. Se portó genial conmigo; cuando estaba con él, sentía de verdad que alguien se preocupaba por mí. Después le dio un infarto y el taller cayó en manos de su hijo, Randy; ya nada fue igual, hasta tuve que dejarlo porque el chico no me quería allí. Al parecer, creía que iba a robarle el protagonismo, pues sabía más de coches que él.

—¡Sí! —gritó—. ¡Ha pasado de largo! —Se recolocó en el asiento.

—¿El poli?

—Sí, se dirige hacia la interestatal, tal y como suponía.

Solté el aire que retenía en los pulmones con pesadez y reduje la velocidad hasta detenerme en la esquina donde Baxter me había dicho que debía girar a la derecha.

—Ahora sí que necesito que cambiemos de sitio —confesé con las manos temblorosas de tanto apretar el volante.

—Claro —asintió—. Lo has hecho genial, Clare —dijo con suavidad.

Giré el cuello hacia él. Me observaba con ojos brillantes y sonrisa amplia.

Imité su gesto.

Sí, lo había hecho genial.

CAPÍTULO 23

Baxter

Clare se bajó del coche en silencio y lo rodeó para montarse en mi lugar. Estaba un poco pálida, pero no dije nada por respetar su mutismo. Entendía que se sintiera un tanto descolocada, después del subidón de adrenalina. Era el turno del bajón.

Aproveché la parada para cambiar las matrículas; coloqué la real del coche de alquiler. Conduje a buena velocidad, pero sin perder de vista la carretera, tanto por delante como por detrás. Aún debía estar atento por si aparecía la policía. Giré varias veces por las carreteras secundarias hacia el noroeste y, a la altura de Oketo, me dirigí hacia la frontera con Nebraska por la 77 N. Llegaríamos a Fairbury, nuestro punto final para ese día, mucho más tarde de lo planeado, debido al imprevisto.

—¿Quieres que paremos a comer en alguna parte? —le pregunté.

—No tengo hambre —respondió, apoyada en el asiento, con los ojos cerrados.

—¿En serio? —bromeé.

Abrió los párpados y me miró.

—Muy gracioso. —Arrugó el ceño.

Sonreí. Parecía agotada.

—Bueno, no falta mucho para llegar. Si prefieres descansar en el hotel en el que nos instalemos, iré a por algo de comida y te lo subiré a la habitación —ofrecí.

—¿Harías eso?

—Claro, no hay problema.

—Vale —asintió—. Gracias. —Y cerró los ojos.

En ese instante, volvió a parecerme una chiquilla, como cuando la vi por primera vez, pero acababa de demostrarme que tenía más agallas y experiencia que muchas de las personas con las que me había cruzado a lo largo de los años. Intuí que tenía algo distinto, y no me había equivocado. Clare era especial.

Entré en Fairbury por el sur y avancé a poca velocidad con la intención de localizar un lugar en el que quedarnos. Vi un par de hoteles, aunque estaban lejos del centro, así que recorrí la pequeña ciudad en busca de algo mejor. Lo encontré, pero decidí volver a las afueras y aparcar frente a uno de los anteriores. Estaríamos más tranquilos. Clare estaría más tranquila.

Paré el motor y me giré en su dirección. Se había quedado dormida. Tenía la cabeza ladeada hacia la ventanilla, las manos cruzadas sobre el abdomen y los labios rosados entreabiertos. Podía oír su respiración tranquila y observar su rostro sereno; nada que ver con el que mostraba cuando estaba despierta, vívido, expresivo y lleno de matices que revelaban en cada instante su estado de ánimo. Era transparente. Lúcida. Casi inocente.

Y empezaba a gustarme su compañía. Mucho. Demasiado.

Alcé el brazo y le hice cosquillas con la punta de los dedos en la mejilla. Su piel era tan

suave como parecía. Apenas se movió, así que insistí.

—Clare —susurré—, hemos llegado. —Mis dedos se movieron solos hasta el nacimiento de su pelo y le colocaron un mechón detrás de la oreja.

Fue entonces cuando movió los párpados, los abrió despacio, y yo aparté la mano en contra de mi voluntad. Tomó una respiración profunda y giró el rostro hacia mí. Parpadeó varias veces hasta enfocar.

—¿Me he quedado frita? —musitó.

—Como un oso en hibernación —me burlé. Debía sacudirme la sensación placentera que me había producido acariciarla.

—Estás de un bromista que tira para atrás —contestó mientras se desperezaba.

—Anda, vamos a coger un par de habitaciones. Descansarás mejor. —Me moví para abrir la puerta del coche y ella hizo lo mismo.

Cogimos del maletero las mochilas con nuestras cosas que habíamos recogido del apartamento de Topeka. No volveríamos allí, debíamos seguir adelante. Y la bolsa con la pasta, además de mis accesorios de disfraz, los cuales debería tirar en cuanto tuviera ocasión. Reí entre dientes al recordar la expresión divertida de Clare cuando me vio con ellos puestos.

—¿De qué te ríes? —preguntó.

—De tu cara al verme con todo esto. —Levanté la bolsa de papel marrón.

Se le escapó una carcajada estridente y sincera.

—Es que parecía que te habías escapado del set de un videoclip de Boney M.

Imité su risotada al imaginarme bailar junto a Bobby Farrell. No, sería imposible seguirle el ritmo.

Caminamos hacia el hotel sonriendo como dos bobos. Al menos, eso me pareció al ver que Clare me echaba miradas de reojo y volvía a reír. Me gustaba verla contenta. Mucho. Demasiado.

—Pongámonos serios —dije cuando abrí la puerta del lugar.

Asintió y carraspeó.

Nos dirigimos a la recepción, al fondo de un vestíbulo bastante amplio, decorado con sillones de terciopelo azul petróleo, a juego con la pintura de las columnas que sujetaban el techo. Parecía tranquilo y bastante nuevo. Moderno. La mayoría de sitios a los que iba eran cutres y sacados de una película de los 60, como bien habría opinado Clare.

—Buenas tardes —nos saludó una chica joven, con el pelo recogido en un moño alto y tirante, que se encontraba tras el mostrador.

—Buenas tardes. Necesitamos un par de habitaciones individuales —pedí.

La recepcionista nos miró a ambos con expresión dudosa.

—Somos hermanos, pero no soporto sus ronquidos —improvisó Clare, al tiempo que le guiñaba un ojo.

—Entiendo. —Asintió con una sonrisa.

Imaginé que había supuesto que éramos pareja y se sorprendió al ver que solicitaba cuartos separados. Tecleó en el IBM PC AT 286 que ocupaba gran parte de la mesa y concentró la vista en la pantalla de fondo negro y letras verdes.

—Su documentación, por favor —solicitó.

Abrí mi mochila y le entregué mi pasaporte falso del señor Cooper. Clare tendría que entregar su verdadera identificación, así que me adelanté. Debía solucionar ese asunto cuanto antes.

—Ponga las dos habitaciones a mi nombre, gracias. —Fingí mi sonrisa más encantadora, la misma que usaba con las cajeras a las que atracaba.

—Eh..., de acuerdo. —Se sonrojó.

Nunca fallaba.

Clare me dio una patada en la espinilla; la miré con el ceño fruncido. Ella me respondió con una sonrisa más falsa que la mía. Tuve que taparme la boca con la mano para no soltar una carcajada.

Tras pocos minutos, la recepcionista nos entregó las llaves.

—Siento no poder ponerlos en habitaciones contiguas, no hay disponibles. —Sonrió con falsa culpabilidad—. Usted está en la planta uno y ella, en la dos —explicó sin apartar la vista de mí, ni siquiera miró a Clare cuando le entregó el llavero.

—Oh, no pasa nada. Mejor. Así no lo oiré roncar a través de la pared —se burló Clare.

—Gracias —respondí, ya apartándome del mostrador.

—Estaré aquí hasta las diez de la noche. Pueden marcar el número 100 desde la habitación si necesitan cualquier cosa. Estaré encantada de atenderlos —agregó con rapidez.

—Eres muy amable —contestó Clare con retintín.

Nos dirigimos a la escalera que subía a las dos plantas superiores.

—¿Qué habitación quieres? ¿La 102 o la 213? —pregunté a Clare mientras ascendíamos los escalones.

—La que me ha asignado la buena muchacha —se rio—, no vaya a ser que se presente en la puerta y sea a mí a quien encuentre.

—¿Cómo? —cuestioné.

—Estaré aquí hasta las diez de la noche... —imitó la voz aguda de la chica que nos había atendido—. Solo le ha faltado entregarte las bragas. —Volvió a reír.

Entrecerré los ojos y acerqué mi rostro al suyo.

—¿Estás celosa? —susurré con toda la intención.

Ella elevó una ceja.

Yo me aproximé un poco más.

Ella me miró a los ojos.

Yo, a los labios.

Ella tragó saliva.

Yo sonreí.

—Eso pensaba —fanfarroneé, y me alejé, porque el aroma de su pelo empezaba a hacer estragos en mi cerebro.

—¡Ja! Yo no te daría mis bragas ni aunque eso fuera lo único que te salvara la vida, creído —soltó con tono infantil a mi espalda.

—Ya, ya... —Seguí mi camino hacia la primera planta.

—Lo digo en serio —añadió.

—Claro.

—Oye —tiró de mi camiseta y subió deprisa hasta ponerse a mi altura—, no todas caemos a los pies de un tío solo por su bonita sonrisa —agregó.

—Desde luego que no.

Resopló.

—Buf, eres imposible. Anda, dame la llave de la 213. —Se plantó frente a mí y alargó la mano, con el ceño fruncido.

Se la puse sobre la palma y cerré mis dedos a su alrededor. La verdad era que no sabía muy bien qué pretendía y por qué había empezado aquel diálogo absurdo.

—Cuando descanses, baja a mi habitación. Tenemos que repartir la pasta.

—Esta conversación me gusta más. —Torció el morro—. Que descanses tú también. —Se soltó de mi agarre.

La vi desaparecer escalones arriba y la imaginé caminar sobre mi cabeza hasta el final del pasillo de la segunda planta.

Si empezaba a conocerla bien, no tardaría en llamar a mi puerta para que fuésemos a buscar algo de comer.

CAPÍTULO 24

Carter

Tennessee, unas horas más tarde

Maldita sea. Un nuevo atraco. En esta ocasión, casi en la frontera de Nebraska, a casi 700 millas de mi territorio. A diferencia de la vez anterior, no podía desplazarme hasta allí para preguntar cómo había sido el robo y si había alguna pista más, así que no tuve otra opción que esperar a llegar a casa y llamar a la comisaría de la zona. No quería que nadie en mi oficina descubriera que estaba siguiendo el caso de forma extraoficial.

—Buenas tardes, soy Carter Morris, ayudante del *sheriff* del Condado de Marshall, en Tennessee. ¿Podría hablar con el encargado de la investigación del atraco ocurrido esta mañana en Sabetha? —anuncié cuando respondieron al teléfono.

—Eh... —vaciló—. El jefe está ocupado en este instante —contestó tras unos segundos.

—¿Los federales? —pregunté.

—Sí.

—Joder, qué poco margen dejan —me quejé—. Perdón, no...

—Tranquilo —me interrumpió—. Opino lo mismo. Se presentan aquí como si no supiéramos hacer nuestro trabajo. —Su tono me indicó que sentía la misma frustración que yo.

—Desde luego, amigo. Parece que seamos inútiles —entré al trapo. Quizá, por compañerismo, lograba sacarle algo de información—. ¿Sabes si hay algún dato relevante? —indagué.

Carraspeó y, acto seguido, oí lo que parecía el sonido de las ruedas de una silla arrastrarse por el suelo.

—He sido testigo directo de la huida de los atracadores —confesó en voz baja.

Joder, qué suerte la mía. Había dado con la persona adecuada.

—¿Atracadores? ¿Había más de uno? —me sorprendí.

—Sí. Uno entró en el banco y el otro esperaba en la puerta con un coche en marcha —murmuró—. Estuve a punto de pillarlos, pero iba en mi coche particular, y no es que sea nuevo, ¿sabes?

—Entiendo. ¿Pudiste ver al otro? —No quise obligarlo a contarme todos los detalles, primero debía cerciorarme de que podía confiar en él para que no se fuera de la lengua acerca de mi llamada.

—No, por desgracia.

—Entonces, ¿puede que ese atraco no tenga que ver con el ladrón al que llevamos persiguiendo más de una década? —cuestioné más para mí que para el compañero que tenía al otro lado de la línea—. Ese tío trabaja solo.

—Según los federales, es el mismo, aunque ahora tiene un cómplice. O puede que lo tuviera

ya antes, pero no ha salido a la luz hasta ahora.

—¿Están seguros?

—Bueno, eso dicen. Las imágenes del banco indican que tiene idéntica complexión, aparte de que a mí también me lo pareció cuando lo vi, y, además, la empleada ha declarado lo mismo que las anteriores. Es su *modus operandi*.

—Maldita sea —suspiré—. Si ahora son dos, estamos jodidos.

—Nosotros no, los federales. —Lo oí sonreír—. Aunque... —no continuó la frase.

—¿Sí? —lo animé a seguir.

—Parece que estás investigando por tu cuenta, ¿no? —preguntó con voz aún más baja.

—Sí, me cabrea que nos hayan quitado el caso —confesé con la esperanza de que sintiera lo mismo y se solidarizara con mi interés.

—A mí, con sinceridad, me da igual, menos trabajo para nosotros, pero disfrutaría mucho si alguien diera una lección a esos engreídos —expuso.

—¿Y...?

—Dame tu número de fax, te enviaré toda la documentación que tenemos.

¡Bingo!

—¿Estás seguro? No quiero que te metas en un lío por mi culpa —argumenté, a propósito, en un tono de fingida preocupación.

—No hay problema, tengo acceso a todos los expedientes. También soy el ayudante del *sheriff* —contestó con orgullo.

—Vaya, así que somos homólogos.

—En efecto, amigo.

—Pues te lo agradezco.

—Nada, compañero. Será un placer ayudarte. Y, si... —dudó— consigues atraparlo, espero que me devuelvas el favor.

—Por supuesto. Te adjudicaré el papel que te mereces, colega —respondí con seguridad.

—Genial.

Tardó menos de una hora en enviarme todos los detalles del atraco, incluidos sus datos para que los tuviera presentes a la hora de indicar que James K. Jackson, ayudante del *sheriff* del Condado de Brown, en Kansas, había tenido un papel fundamental en la detención del Fantasma.

Menudo oportunista.

Lo cierto era que me importaba una mierda; total, si el FBI no tenía pistas fiables, con todos sus recursos, yo no estaba seguro de conseguirlo con tan pocos medios.

Pero debía intentarlo, quería intentarlo. Y mi cabezonería era algo con lo que ellos no contaban.

Leí cada una de las declaraciones de los implicados: la cajera, el director del banco y el propio James. Este último fue el único que pudo haber visto al cómplice, pero, según el informe y sus propias palabras al teléfono, no le había sido posible identificarlo. Ni siquiera pudo verlo ni dar cualquier dato acerca de él. La matrícula del coche era falsa, como en otras ocasiones, y el vehículo era un modelo bastante habitual, con seguridad, alquilado; aunque, al parecer, tenía buen motor, por la velocidad a la que circulaban y lo rápido que se perdió en la carretera.

Observé las fotos sacadas de la cámara de seguridad del banco. Tenían razón, el tipo parecía tener la misma complexión que nuestro atracador.

Pero ¿por qué demonios tenía un cómplice después de tantos años en solitario? Ese hecho debía de significar algo. No era habitual que un delincuente de esa categoría decidiera asociarse

con otro tío sin motivo alguno.

Colgué cada uno de los documentos en la pared, junto al resto de los expedientes anteriores. Marqué en el mapa un nuevo círculo rojo sobre la ciudad de Sabetha. No me constaba que hubiera un patrón definido y, si existía, yo no había dado con él. Lo mismo atracaba en un estado del sur que del norte, del oeste o el este. Entendía que transcurriera, más o menos, un mes entre un robo y otro, para que el tipo estudiara con detenimiento cada intervención; sin embargo, era imposible adivinar dónde daría el siguiente golpe.

Era demasiado frustrante.

Por otro lado, que fuesen dos en el último robo, podría dar pie a más posibles errores. Dos cerebros, dos personas, doble probabilidad de descuidos. Quizá hasta fuese una ventaja para mí.

Me froté los ojos con los dedos. Estaba agotado. Aparte del trabajo diario en la comisaría, pasaba las horas menos ocupadas buscando y recopilando información acerca del puñetero atracador para llevármela a casa. Una vez terminaba la jornada, hablaba un rato con Juls mientras cenábamos, y luego bajaba al sótano para intentar desentrañar una madeja a la que no le encontraba ni siquiera el principio. Si no fuera porque empezaba a tomármelo como algo personal, habría desistido mucho tiempo atrás. Además, tenía la extraña sensación de que debía seguir con el caso; era algo invisible, como un presentimiento raro que me empujaba a continuar investigando, sin una razón ni un porqué evidentes.

CAPÍTULO 25

Clare

Solo estuvimos una noche en Fairbury; Baxter opinó que estábamos demasiado cerca de Sabetha, donde habíamos efectuado nuestra primera intervención juntos, y yo pensé lo mismo. Debíamos alejarnos de Kansas, pues, a esas alturas, la policía nos estaría buscando por la zona. Tuvimos suerte, no encontramos ningún control en la carretera; además, Baxter dio bastante rodeo por caminos secundarios.

En esa ocasión, fue él quien decidió el próximo destino: Wisconsin.

Y allí llevábamos casi una semana, en otro apartamento alquilado, en el centro de Wausau; una ciudad bastante grande, en la que pasábamos totalmente desapercibidos. Incluso, ya habíamos comenzado a recopilar información sobre los bancos y sus ubicaciones en poblaciones cercanas.

Aquello empezaba a ser un trabajo en toda regla. Cada día había que organizar tareas, planificar detalles y ejecutar acciones. Y, si era sincera conmigo misma, era el mejor empleo que había tenido en toda mi vida. Meticuloso, intrigante y bien pagado. ¡Qué más podía pedir!

Sí, claro, la única pega era que podían pillarnos y meternos en la cárcel, por supuesto. Pero hasta eso me parecía excitante. Un aliciente extra. Esperaba no volver a vomitar a causa de los nervios en el siguiente robo. Intenté sacar el tema y disculparme de nuevo por mi reacción primeriza, pero Baxter no quiso hablar del asunto.

Lo cierto era que, en los últimos días, él me trataba con más proximidad, como a su igual, como si de verdad me considerara su compañera; parecía cómodo compartiendo sus habilidades y experiencias conmigo. Y nuestras rutinas individuales se acoplaron para convertirse en el conjunto de ambos. Yo dormía poco y él, mucho; él era ordenado y yo, un tanto caótica; él se reía con mis contestaciones a sus piques y yo, por primera vez en mucho tiempo, dejé de sentirme sola.

A pesar de ir de un lugar a otro, sin establecimiento permanente, sentía que era parte de algo.

—Estás muy callada, ¿te encuentras bien? —La voz de Baxter me sacó del trance en el que me había sumergido mientras desayunábamos.

—¿Eh? Sí, sí. Solo estaba pensando.

—¿Seguro? ¿Hay algo que te preocupe? —insistió, con sus ojos profundos fijos en los míos.

—No.

Funció el ceño y me observó con detenimiento. Su mirada recorrió mi rostro al completo, imaginé que en busca de una señal que le indicara que no mentía.

—¿Echas de menos tu hogar? —preguntó, tras unos segundos.

Alcé las cejas, sorprendida.

—No, por supuesto que no —afirmé con rotundidad.

—Sé que esta vida... es desarraigada.

¿Me había leído la mente?

—Te aseguro que me siento más arraigada a esta vida que a la que tenía en casa.

—¿Tan mala era? —cuestionó serio.

Inspiré hondo. Apenas habíamos hablado de nuestros pasados.

—Si preguntas, debes estar dispuesto a contestar —respondí con palabras similares a las que empleó él cuando nos conocimos.

—*Touché*. —Sonrió—. Mi vida no ha sido agradable —el brillo de sus ojos se opacó—, por eso no me gusta hablar de ello. He conseguido apartar de mi mente casi todos mis recuerdos, de ese modo, es más fácil seguir adelante —expuso con voz apesadumbrada.

—Lo siento. —Fue lo único que se me ocurrió—. Siento que lo hayas pasado mal. —Puse mi mano sobre la suya, en un intento de consolarlo. No sabía qué le había ocurrido, pero entendía esa sensación de querer olvidar hasta tu propio nombre.

No pretendía otra cosa que no fuera esa, animarlo, pero su piel caliente me provocó un hormigueo que se paseó desde ese punto de unión hasta la nuca. Quise apartarme, pero Baxter me agarró de los dedos justo antes de soltarlo. Paseó el pulgar en círculos sobre el dorso de mi mano, sin apartar la vista de la mía, que también lo estudiaba con atención. Tenía el pelo alborotado, de no haberse duchado aún; apretó el mentón, cuadrado y potente; sus labios finos pero bien delineados, entreabiertos; su respiración lenta, aunque un poco alterada. Soltó el aire por la nariz.

—Gracias. Yo también lamento que tu vida no haya sido como te mereces —susurró.

Notaba el pulso martillear en la punta de los dedos, que me empujaba a entrelazarlos con los suyos. Tuve que tragar saliva para aclararme la garganta.

—Supongo que no siempre es justa —logré articular.

—Supongo que no. —Sonrió de lado, estrechó su caricia un segundo y, después, me soltó con lentitud, como si no quisiera hacerlo, como si deseara seguir en esa misma postura para toda la eternidad. O quizá era yo quien lo anhelaba—. Vamos, tenemos trabajo.

—Claro —asentí.

Se llevó los platos a la cocina y luego se dirigió a su habitación. Imaginé que a coger ropa, porque él solía ducharse por la mañana; al contrario que yo, que lo hacía por la noche, antes de ponerme a ver la tele hasta que me entraba sueño.

Me quedé un rato más sentada a la mesa. El cosquilleo aún seguía zumbando entre las capas de mi piel. Potente. Tangible. Real.

«Clare, estás jodida».

Baxter

El motivo por el cual nunca hablaba de mi pasado era, en concreto, ese. Me hacía sentir vulnerable. A veces, creía que todavía era el chico de quince años que huyó de casa, porque no pudo soportar lo que ocurrió aquella madrugada de 1972. Esa escena se repetía tan a menudo en mis pensamientos que hasta se colaba en sueños para hacerme despertar sudoroso y asustado. Tan aterrorizado como si lo viviera una y otra vez.

Clare parecía no tener mucha estima hacia su pasado tampoco. La entendía; ya me explicó

grosso modo la situación que tuvo que soportar durante los últimos años. Fue precisamente por ello que no pude evitar llevarla conmigo aquella mañana que la seguí hasta su porche destartado. Su rostro mostraba una total desesperanza.

Y, desde entonces, no había dejado de ver cada una de sus virtudes y reírme con ella de sus insignificantes defectos. Jamás había conocido a alguien tan vital, positiva e implicada, a pesar del peso que había llevado sobre los hombros. A medida que pasaban los días, sentía que, por mucho que me preocupara de que nos detuvieran, no quería que se alejara. Quería tenerla cerca. Estaba convencido de que, si alguna vez teníamos que separarnos, la echaría demasiado de menos.

Ya no se trataba de sentirme solo; empezaba a apreciarla de verdad. A considerar que formaba parte de mi vida, como no lo hacía nadie desde que me marché de casa.

Eso también me producía inseguridad, y no podía permitírmelo, porque, si flaqueaba ante ciertas emociones, mi trabajo se vería afectado a causa de la desconcentración. Y no podía bajar la guardia, así que debía controlar, y apartar, esos pensamientos. Barrerlos como hojas secas sobre el césped de un jardín, tal y como había hecho con los que me atormentaban desde la adolescencia. Todos juntos, en el mismo cubo de basura.

CAPÍTULO 26

Clare

—¿Que no vas a desayunar? —Baxter se giró hacia mí desde su posición frente a los fogones, en los que preparaba unos huevos, con los ojos muy abiertos—. ¿Estás enferma?

—No. Estoy bien —lo tranquilicé—. Es solo que... —me daba vergüenza admitirlo— no quiero vomitar otra vez.

Supe el momento exacto en el que soltaría una carcajada. Le centellearon las pupilas y apretó los labios en un intento de mantenerla a salvo, pero fracasó con estrépito.

El sonido que emitió su garganta se coló en cada una de mis células, para hacerlas chocar unas con otras hasta explotar en una marea que no fui capaz de detener. Se me erizó el pelo de la nuca.

—¿No estás nervioso? —pregunté, en un intento de calmar mi propio huracán.

—Ya no —dijo entre las últimas carcajadas—. Al principio, sí, claro. Con el tiempo, se te pasará. —Sonrió para confirmar sus palabras.

—Lo dudo mucho. Me siento peor que la primera vez —confesé.

—Eso es porque ahora sabes lo que te espera —rio—, además del pequeño incidente. —Volvió a sonreír—. Fue una primera vez demasiado accidentada.

—Y que lo digas... —Me crucé de brazos y resoplé—. ¿Te han perseguido de esa forma en alguna otra ocasión? —En ese instante me di cuenta de que no habíamos hablado de eso tampoco.

—Eh... No. También fue mi primera vez. —Me guiñó un ojo.

—O sea, soy gafe. —Arrugué la nariz—. Llevas años dedicado a esto y jamás has tenido a la poli pisándote los talones, hasta que he llegado yo.

Se le escapó otra risotada, mientras retiraba la sartén del fuego.

—Te recuerdo que fui yo quien se encontró de cara con el agente. Era algo imposible de prever.

—Hay demasiadas variables que se escapan a nuestro control.

—No tantas, créeme. —Repartió el desayuno en dos platos—. Ahora, deja de quejarte y vamos a reponer fuerzas. Si vomitas, no pasa nada, aunque lamentaré que desperdicies la exquisitez de mi cocina. —Hizo una mueca con la boca.

Fue mi turno de reír.

De verdad que no entendía por qué era tan amable conmigo.

Finalmente, logré tranquilizar el nivel de mis nervios, y me comí todo lo que Baxter me puso en el plato. Tenía razón de nuevo, era un cocinero excelente.

Salimos por la puerta del apartamento una hora después, en dirección a Wuatoma, a una hora hacia el sur. Después, la intención era conducir hasta Rockford, pasada la frontera del Estado de

Illinois. Tenía veintisiete años y jamás había salido de mi ciudad; parecía que el destino me había puesto en bandeja tomarme la revancha, porque en menos de dos meses había pisado cinco estados.

Elegimos esa ciudad porque tenía cinco rutas de escape que, a su vez, al menos dos de esas carreteras, enlazaban con otras. Era una población en medio de un entramado de caminos que se dirigían en todas direcciones. Aparte de que la oficina bancaria nos pareció igual de accesible que cualquier otra que visitamos.

Aparqué el coche justo en la calle trasera a la entrada de la sucursal, tal y como habíamos acordado. En esa ocasión, decidimos que era menos arriesgado que nos vieran huir justo en la puerta. A Baxter le pareció que no había sido buena idea, después de rumiarlo durante varios días. Yo estuve de acuerdo con él. Además de que ni yo ni el coche estaríamos a la vista de todos.

—¿Lista? —preguntó.

Antes incluso de girarme hacia él, me dio la risa. Se había cambiado durante el trayecto, igual que la vez anterior, aunque había procurado no desviar la atención de la carretera para echarle un vistazo. Por el rabillo del ojo había observado alguno de los accesorios, y estaba a punto de ver cómo le quedaba el conjunto.

Lo hice despacio, en un intento de mirarlo con objetividad, pero en cuanto vi su peluca castaña, lisa y hasta los hombros, la barba poblada a conjunto y las gafas redondas, se me escapó una pedorreta.

—Dios, pareces la reencarnación de John Lennon —dije entre dientes.

—Esa es la idea. —Rio conmigo—. Al menos, he conseguido que sustituyas el vómito por carcajadas.

Lo cierto era que, durante todo el camino, había procurado centrar mis pensamientos en los detalles del plan y hacer caso omiso al movimiento de mi estómago, pero al mencionarlo volvió con más fuerza. Me puse seria de golpe.

—Calla, joder. He intentado por todos los medios no despreciar tu comida.

—Era broma, Clare —se preocupó—. Pensé que, esta vez, habías logrado no concentrarte en ello. Te he visto más relajada.

—Pues... —lo pensé un segundo— la verdad es que estoy mejor.

Sonrió de lado, aunque la barba le tapaba casi toda la cara y no pude apreciar del todo la hilera perfecta de sus dientes y las arrugas que se le formaban en la comisura de los labios.

—¿Lo ves? Yo tenía razón.

—Como casi siempre —dije con fastidio.

—Vale, vamos a repasar una última vez el plan.

No hizo falta más que un par de minutos. Me lo sabía de memoria. No estaba dispuesta a flojear en esa ocasión. Debía compensar su generosidad para conmigo con mi falta de confianza.

Baxter

Bajé del coche con la sensación de que Clare había logrado desprenderse de una parte de su inseguridad. Durante los días previos, había intentado que así fuera cuando le afirmaba que todo iba a salir bien, que un porcentaje muy alto de las veces no surgían problemas. A la vista estaba

que yo llevaba una década dedicándome a esa profesión, si es que se podía llamar así.

Justo antes de doblar la esquina y perder de vista el coche, me giré. Agarraba el volante con fuerza, la vista puesta en el retrovisor y las luces de freno encendidas.

Estaba preparada, y yo estaba convencido de que, de verdad, todo saldría como esperábamos. La vez anterior solo habíamos tenido mala suerte. Nada más.

Me dirigí al banco al tiempo que observaba cada punto de la calle, de las tiendas, que eran muy pocas, de la gente que caminaba por las aceras o que entraba y salía de los establecimientos. Todo parecía normal y tranquilo.

Abrí la puerta acristalada con marco de metal y me colé como cualquier cliente. La empleada que nos había atendido un par de días atrás, cuando fuimos a investigar el lugar, estaba tras el mostrador hablando con una de las dos personas que había en la cola. Esperé paciente, como en idénticas situaciones en las que me había encontrado, al tiempo que observaba con disimulo la estancia, por si descubría algún detalle que me hiciese pensar que no debía seguir con mi cometido. No encontré nada fuera de lugar ni reseñable.

Cuando me tocó el turno, nadie más había entrado en el banco y sonreí.

—Buenos días, señor. ¿En qué puedo ayudarlo?

Su expresión era tan inocente que hasta me sentí culpable por lo que estaba a punto de hacer. Pero la vida, a veces, es injusta con las mejores personas.

En cuanto atravesé la puerta, tras realizar mi trabajo y con la mochila llena de billetes, aceleré el paso hacia la calle trasera por el lado opuesto al que había seguido para entrar. Me encontré el vehículo y a Clare de cara, y me miró con los ojos muy abiertos. Corrí hacia ella, abrí la puerta y me acomodé en el asiento del copiloto.

—Pero... —Seguía con la boca abierta.

—Arranca, Clare. ¿O prefieres que nos quedemos aquí a esperar a la poli? —me burlé.

—Oh, sí... —Reaccionó por fin.

Apretó el acelerador y salió disparada hacia el sur de la ciudad. Sin contratiempos, sin persecuciones, sin que nadie nos pisara las ruedas traseras.

Me desprendí de los accesorios del disfraz y los metí en la bolsa, como de costumbre.

—Pero ¿se puede saber por qué has aparecido por delante en lugar de por detrás? ¿Ha pasado algo? —cuestionó cuando ya nos alejábamos por la carretera secundaria que habíamos señalado en el mapa.

Me encogí de hombros.

—He improvisado.

—¿Improvisado? Tú nunca improvisas, Baxter. ¿Qué ha pasado? —insistió.

—Nada, en serio. Me apetecía. —Volví a elevar los hombros para quitarle importancia—. Ha sido tan fácil que me ha faltado emoción.

—Ay, Dios. Estás como una cabra, ¿lo sabías? —suspiró—. La próxima vez, avísame.

—¿Cómo quieres que te avise? ¿Con señales de humo, por telepatía? —bromeé.

—Digo antes. Antes de que te marches, avísame de que es posible que cambies de ruta —me increpó—. Que le ha faltado emoción, dice —se quejó en voz alta para sí misma al tiempo que negaba con la cabeza.

Yo estaba a punto de soltar una carcajada. Me hacía gracia su reacción a cualquier pique que le dedicada.

—Eso es —seguí con mi tono irónico.

Entonces, desvió la vista de la carretera para mirarme por primera vez desde que habíamos

abandonado la ciudad.

—Joder, Baxter. No tiene ni puñetera gracia. —Frunció el ceño—. Soy novata en esto, cualquier situación imprevista me produce estrés. Y cuando me estreso, me dan ganas de tirar cosas, de patalear, de pegar a alguien...

—¿Quieres pegarme? —Alcé las cejas.

—Por el amor de Dios, deja de burlarte de mí, cretino —bufó.

Me reí entre dientes, pero ella apretó la mandíbula y arrugó los labios. Me pareció la imagen más adorable que había visto jamás.

—Anda, para el coche. Conduzco yo —le ofrecí.

No tuve que repetirlo. Se apartó de la carretera y detuvo el vehículo. Salió como un miura en dirección a mi posición y abrió la puerta con muy mala leche.

—Eres idiota —espetó, pero pude ver que las comisuras de sus labios se resistían a una sonrisa.

Saqué una pierna y después la otra, con calma, y me puse en pie, frente a ella.

—Me encanta cuando te enfadas —susurré con retintín.

—Tú no me has visto enfadada. —Se le escapó la sonrisa que retenía y me golpeó en el pecho con el puño.

—Aunque es mucho mejor verte sonreír. —Me incliné para estar a su altura y la miré a los ojos, azules como el cielo despejado sobre nuestras cabezas.

Parpadeó varias veces y un rubor rosado se instaló en sus mejillas. No sabía por qué me comportaba de ese modo, supuse que me divertía. Hacía demasiados años que no compartía conversaciones, bromas y risas con nadie, y Clare había despertado mi lado travieso, ese que perdí cuando me quedé solo en el mundo.

—Dios, aparta. —Me empujó y se metió en el coche.

Rodeé la parte delantera y me senté frente al volante, aún con expresión burlona por su enfurruñamiento.

—¿Tienes hambre?

—Siempre tengo hambre.

—Cierto. Qué pregunta más estúpida, ¿no?

—La más estúpida, viniendo de un estúpido. —Se cruzó de brazos con el morro arrugado.

Una nueva carcajada se abrió paso por mi pecho y no opuse resistencia. La vi sonreír por el rabillo del ojo. Estaba claro que no estaba enfadada de verdad. Clare jamás se enfurecía, ni siquiera cuando hice lo que hice unas semanas más tarde.

CAPÍTULO 27

Clare

Charleston, Virginia Occidental, septiembre de 1987

Como éramos dos, Baxter convino que podíamos atracar con más asiduidad, ya que nos repartíamos el trabajo de campo —así lo llamaba él— y estábamos listos en menos tiempo. En resumen, habían transcurrido dos meses desde Wisconsin y ya habíamos «actuado» desde ese punto hasta Virginia Occidental, pasando por Illinois, Michigan, Indiana y Ohio.

—¿Qué te parece si nos tomamos unas vacaciones? —preguntó Baxter, mientras hacíamos la compra en un supermercado de Charleston, donde llevábamos instalados un par de días, tras el último robo.

—¿Unas vacaciones? —Giré el cuello en su dirección, tras de mí, en el pasillo de los cereales.

—Sí, llevamos meses sin parar. Hemos acumulado bastante pasta, creo que nos lo merecemos. —Se encogió de hombros, como si fuese lo más normal del mundo.

Lo medité unos segundos.

—Y, ¿adónde podemos ir? —Sonreí.

—¿Virginia Beach?

—¡¿A la playa?! —chillé.

Como de costumbre, Baxter rio entre dientes ante mi reacción exagerada. Pero es que nunca había visto el océano.

—A la playa, sí.

—Oh, Dios, sí. Vámonos ahora mismo. —Dejé en el estante el paquete de cereales que tenía en la mano.

—¿Ahora? —Elevó las cejas, sorprendido.

—Sí. Improvisemos. Siempre llevamos las horas milimétricamente cronometradas; hagamos lo contrario. —Me sentía entusiasmada ante la idea de no preocuparme por nada durante algunos días.

—De acuerdo —aceptó con una sonrisa traviesa—. Volvámonos locos. —Levantó las manos y las agitó en el aire.

Se me escapó una risa sincera, real y escandalosa; de repente, solo pensaba en revolcarme por la arena y probar el agua salada del océano.

—Mierda —dije.

—¿Qué ocurre?

—No tengo bañador. —Lo miré con los ojos desorbitados, como si aquello fuese de vital importancia.

—Clare, nena —contestó con sorna al tiempo que se inclinaba unos centímetros sobre mí,

pero yo solo pude oír cómo pronunciaba ese «nena»—, en la costa hay millones de tiendas. Podrás comprar todos los bikinis que se te antojen.

Reaccioné al ver el brillo burlón en sus ojos. Estaba de broma, por supuesto.

—Vale. Compraré cien. Vamos.

Caminé con pasos firmes y ligeros hacia la salida de la tienda. Baxter me siguió tras dejar la poca compra que llevábamos en el primer estante que encontró, y abandonó el carrito en la puerta del supermercado.

Por primera vez en un millón de años, iba a disfrutar de unas vacaciones; no lo hacía desde que mi madre se puso enferma. Debía cuidarla dentro de mis posibilidades de niña, mientras mi padre trabajaba, incluso durante el verano, para hacer frente a todos los gastos que generaban los medicamentos que tomaba.

Aparté ese pensamiento de mi mente y conduje hasta el hotel en el que nos hospedábamos, aún no habíamos encontrado un apartamento en el que quedarnos las siguientes semanas. Ya no era necesario buscarlo.

¡Lo haríamos en la playa!

Apenas tardamos una hora en recoger nuestras pocas pertenencias; esa era una de las ventajas de nuestra vida nómada, aunque Baxter se empeñara en llamarla «desarraigada».

Nos turnamos al volante las casi siete horas que había desde Charleston hasta nuestro destino. Baxter se ofreció para conducir al final del trayecto, de ese modo, yo podría admirar el paisaje de la costa, el océano y la entrada a aquella ciudad ajetreada y colorida.

Jamás había visto tantos coches juntos en las calles de un mismo lugar; casi era imposible avanzar.

Jamás había visto las aceras atestadas de tanta gente al atardecer; bueno, a ninguna hora del día.

Jamás había visto tantos locales de comida y copas en una milla.

Jamás había visto tantas luces encendidas a la vez, parpadeantes y de neón.

—Esto es una puta maravilla —confesé con medio cuerpo fuera de la ventanilla. No quería perderme ni un solo detalle.

A través del bullicio, me llegó la risa masculina de Baxter a mi espalda y, acto seguido, su mano me agarró la camiseta y tiró de mí hacia dentro.

—Como sigas inclinándote, vas a caer a la calzada, loca —dijo entre carcajadas.

—Lo siento. Esto es demasiado para mi inexperta condición de pueblerina.

Se le escapó otra risotada.

—Me alegra saber que te he traído a un lugar que encaja contigo a la perfección —bromeó. Imaginé.

—De momento, me gusta lo que veo —contesté sin apartar la mirada de su perfil.

Desvió la vista de la carretera hacia mí un segundo, pero, al ver que lo miraba con una sonrisa, dejó sus ojos fijos en los míos.

—A mí también. —Hizo un guiño y siguió atento al tráfico, que no se despejó hasta que pasamos lo que parecía la avenida central del lugar.

Llegamos a la calle paralela al paseo marítimo; yo me había empeñado en pasar la noche frente al océano, quería verlo desde lo alto antes de meterme en él. Estaba llena de hoteles y moteles de todas las estrellas, formas y colores. Baxter detenía el coche a cada puerta para bajar y preguntar si tenían habitaciones disponibles. Tardamos más de una hora en encontrar una habitación doble; nada de individuales.

—Si quieres, seguimos buscando, aunque no puedo asegurar que localicemos algo más que esto. Mañana podemos ir con calma —argumentó.

—Me parece bien. No hay problema —contesté, sin pensar en otra cosa que no fuese la suerte de haber topado por fin con un lugar en la playa.

Desde la primera noche que compartimos su habitación de hotel, cuando nos conocimos, no habíamos vuelto a dormir en la misma estancia, ni en la misma cama. Tampoco era que me importara demasiado, pues llevábamos conviviendo en un sitio u otro bajo el mismo techo. Conocíamos nuestras rutinas, nuestras manías y hasta el humor con el que nos despertábamos a diario con solo echarnos un vistazo.

Era cierto que, desde hacía unas semanas, me fijaba más en el Baxter hombre que en el Baxter compañero, pero eso era porque llevaba meses de «sequía» física y el roce hace el cariño. Y él me trataba como no lo habían hecho en años. Solo era una sensación pasajera, nada de lo que preocuparme.

¿O sí?

Baxter

No deseaba que Clare se sintiera incómoda, por lo que, antes de reservar, quise que me diera su conformidad. No tuvo reparo alguno. Imaginé que ya estaba acostumbrada a convivir conmigo, igual que yo con ella, a pesar de que siempre tratábamos de dejar espacio suficiente entre ambos para no agobiarnos, o agobiarla, para mí no implicaba esfuerzo alguno compartir espacio con ella. Algo un tanto insólito y que me sorprendió cuando, por fin, me di cuenta. Llevaba años solo y no me supuso ningún problema adaptarme a su presencia, ni siquiera cuando compartimos aquel motel de carretera el día que me «secuestró». Pero necesitaba estar seguro.

—¿En serio? —insistí.

—Claro que no, Bax. Ya te he visto en calzoncillos, ¿qué más da? —Rio por la nariz.

—De acuerdo.

Era cierto. Aunque después de aquel encontronazo en la cocina, la primera mañana, nunca volví a salir de mi habitación sin un pantalón encima. Me daba corte que me viera en paños menores y no entendía muy bien por qué; o quizá lo hice para que ella, de nuevo, no se sintiera incómoda y quisiera largarse de allí en cuanto tuviera oportunidad. Y no, yo no estaba dispuesto a renunciar a su compañía, al menos, tan pronto.

Entré y realicé la reserva, mientras Clare esperaba en el coche, pues debíamos aparcarlo y tenía que preguntar si disponían de *parking* privado. En ese asunto también tuvimos suerte, así que entramos en el aparcamiento al aire libre, dentro de la parcela del hotel. Parecía el de un supermercado, asfaltado y con las rayas delimitadoras de las plazas. Lo metí en el único hueco que había.

—El aire huele distinto aquí —observó Clare, de camino al interior del hotel.

—Es la brisa marina —apunté.

—¿Has estado en muchos lugares de la costa?

—No muchos, la verdad. Pero la mayoría tiene este ambiente cálido y húmedo.

—Y salado —añadió.

—Sí —sonreí—, el agua del océano es salada, Clare —bromeé.

—Ya lo sé, idiota. Que no lo haya visto no significa que no sepa esas cosas. —Me empujó con el brazo.

—No hablaba en serio.

—Claro, solo te mofabas de mí, otra vez, capullo. —Torció el morro, pero no dejó de sonreír.

—De verdad, no me burlo. —Detuve mis pasos.

Ella se paró un par de metros por delante y se giró.

—Ya lo sé, solo lo haces para picarme. —Me guiñó un ojo—. Vamos, no seas tan sensible, no te pega nada. —Y se giró para seguir adelante.

—Supongo que empezamos a conocernos bien, ¿no? —Adelanté hasta ponerme a su altura.

—Demasiado bien, diría yo.

—¿Te supone un problema?

—No, claro que no. ¿A ti?

Negué con la cabeza.

—En absoluto.

—Pues ya está.

Quizá no era un problema, pero era peligroso que sintiera demasiado apego hacia ella. Nuestra situación no era lo que se dice normal; en cualquier momento, todo podría complicarse. Era consciente de que no solo seguía nuestros pasos la policía, mi caso llevaba meses en manos del FBI, y por mucho que quisiera ignorarlo, Clare estaba metida hasta el cuello tanto como yo.

—Deja de pensar, te va a explotar la cabeza —la oí decir.

—No pensaba en nada en particular —contesté con indiferencia.

Ella solo negó con la cabeza y sonrió. Era cierto, me conocía demasiado bien.

Entramos en el hotel, saludamos a la recepcionista que me había atendido y subimos por el ascensor hasta la segunda planta.

—No tenían habitaciones en pisos superiores, esta ha sido una cancelación de última hora —expuse. Sabía que Clare quería ver el océano desde cierta altura.

—Da igual, seguro que tenemos unas vistas geniales.

Lo primero que hizo al llegar fue soltar las mochilas sobre la cama y asomarse a la pequeña terraza que daba al paseo marítimo.

—No me lo puedo creer. Es increíble —casi gritó, agarrada a la barandilla, con la vista puesta en el horizonte, que ya reflejaba los colores del atardecer.

—Mañana podrás ver el amanecer en todo su esplendor —apunté.

—Dios, es cierto. El sol saldrá por ahí. —Señaló al frente.

Inspiró varias veces en profundidad, como si quisiera embeberse del aroma a salitre y la brisa marina, todo a la vez. Luego apoyó los antebrazos en la baranda y se quedó ahí, perdida entre el cielo, el océano y la tierra.

Me mantuve en silencio a su lado, aunque la observaba por el rabillo del ojo. Tenía la piel radiante, su pelo castaño y revuelto se movía al compás de la corriente que traía la marea, como serpentinas en una fiesta, y sus ojos brillaban, llenos de imágenes inventadas. Hasta que le rugió el estómago.

Solté una risita entre dientes.

—Será mejor que vayamos a cenar antes de que sea más tarde e intentes comerte los muebles de la habitación —sugerí.

—Mierda —se echó la mano a la tripa—, siempre tan oportuno. —Me miró con una sonrisa resplandeciente—. ¿Podemos ir después hasta la orilla?

—Claro. Podemos comprar una hamburguesa y comerla sentados en la arena.

—¿Sí? Eso sería genial.

—Pues vamos.

Bajamos a la calle y nos mezclamos entre el tumulto de personas que la recorrían, cada cual con un objetivo distinto, o quizá no, porque la mayoría de puestos de comida para llevar estaba hasta los topes. Miramos en diferentes locales, pero todos se hallaban igual de atestados, así que hicimos cola en uno de ellos y compramos hamburguesas, patatas fritas y unas birras.

—Esto es lo mejor que he hecho en mi vida —dijo antes de darle el primer bocado a su bocadillo, ya instalados sobre la arena.

—Creía que lo mejor que habías hecho era apuntarme con una pistola —bromeé.

—Eso es lo más arriesgado.

—Oh, vaya, ¿atracar bancos no te parece peligroso?

—Yo no he robado en ninguno, solo soy la conductora de huida. —Me guiñó un ojo.

—Cierto. Quizá ha llegado el momento de que entres en acción. —No sé por qué sugerí tal cosa. No la había dejado actuar porque me asustaba que ya no hubiera marcha atrás para ella, a pesar de que, cada vez que iniciábamos un nuevo trabajo, ella insistía en intervenir.

Dejó de masticar y me miró con fijeza.

—¿Hablas en serio?

Ya no podía desdecirme, era demasiado tarde.

—Por supuesto.

CAPÍTULO 28

Carter

Lewisburg, Tennessee, mientras tanto

Maldita sea. Ni una puñetera pista fiable acerca del atracador. Empezaba a estar de los nervios y a impacientarme a niveles que jamás había alcanzado en toda mi vida. Pasaba horas encerrado en el sótano con la esperanza de encontrar un nuevo matiz que me llevara a desenmarañar la identidad de aquel hombre que tenía en jaque tanto a la policía como al FBI. Era como buscar una aguja en un pajar. Demasiados millones de personas para encontrar a una sola. Además, no se había vuelto a saber nada del posible cómplice desde el robo en Sabetha. Solo lo habían «visto» allí; ni antes ni después de ese día.

—¡Carter! —El grito me devolvió a la silla, frente a mi mesa en la comisaría, en la que estaba sentado.

Levanté la cabeza y vi a Joe, mi jefe, mirarme con cara de pocos amigos.

—¿Sí?

—¡A mi despacho! —volvió a tronar su voz. No parecía demasiado contento.

Me levanté de inmediato y me dirigí hacia la puerta desde la que me estaba llamando. Se giró en dirección al interior de su oficina y yo lo seguí.

—Cierra —ordenó.

—¿Qué pasa, Joe? —pregunté con tono neutral.

—Siéntate. —Señaló de malas maneras la silla, al otro lado de su escritorio, mientras él se tiraba sobre la suya.

—De acuerdo.

Hice lo que me pidió y lo miré a la espera de que dijera algo. Su rictus era serio, casi enfadado.

—¿Se puede saber qué coño te pasa? —interrogó.

—Eh... ¿A mí? Nada. —Me encogí de hombros.

—¿Te crees que soy idiota?

—No, Joe. ¿A qué viene esto? —Me hacía una ligera idea de lo que iba a decir a continuación.

—Estoy al corriente de todo lo que ocurre en esta comisaría, supongo que lo sabes, ¿no?

—Eh... sí.

—Bien. —Se inclinó sobre la mesa y apoyó los antebrazos para mirarme más de cerca—. Deja de molestar a las oficinas de las ciudades donde ocurre un nuevo atraco, ¿me has entendido? —Fijó sus ojos en los míos.

Inspiré hondo.

—Lo siento, no puedo hacerlo.

—Imagino que sabes que es una orden.

—Sí, pero... tengo la sensación de que conozco a ese tipo —confesé.

En las fotos de los anteriores atracos no noté ese efecto, fue cuando lo vi en acción en la cinta de seguridad del banco de nuestra ciudad. Había algo en su forma de moverse que me dejó un tanto pensativo y en alerta; por eso había querido indagar más en el asunto. Aunque no fui consciente de ello hasta mucho más tarde.

Alzó una ceja.

—¿Cómo?

—No lo sé, me resulta familiar, aunque no sé de qué.

—¿Por eso tu obsesión con el caso?

Juls también me había insinuado que me estaba implicando demasiado en el asunto, aunque no de ese modo tan directo como lo acababa de hacer Joe.

—Es posible.

—Pues déjalo. —Descruzó los dedos y empezó a mover los papeles que tenía delante, como si la conversación hubiera finalizado.

—No puedo, Joe. ¿No sientes curiosidad?

Conocía a mi jefe desde antes de entrar en el Cuerpo. Era ocho años mayor que yo, pero allí, en una ciudad no tan grande, todos sabíamos de todos. Era el mayor de tres hermanos más, y el tercero era una buena pieza; iba a mi clase en el instituto y siempre se metía en líos. Hacía dos años que estaba en la cárcel por robo a mano armada. Él mismo lo detuvo. Sabía que su sentido de la justicia estaba por encima de cualquier sentimiento o apego.

Levantó la vista y la clavó en mi rostro.

—No vayas por ahí, Carter.

—No voy por ningún lado; solo digo que tengo la corazonada de que lo conozco y quiero averiguar si es así.

—Pues cuando los federales lo atrapen, ya te enterarás. Ahora te ordeno que dejes el asunto, porque está afectando a tu rendimiento en esta comisaría. He hecho la vista gorda durante los últimos meses, pero ya te has pasado —argumentó.

Tenía razón. Estaba distraído y apenas pensaba en los casos o las tareas de la oficina. Solo tenía en mente al maldito atracador.

—Pues échame un cable. No seamos como el resto, impliquémonos. ¿Sabes lo que supondría para esta comisaría descubrir quién es ese tío? —Hice un último intento.

Detuvo sus movimientos y me observó. Asentí para invitarlo a expresar lo que se le pasaba por la cabeza. Respiró en profundidad y soltó el aire de golpe.

—Para ser sincero, me toca muchos los cojones que ese tío lleve tantos años delinquiendo sin que nadie haya sido capaz de atraparlo —manifestó al fin—. Y, más aún, que el FBI se haya hecho amo y señor del asunto.

Justo lo que quería oír.

—¿Entonces?

Pareció rumiarlo durante una eternidad.

—Está bien. —Se reclinó en la silla—. Reclutaré a un par de agentes de confianza para que te ayuden y una sala en la que podáis reunir toda la documentación que sé que tienes en casa. —Alzó una ceja.

—Gracias, jefe. —Sonreí de oreja a oreja.

—Pero —levantó el dedo índice— te doy un mes de plazo. Si para entonces no has

descubierto nada, se acabó. No podemos inmiscuirnos en una investigación federal, lo sabes de sobra —asentí—, así que discreción; no quiero que esto se convierta en un asunto público.

—Por supuesto —me levanté de un salto, antes de que se arrepintiera—, un mes y sin llamar la atención.

—Anda, vete. —Sacudió la mano y negó con la cabeza—. Y mantenme informado.

—Desde luego —dije con más entusiasmo del que pretendía.

Lo vi sonreír bajo su bigote castaño. Estaba seguro de que, si pudiera, él mismo se encargaría de dirigir la investigación, pero no podía aparecer como el responsable de un acto que implicaba insubordinación directa.

Por fin podría disponer de los recursos de la comisaría sin tener que esconderme del todo; eso suponía un avance que iba a aprovechar al máximo.

CAPÍTULO 29

Clare

Por la mañana, me desperté más tarde de lo habitual; había dormido como un ángel entre algodones. A pesar de creer en un principio que me sentiría un poco cohibida, aunque no se lo mencioné a Baxter, por compartir habitación, fue como si lo hiciéramos a diario. Era cierto que llevábamos casi tres meses viviendo, en la práctica, bajo el mismo techo, pero siempre manteníamos una distancia prudencial que respetaba el espacio vital de cada uno.

Me giré en la cama, pero Baxter no se encontraba allí y las sábanas de su lado estaban frías.

—¿Bax? —lo llamé, al tiempo que me incorporaba—. ¿Baxter? —Quizá estuviese en el baño. Pero no obtuve respuesta y tampoco oí nada tras la puerta.

Habría salido a merodear por los alrededores en busca de un lugar mejor para hospedarnos o un sitio para desayunar.

Me dejé caer sobre la almohada y miré al techo. Sonreí al recordar lo feliz que me había sentido la noche anterior, cuando pisé la arena de la playa por primera vez. Notar la humedad entre los dedos fue una vivencia estremecedora. Una nueva sensación de libertad me envolvió, igual a la que noté cuando me metí en el coche de Baxter aquel día que me recogió en el porche de mi casa. Fue como dar un paso adelante. Había experimentado más primeras veces en las últimas semanas que en toda mi vida, y ver el océano...

¡Un momento! Era de día. El sol entraba a raudales por la corredera de la terraza. ¡Me había perdido el amanecer!

Salté de la cama y descorrí las cortinas blancas que cubrían los cristales. Una inmensidad azul apareció ante mis ojos.

—Joder, qué puta pasada —susurré, al tiempo que abría la cristalera para dejar entrar en la habitación la brisa matutina.

Como el día anterior, me agarré a la barandilla y dejé que el aroma a agua salada me impregnara la piel. La emoción me invitaba a cerrar los ojos, pero quería mantenerlos abiertos para disfrutar del paisaje, de los colores, de la luz. Por fin, después de mucho tiempo, me sentí en calma. En paz conmigo misma por el camino que había elegido, a pesar de dedicarme a delinquir, claro. Quizá muchos considerarían mi forma de verlo una contradicción; en cambio, era más libre y estaba más viva que nunca. Y, por raro pueda parecer, no me preocupaba que nos detuvieran; confiaba en Baxter, en su meticulosidad y planificación, en su experiencia.

—Vaya, buenos días —oí a mi espalda.

Di un respingo y me giré; estaba tan ensimismada en mis pensamientos que no escuché entrar a Baxter en la habitación.

—Eh, buenos días. ¿Dónde has ido? —saludé con una sonrisa, reflejo inequívoco de la suya.

—He ido a comprar algo para desayunar. Pensé que, quizá, te gustaría hacerlo aquí, en la

terrazza —señaló hacia el océano—, con estas vistas.

—Oh, es todo un detalle. —Sonreí—. Muchas gracias.

Metió las manos en los bolsillos delanteros de las bermudas azules que llevaba puestas sin dejar de mirarme.

—De nada. —Se encogió de hombros, como si no tuviese ninguna importancia el hecho de pensar en lo que me gustaría.

Lo observé durante unos segundos, igual que él lo hacía conmigo. Las arrugas que se le formaban alrededor de los ojos me parecieron adorables y su sonrisa ladeada me invitaba a no quitarle la vista de encima, porque era traviesa y sexi. Demasiado sexi. Y besable. Y mordible. Y...

—¿Desayunamos, entonces? —me obligué a preguntar. No quería seguir pensando en su boca.

—Claro —contestó al tiempo que se movía hacia el interior de la habitación—. Prepara la mesa y las sillas que hay en la esquina de la terraza, yo sacaré la comida —pidió.

—De acuerdo.

Nos sentamos a la mesa, demasiado pequeña para el arsenal de comida que había traído Baxter. Dejó sobre la tarima de plástico un par de cafés del tamaño de un barril de cerveza y una muestra de los huevos revueltos, beicon y diferentes piezas de fruta y dulces de panadería.

—¿Dónde demonios has encontrado tantas cosas? —pregunté, un tanto sorprendida de que le hubiera dado tiempo a recorrer casi la ciudad entera.

—Me he levantado temprano. —Se encogió de hombros.

—¿No has dormido bien? ¿Te he molestado en la cama? —La señalé con la barbilla.

—Oh, no, no. Apenas te has movido; tal y como caíste sobre el colchón, ahí te quedaste toda la noche —respondió con tono despreocupado mientras revolvía las cajas del desayuno.

—Entonces, ¿no has dormido en toda la noche? —Si sabía eso, era porque no había pegado ojo.

Levantó la vista y me miró, supe el momento exacto en que se percató de que había hablado más de la cuenta.

—Sí he dormido, aunque poco. La cama no es muy cómoda, la verdad —intentó salir del paso.

—Condujiste la mayor parte del trayecto hasta aquí, si yo estaba cansada, tú debías de estar agotado. ¿Te preocupa algo?

—No. Supongo que no estoy acostumbrado a dormir acompañado —confesó al fin, con una sonrisa un tanto tímida.

—¿Solo eso? —insistí. Ese motivo lo entendía, aunque a mí no me supusiera ningún problema.

—Solo eso. De verdad. Anda, come. —Movié el mentón para señalar la mesa.

—De acuerdo.

Estaba muerta de hambre, aunque quería asegurarme de que se encontraba bien. Desde la tarde anterior lo notaba algo taciturno, más callado de lo habitual, quizá solo fuesen imaginaciones mías, o simplemente se estaba adaptando a unos días de descanso. Así que dejé correr el asunto.

—Dios, esto está de muerte —musité con la boca llena de huevo.

Baxter

Su gemido de placer me hizo sonreír, además de provocar un hormigueo que me recorrió la espalda para acabar con una descarga en mi entrepierna. Quería convencerme de que las repetidas sensaciones que últimamente me asaltaban al mirarla se debían a mi falta de sexo. No había estado con una chica desde que vivíamos juntos, y eso debía de estar pasándome factura. Me había masturbado más veces en esos meses que en toda mi pubertad, y no encontraba consuelo. El roce hace el cariño, dicen; seguro que esa era la verdadera razón por la que la observaba con más detenimiento.

Pero la noche anterior había sufrido con demasiada intensidad esa ausencia de sentir la carne de otra persona. Me dormí enseguida, sin dar importancia al hecho de tenerla al lado en la cama; como bien acababa de decir ella, estaba agotado del viaje. La cuestión fue que me desperté en mitad de la noche pegado a su espalda, con el brazo por encima de su cintura y mi nariz entre su pelo. Y, por qué negarlo, con una erección entre sus glúteos. Me aparté como si su cuerpo fuese una bomba a punto de estallar y me quedé quieto, a la espera de que ella hiciera algún movimiento que me indicara que se había percatado de mi intrusión. Su respiración pausada me llevó a pensar que seguía dormida y no se había enterado de nada, pero no volví a dormirme por miedo a cagarla de nuevo.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —preguntó, tras darle un buen sorbo al café.

—Yo voy a buscar un alojamiento más adecuado, y tú vas a pasearte por donde quieras y a comprar esos bikinis que no tienes para poder bañarte en el océano.

—No tienes que hacer todo el trabajo, podemos ir juntos.

—Lo sé, pero así también puedes buscar locales para comer, cenar, tomar unas copas... Lo que te apetezca. Esa será tu misión. —Le guiñé un ojo.

—Oh, genial —sonrió—, no hemos vuelto a hacer vida nocturna.

—Cierto. ¿Por qué no me lo habías dicho antes?

—No quería que volviéramos a liarla en un *pub*. —Se encogió de hombros, con una sonrisa burlona.

Solté una carcajada al recordar la hostia que le pegó a aquel gilipollas en el bar de Topeka.

—Esperemos que no ocurra de nuevo, camorrista —me reí.

—Si no se hubiese metido...

—Lo sé, solo era una broma —la interrumpí. No quería que pensase que fue culpa suya—. El tío se merecía dos más como la que le diste. Con gusto, yo le hubiese estampado un taburete en la cabeza —añadí.

—¿Quién es el matón ahora? —Sonrió.

Acabamos de desayunar y me marché en busca de un lugar más cómodo para hospedarnos, mientras Clare inspeccionaba la zona de bares y de tiendas. Quedamos en vernos en el hotel a la hora de comer.

En lugar de andar de hotel en hotel y de apartamento en apartamento, con la ayuda de un mapa que compré en un quiosco de prensa y la información que me dio el tendero, me fui directo a la Oficina de Turismo y a algunas inmobiliarias de alquiler de vacaciones. Con seguridad, nos saldría mucho más caro que para temporada larga, pero no tardaríamos más de dos semanas en

marcharnos, como siempre. Debíamos seguir nuestro camino, aunque no llevara a ningún lugar en particular.

La parte buena era que, a pesar de que la ciudad era un nido de veraneantes, estábamos a finales de septiembre, y la temporada estaba ya en declive, aunque los fines de semana volvía a llenarse. Eso fue lo que me explicó la chica que me atendió en el primer lugar al que entré.

Hice lo mismo que cuando recababa información para un atraco. Reuní todas las premisas y luego me senté a la mesa de la terraza de un bar a estudiar las opciones. Clare me había dicho que, si surgía una oportunidad que me convenciera, no esperara a consultarlo con ella a la hora de comer. No había prisa, pero tampoco podíamos perder días en buscar alojamiento.

Hubo uno que me gustó especialmente; no estaba en primera línea como los hoteles, sino en la calle de atrás, así que me dirigí de nuevo a la inmobiliaria para pedir que me lo mostraran. No le di más vueltas. Disponía de un salón con cocina integrada, dos dormitorios y un baño; además de una terraza el doble de grande que la que teníamos en la habitación. Suficiente para pasar unos días. Limpio, ordenado y cuidado.

—No quiero presionarlo, pero no creo que esté libre durante mucho tiempo; la semana próxima es el Festival de Neptuno y la capacidad hotelera está casi al cien por cien. Esto ha sido una anulación de hoy mismo —expuso el agente, un hombre de mediana edad que no dejaba de sudar y de limpiarse la frente con un pañuelo continuamente.

—Me lo quedo —contesté sin duda.

—Perfecto. Vayamos a la oficina a rellenar los papeles.

Regresé al hotel, contento de haber dado con algo sencillo pero apañado, con la intención de subir a la habitación a esperar a Clare, estaba seguro de que aún seguiría de compras, a pesar de faltar unos minutos para la hora en que habíamos quedado. Pero la recepcionista me dijo que la llave no estaba disponible, por lo que, al parecer, ella había llegado antes que yo.

Llamé a la puerta con los nudillos.

—¿Clare? Soy Baxter —anuncié.

—Voy.

Tardó unos segundos en abrir, pero, cuando lo hizo, no esperaba lo que encontré al otro lado del umbral. Me quedé sin habla, petrificado. Clare vestía un bikini minúsculo. Blanco. Sus pechos pequeños, redondos y llenos me secaron la garganta a través de la tela. Iba descalza y se había recogido la melena salvaje en un moño alto.

—Eh... —carraspeé—, ya veo que tus compras han sido satisfactorias —conseguí decir.

—Sí, mira —se dio la vuelta y corrió hacia la cama—, me he comprado cuatro. Y he traído un par para ti. No sabía si tenías. —Cogió lo que parecían bañadores de hombre.

—¿Me has traído un par de bikinis? —bromeé, en un intento de sacarme de la cabeza la imagen de sus pechos inhiestos. Aunque era difícil teniéndolos aún ante mis narices. Bueno, un poco más abajo.

—No, idiota. —Se rio a la vez que me estampaba las prendas contra el pecho—. Pruébatelos. Creo que son de tu talla, pero no estoy segura del todo. La chica de la tienda me ha dicho que podemos cambiarlos si es necesario.

—Vale. Gracias. —Sonreí sin dejar de mirarla. Me era imposible. Estaba radiante. Brillaba como la luz del sol sobre el océano.

—¿Y tú? ¿Has encontrado algo?

—Ah, eh... Sí. Ya tenemos apartamento. —Metí la mano en el bolsillo del pantalón y saqué una llave.

—Genial. ¿Podemos trasladarnos ya? —Sus ojos claros se me clavaron aún más adentro.

—Sí. Cuando queramos.

—Pues vamos, tengo ganas de ordenar mis cosas y no tenerlas por el medio.

—¿Tú? ¿Ordenar? —Se me escapó la risa entre los dientes.

—Todo se pega. —Me guiñó un ojo.

Todo menos la hermosura, dicen. Desde luego, porque la suya era imposible de imitar.

Mierda.

CAPÍTULO 30

Clare

El apartamento era perfecto, a pesar de que las vistas no fuesen tan espectaculares como desde el hotel. No obstante, estábamos a mayor altura y aún se veía parte del horizonte, así que el cambio no fue tan malo. Y yo me sentía tan contenta que me hubiese conformado hasta con un sótano.

Lo primero que hicimos ese día, después de trasladarnos y comer, fue bajar a la playa; deseaba con todas mis fuerzas meterme en el agua. Flotar. Desconectar. Olvidar. Darme la tregua que merecía tras varios meses de estrés. Porque no nos engañemos, atracar bancos produce tal estado de nervios que había días en los que se me quitaban hasta las ganas de comer. Hecho con el que Baxter no perdía oportunidad de burlarse. Aun así, seguía creyendo que había elegido el camino correcto.

Extendí la toalla sobre la arena y me acerqué a la orilla. Los granos minúsculos me hacían cosquillas entre los dedos y me calentaban las plantas de los pies. Nunca pensé que pisar tierra me produjera una sensación tan agradable. Era como caminar sobre hierba mojada, pero sin hierba.

—¿Quieres que te acompañe? A veces, el océano puede ser... traicionero —se ofreció Baxter a mi espalda.

—¿Traicionero? —Me giré en su dirección, él se aproximó a paso lento.

—Imagino que sabes nadar. —Alzó una ceja.

—Sí, claro. Me he bañado en la piscina de mi pueblo y en alguna... alberca. —Me encogí de hombros—. ¿Por qué lo dices?

—Bueno, las olas, las corrientes... La primera vez es una mezcla de emoción, tensión y miedo.

—Oh... Vale. Entonces, entra conmigo.

Se colocó a mi lado, a un escaso metro de distancia. Asintió y señaló con la barbilla hacia el agua.

—Vamos.

Dio dos pasos y dejó que los retazos finales de las olas le acariciaran los pies. No noté en su rostro ningún cambio significativo, así que imité su posición.

—Joder, está helada —casi grité, y salté hacia atrás.

Baxter soltó una carcajada.

—No quería fastidiarte la sorpresa —siguió riendo.

—Muy gracioso.

—Venga, en cuanto te metas entera, dejará de estar fría. —Avanzó hasta que el agua le cubrió la cintura.

De repente me sentí estúpida. La playa estaba llena, la gente entraba y salía del agua como si lo hubieran hecho desde siempre, y yo... yo estaba allí parada, como lo que era, una chica del interior que no había visto jamás semejante cantidad de agua.

No era miedo lo que percibía, sino una especie de vergüenza a hacer el ridículo. A que las olas me revolcaran, a que las corrientes no me dejaran salir. A que Baxter pensara que era una cría que no sabía nada de la vida. Ni siquiera entrar en el océano.

Y, ¿por qué de pronto me importaba tanto lo que creyese Baxter acerca de mí?

—¿Estás bien? —Empezó a caminar en mi dirección, con un gesto preocupado.

—Sí, sí. —Hice un ademán con la mano y adelanté varios pasos, y luego otros pocos más.

Me agarré con los dedos a la arena mojada bajo mis pies. Era igual que caminar por el fango del fondo de la acequia que George había construido en la parte trasera de su casa, junto al taller mecánico en el que trabajé durante una buena temporada, con la diferencia de que las plantas no se me quedaban pegadas al suelo. Respiré con alivio. Al menos, tenía en la memoria una experiencia parecida que me ayudaría a no caerme antes, incluso, de entrar.

A medida que el agua me cubría, sentía la piel estremecerse. La temperatura era mucho más fría que el agua de la cerca...

—¡Joder! ¿Cuándo se supone que deja de estar congelada?

—Cuando metas la cabeza —se rio Baxter.

—A este paso, eso ocurrirá dentro de una hora.

—No vayas tan lenta. —Se giró hacia el horizonte y se zambulló de cabeza. Un par de segundos después emergió unos metros más lejos—. Vamos, Clare. Está buenísima. No seas cobarde.

Capullo.

Inspiré hondo. Estaba haciendo el gilipollas.

Me metí hasta la cintura, obvié el picor en la piel y me tiré de cabeza, igual que había hecho Baxter. El agua me cubrió entera y dejé de oír todos los sonidos del exterior. Tan solo estaba yo. Y el miedo desapareció.

Solté la tensión que agarrotaba mis músculos y me dejé llevar. Flotar. Como había pensado justo antes de sumergirme.

Una mano rodeó mi brazo y tiró fuerte de mí hacia arriba.

—¡Clare! ¿Estás bien? —Baxter estaba frente a mí, me agarraba de los hombros y me observaba un tanto angustiado.

—Sí, estoy genial. Tenías razón, ya no está tan fría. —Le sonreí.

—Joder, qué susto me has dado. No salías...

—Oh, estaba aclimatándome, tranquilo.

—Vale, vale... —Me soltó y pareció relajarse.

—Lo siento. —Encogí un hombro.

Él puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

Miré hacia el horizonte, donde se dividían océano y cielo en un contraste evidente. Azul oscuro debajo, azul claro encima. Dos partes de un todo. De un paisaje que se quedaría en mis retinas para siempre. Sonreí y me dejé caer de espaldas, para flotar y mecarme con el vaivén de las olas.

Hacía demasiado tiempo que no sentía tanta paz.

Baxter

Clare tenía los ojos cerrados y su cuerpo se balanceaba al compás de la superficie. El sol brillaba sobre su piel mojada y tenía una sonrisa placentera dibujada en los labios.

Dios, no olvidaría esa imagen en lo que me quedaba de vida.

Me habría quedado así, observándola, durante horas.

Empezaba a asimilar que Clare me gustaba, aunque no tenía muy clara la razón; es decir, no es que fuese una chica que no pudiera atraerme, sino que no sabía si era por la proximidad que teníamos o porque llevaba demasiado tiempo sin echar un polvo, o porque, en realidad, era la mujer que elegiría entre todas las mujeres.

Joder, estaba hecho un lío, y eso no era bueno para mi concentración. Ese fue el principal motivo por el cual propuse esas vacaciones. Necesitaba un descanso mental, y físico, ya de paso. Aunque la tensión que sentía bajo la piel no desaparecía, porque estaba junto a Clare casi las veinticuatro horas, y no podía dejar de mirarla, cada vez con más insistencia.

Como en ese instante, en el que las ganas de lamer cada una de las gotas que resbalaban por su cuerpo eran casi insoportables. Metí la cabeza bajo el agua y me mantuve sumergido durante unos segundos, en un intento de que los pensamientos desaparecieran por la falta de oxígeno. No funcionó.

—Voy a nadar un rato, no me alejaré mucho, ¿vale? —le dije cuando emergí.

No contestó, se limitó a levantar el pulgar para darme el *ok*.

Parecía totalmente extasiada. En cambio, yo me sentía más excitado que nunca.

Braceé durante unos minutos, de un lado a otro, a todo lo que me daba el cuerpo. Debía agotarme, destensarme, relajarme... Y, sobre todo, dejar de pensar o, más bien, trazar un plan para que mi cabeza dejara de sabotearme. A cada minuto que transcurría, en lugar de vaciar la mente, se me llenaba de imágenes cada vez más vívidas.

La risa de Clare.

Las muecas de Clare.

Los labios de Clare.

Los ojos de Clare.

Los pechos de Clare...

Maldita sea. Yo era un hombre responsable, organizado, metódico. Había tardado años en «diseñar» mi personalidad en base a mi profesión; en cambio, fueron suficientes unas semanas para que ella sembrara el caos en mis pensamientos. Bueno, ella no, era yo quien debía mantener a raya todas esas sensaciones.

Me detuve cuando fui incapaz de aplacar el ritmo frenético de mi respiración. Giré el cuerpo en busca de Clare. En ese momento, salía caminando del océano hacia la arena, de espaldas a mí. El agua ya solo le cubría desde las pantorrillas, y se escurría el pelo con las manos.

Joder.

Otra imagen que me atormentaría hasta la saciedad si no conseguía redirigir el camino que se empeñaba en tomar mi subconsciente.

¿Me arrepentía de haber propuesto ese viaje?

Absolutamente sí.

¿Me arrepentía de que Clare se hubiese cruzado en mi camino?

Profundamente no.

Solo debía equilibrar la balanza. Pensar en ella como en una socia, en una amiga, en una compañera. Punto.

La vi sentarse sobre la toalla con naturalidad, con las piernas cruzadas, y meter la mano en el bolso para sacar un cepillo, que se pasó por el cabello enredado; ni siquiera se daba cuenta de que sus movimientos eran sexis, provocadores. Al menos, a mí me lo parecían.

Iba a tener que esforzarme con más ahínco. Aquello no estaba funcionando en absoluto.

CAPÍTULO 31

Clare

Después de tres días en Virginia Beach, ya me sentía parte del lugar. Al llevar tantos meses sin hablar con nadie que no fuera Baxter o las escasas conversaciones con los empleados de bancos, ayuntamientos o bibliotecas, solo por trabajo, sentía ganas de charlar con cualquier persona. Entablaba conversaciones con los camareros que me servían el desayuno, o con las dependientas de los supermercados y las tiendas a las que acudía para abastecer el frigorífico y mi armario.

—Y, ¿en qué consiste el Festival de Neptuno? —pregunté a Moira, la cajera del súper, mientras marcaba los precios de mi compra en la máquina registradora.

Baxter lo mencionó de pasada, pero no presté demasiada atención hasta que escuché una conversación entre la chica que tenía frente a mí y otra cliente. No pude evitar preguntarle en cuanto volví al día siguiente.

—Oh, pues es una fiesta en la playa y el paseo marítimo. Se montan diferentes espacios con actividades, tanto para niños como para adultos. Es una de las celebraciones más populares de la Costa Este.

Siguió explicándome con todo detalle el desfile con carrozas, bailarines y música que tenía lugar en Atlantic Avenue, para dar la bienvenida a Neptuno y su corte. Después me contó que se realizaban diferentes competiciones deportivas, como surf, vóleibol en la playa o una carrera de 8 km. Que cada año era mayor el número de visitantes, que acudían algunas personalidades del espectáculo y el cine, y que se celebraban conciertos en la playa.

Cada acto que enumeraba me gustaba más que el anterior, tanto que, en cuanto llegué al apartamento, se lo solté a Baxter de carrerilla.

—¿No te parece genial? Hemos venido en la época idónea para disfrutar de la ciudad —añadí excitada.

—Me parece perfecto. —Sonrió, con el periódico aún entre las manos—. Haremos lo que te apetezca.

—Bueno, y lo que quieras tú también, ¿no?

Todavía no me había atrevido a proponerle salir de copas, pues parecía sentirse más cómodo haciendo vida diurna, y además, lo había arrastrado cada día a pasear, a la playa o a visitar cualquier rincón del lugar. Todo ello, sin que él rechistara ni una sola vez.

—A mí me va bien cualquier plan que propongas. —Me guiñó un ojo.

—Vale —confirmé—. Iré a informarme de los horarios de las actividades.

—Genial. ¿Quieres que te acompañe?

—Oh, no, tranquilo. Así descansas un poco de mí. —Le saqué la lengua y seguí con mi tarea de meter la compra en la nevera.

Ese día había decidido dejarlo un poco a su aire; no quería saturarlo.

—¿De dónde sacas esa idea? —preguntó mientras cerraba el diario sobre la mesa—. ¿Te parece que estoy cansado de ti? ¿En serio? —Arqueó una ceja.

—Bueno, sé que tú eres más... sosegado. Te gusta levantarte y desayunar con calma, leer el periódico —lo señalé—, sentarte en la terraza a tomar una cerveza... —Me encogí de hombros—. Yo soy de salir a la calle, hablar con la gente, pasear sin rumbo... Esas cosas.

Fijó su mirada en la mía y, al cabo de unos segundos, la comisura de sus labios se elevó con lentitud al tiempo que negaba con la cabeza.

—Parece que te has convertido en una gran observadora.

—He aprendido del mejor.

Soltó una carcajada, profunda y varonil, que se me clavó en el estómago. O quizá más abajo. Durante los últimos días, había tratado de obviar cada una de las sensaciones que me producía su compañía, en una situación relajada y sin tener que atender las obligaciones de trabajo. Parecíamos un matrimonio bien avenido, pero sin sexo de por medio. Tal vez esa era la clave: no mezclar negocios con placer. Aunque, si era sincera conmigo misma, cada día que pasaba, me costaba más no fijarme en ese aspecto. Baxter me trataba bien, mejor que bien, era amable, divertido y, sí, un poco estirado, pero estaba convencida de que era por llevar tantos años solo con una profesión complicada a sus espaldas.

Y, para qué negarlo, era atractivo. Demasiado para mis pensamientos, que debía apartar a manotazos más veces de las que estaba dispuesta a admitir.

Salí de nuevo a la calle, dispuesta a airear la cabeza y a enterarme de todo lo que iba a ocurrir en la ciudad en los próximos días.

Baxter

En cuanto Clare se marchó, me metí en la ducha y me vestí con ropa cómoda. El primer día que salí en busca de un apartamento, llamé desde una cabina a mi contacto de confianza para que expidiera un par de pasaportes falsos para Clare; llevaba semanas pensando en ello, pero nunca encontraba el momento a causa del trabajo. Le pedí que me los enviara a la Oficina de Correos de Virginia Beach, y hacia allí me dirigía en ese instante.

Recogí el paquete sin contratiempos y, al salir, la vi. Dejaba atrás lo que parecía un edificio gubernamental, el Centro de Visitantes, leí en la placa de la entrada. Caminaba a saltos, con la vista puesta en lo que imaginé sería la documentación de las fiestas, que sujetaba con ambas manos. Sonreía. Brillaba. Parecía feliz.

Esa imagen me transportó a la que me encontré cuando detuve el coche frente a su casa, aquel día de hacía ya casi tres meses. Sentada bajo el porche destartado, su semblante mostraba frustración, desmotivación y algo de tristeza. Nada que ver con la Clare de ese instante.

Sonreí sin poder, ni querer, evitarlo.

Pensé que, quizá, yo tenía algo que ver con ese cambio que se había producido en ella en tan poco tiempo. Solo había que darle las alas que necesitaba para mostrarse llena de vida.

Y yo era el afortunado que la había visto convertirse en una mujer excepcional.

CAPÍTULO 32

Baxter

Después de un par de horas en la playa y, más tarde, cenar, Clare se metió de lleno en planificar al detalle los días en que se celebraba el festival. Estaba tan emocionada que no quise intervenir y la dejé a su aire. Tal y como le había dicho, a mí me iría bien cualquier plan que ella quisiera organizar.

—Haber aprendido a reunir información sirve para cualquier cosa —anunció mientras escribía en una pequeña libreta—. Es como programar un atraco —se rio entre dientes.

—Pero sin la tensión de que te pillen —añadí.

—Sí —rio más fuerte.

Cuando llegó la hora del desfile, Clare y yo estábamos en primera fila, sentados sobre el bordillo de la acera. Para ser sincero, a mí me importaba bien poco todo aquel despliegue, solo con verla disfrutar tenía más que de sobra. Era un espectáculo en sí misma. Gritó, aplaudió, bailó y hasta silbó.

Nos apuntó a la competición de vóleybol, de la que nos eliminaron en el segundo partido; ella no tenía ni idea de jugar y yo no hacía más que reír ante su nefasta intervención; pero nos divertimos, que era el objetivo principal, según ella.

Después me arrastró por todo el paseo marítimo para ver la exposición de artesanía y el concurso de estatuas de arena. Esto último sí me impresionó. Era increíble lo que la gente hacía con un puñado de tierra húmeda. Neptuno estaba representado en todas las posiciones y tamaños posibles.

Comimos en la calle, nos bañamos en la playa y nos quedamos dormidos bajo una palmera, en la parte más alejada del ajetreo del paseo marítimo.

Cuando abrí los ojos, Clare se encontraba acurrucada en mi costado, con un brazo y una pierna sobre mi cuerpo. A pesar de que corría una ligera brisa, el calor de su piel impregnó la mía. El aroma a frutas de su pelo, junto al de la crema solar, inundó cada bocanada de aire que respiraba.

El color tostado que le habían otorgado las horas al sol le daba a su aspecto un matiz nuevo que me pareció de lo más sexi. Su cabello mostraba algunos mechones más rubios y su rostro se había llenado de pecas, sobre todo la nariz. Observarla en conjunto, con la calma de que no me pillaría, se convirtió en mi único pasatiempo durante el largo rato que ella siguió dormida. Aún me pareció más joven que la primera vez que la vi.

Se removió con la morriña del sueño y se desperezó sobre mi pecho. Me quedé totalmente inmóvil, incluso cerré los ojos, por si se sentía incómoda al ver que había invadido con creces mi espacio personal; igual que me ocurrió a mí unas noches antes. Noté su mano sobre mi esternón

y, después, una pequeña presión, al tiempo que su cuerpo se separaba del mío.

—¿Bax? —me llamó.

—Mmm... —contesté sin abrir los párpados.

—Nos hemos quedado fritos, y son más de las cinco de la tarde. Tenemos que volver al apartamento para ducharnos antes de ir a cenar y al concierto en la playa —susurró, cerca de mi oído.

Su pelo me hizo cosquillas en la cara.

—Vale. —Fingí un bostezo y abrí los ojos.

Clare seguía encima de mí, mirándome con los ojos hinchados a causa de la siesta. Sonreía de oreja a oreja. No parecía incómoda por estar tan juntos, pegados.

—Vamos, perezoso. —Arrastró la mano por mi torso y se incorporó hasta sentarse.

Tuve que disimular varios suspiros de sueño y estirar los músculos agarrotados; bueno, esto último no tuve que fingirlo. Había estado tan en tensión para no moverme que el entumecimiento era real.

—Voy, voy... —gemí, con falso fastidio—. Necesitaré otras vacaciones para recuperarme de estas —añadí con burla mientras me levantaba.

—En serio, Bax, eres un abuelo —se rio entre dientes.

—Así que viejo, ¿eh? —Entrecerré los ojos y la miré con fijeza—. Te echo una carrera hasta el apartamento. El último paga la cena y las copas de esta noche —dije de corrido y salí por piernas.

—¡Eh, eso no vale! —La oí gritar a mi espalda.

No me giré, seguí avanzando y esquivé como pude a todas las personas que me cruzaba en el camino. Escuchaba cómo Clare se disculpaba con los transeúntes por, imaginé, arrollarlos para alcanzarme. Se me escapó el aire por la nariz a causa de la sonrisa que se me dibujó en los labios, pero me concentré en continuar, incluso, más rápido que antes. No iba a darle la satisfacción de, ni siquiera, acercarse.

Cuando llegué al portal del edificio de apartamentos, me detuve para recuperar el aliento. Apoyé las manos sobre mis rodillas y respiré hondo. Al levantar la vista hacia la calle, vi a Clare doblar la esquina; corría como si le fuese la vida en ello. Y volví a sonreír.

—¡Eres un tramposo! —La voz le salió más aguda de lo habitual a causa de la falta de aire—. Y un capullo —añadió cuando se detuvo frente a mí, en la misma posición. Respiraba con dificultad y trataba de llenar los pulmones.

Una carcajada se abrió paso entre mis labios.

—Apenas ha sido media milla —me burlé.

—Pero tú... —inspiró y se incorporó—, tú has empezado a correr antes.

—Es el factor sorpresa, Clare. Tienes que aprender a arrancar a correr en cualquier lugar y en cualquier situación —argumenté.

—O sea, que esto era una prueba, ¿no?

—Más o menos. —Moví la cabeza de un lado a otro—. Aunque ha sido divertido ganarte. —Le guiñé un ojo antes de girarme hacia la entrada del edificio.

—Dios, eres inaguantable —se quejó a mi espalda.

—Y tú tienes que practicar más —me reí—. Por cierto, me debes una cena y las copas.

—Idiota —susurró.

Otra risotada resonó en el interior del portal. Era imposible pasar un día con ella y no reír. Y me estaba acostumbrando a ese hecho demasiado deprisa.

Clare

Tardé como media hora en recuperar el aliento, así que decidí vengarme un poco de Baxter. Me metí en el cuarto de baño con mi *walkman*, desconecté los auriculares y la música empezó a sonar a todo lo que daba el aparato; que no era mucho, todo hay que decirlo. Pero como no tenía un hogar fijo en el que vivir, no podía comprarme un equipo de música en condiciones. Sería un engorro transportarlo de un sitio a otro e instalarlo en cada lugar en el que nos hospedáramos. Eso era lo único que echaba algo de menos; tener que andar siempre con lo básico a cuestas, como los caracoles.

Madonna ya había cantado *Papa Don't Preach*, *Open Your Heart*, *White Heat*, *Live to Tell*, *Where's the Party* y *True Blue* cuando Baxter aporreó la puerta del lavabo.

—¿Te queda mucho? —preguntó—. Me gustaría poder entrar antes de hacérmelo encima —añadió.

Me miré en el espejo y sonreí. Ya estaba vestida, peinada y maquillada, pero me quedé a la espera de que Bax dijera algo. Sabía que no tardaría mucho.

Abrí la puerta y las notas de *La Isla Bonita* salieron a bailar al pasillo.

—Oh, lo siento. Madonna siempre me hace perder la noción del tiempo —respondí con una sonrisa amplia y falsa.

Entrecerró los ojos y negó con la cabeza.

—Ya. Madonna...

No pude evitar que se me escapara la risa. Recogí mis cosas y salí del baño.

—Todo tuyo.

Exactamente cinco minutos más tarde, llamé a la puerta tras la que Baxter había desaparecido para ducharse.

—¿Qué? —contestó desde dentro.

—¿Te falta mucho? Tengo hambre. —Me tapé la boca con la mano para que no escuchara mi carcajeo.

—¿En serio, Clare? —Entonces, abrió la puerta.

Se me cortó la risa de golpe. Estaba empapado, acababa de salir de la ducha; tenía el pelo pegado hacia atrás, como si se lo hubiese peinado con los dedos, y le chorreaban gotas a lo largo de todo el torso que morían en la toalla que llevaba anudada a la cintura.

Mierda.

Sentí el rubor subirme desde la garganta hasta la raíz del cabello. Él arqueó una ceja ante mi mutismo repentino.

Carraspeé.

—Date prisa, vamos a encontrar todos los locales a reventar —me obligué a decir.

—Si no hubieras tardado tanto, ya estaríamos en la calle. —Me dieron ganas de borrarle la sonrisa ladeada de un guantazo.

—Vale, pero espabila.

Me di la vuelta y caminé los tres pasos hasta el salón. Escuché su risa mientras cerraba la puerta.

Mierda, otra vez.

Unas horas antes había estado enroscada a ese pecho mientras dormíamos la siesta bajo la palmera. Al despertar y percatarme de que lo tenía rodeado con brazo y pierna, pretendí separarme de un salto, pero no quería despertarlo de forma brusca, así que tuve que disimular la perturbación que me había causado el calor de su piel.

Y en ese instante estaba ahí, a cuerpo descubierto. Con sus abdominales ligeramente marcados, el contorno de sus hombros y bíceps, y un vello castaño que adornaba parte de su torso.

Mierda, una vez más.

Iba a tener que hacer un esfuerzo titánico para borrar esa imagen de mi mente.

CAPÍTULO 33

Baxter

Media hora después, por suerte, nos encontrábamos sentados a una mesa alta en la terraza de un bar cualquiera. Lo cierto era que no nos importaba en absoluto cenar en la calle, en lugar de en un restaurante con manteles de lino. Había descubierto que Clare adoraba estar al aire libre, y yo empezaba a sentir la libertad que ese pequeño gesto me proporcionaba. Siempre había tratado de pasar desapercibido y salía poco; además, solo no era lo mismo que en compañía.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo tras darle el primer bocado a su hamburguesa.

—Claro. Pero ya sabes que...

—Sí, sí, lo entendí a la primera. —Asentí—. El caso es que... —carraspeó— bueno, quería saber cómo lo haces para... bueno —parecía nerviosa, por una vez desde que la conocía—, para echar un polvo, porque no creo que lleves todo este tiempo a... mano.

—¿Perdón? —Dejé en el aire la patata frita que iba a llevarme a la boca. No estaba seguro de haber oído bien.

—Que cómo lo haces para ligar, cuando te pasas la vida de un lugar a otro, sin asentarte. Es que... a ver, llevo más de tres meses sin... ya sabes... —Hizo un ademán con la mano libre.

—¿Sin follar?

—Eso —confirmó, y sonrió, como si su balbuceo anterior no hubiese tenido lugar.

No sabía si reír o llorar. Y tampoco sabía si la razón era porque yo llevaba el mismo tiempo de sequía o porque ella quisiera echar un polvo con... un desconocido.

—Eh... —Era mi turno de tartamudear y carraspear—. No suelo hacerlo con asiduidad, pero, cuando tengo ganas, voy a una discoteca o *pub*. Son sitios en los que la gente suele estar... receptiva para ello.

—Vale. Y, ¿cómo lo haces? Nunca me he liado con un tío que no conozco de nada, una sola noche —admitió.

—¿Nunca? —me sorprendí.

—No, nunca. En mi pueblo nos conocíamos todos. Y, si me acostaba con alguien, lo hacía durante varios días, no solo una vez —explicó—. Va, cuéntame, no te hagas de rogar —insistió.

—Pues... observo el lugar, identifico a las chicas que no tienen pareja, hago contacto visual, si ella responde, me acerco y la invito a una copa. Charlamos durante un rato, veo si es de fiar y si conectamos, y... nos vamos a un hotel —expliqué de forma resumida y sin entrar en detalles.

Me observó durante unos segundos, con los ojos entrecerrados, como vislumbrando la escena.

—Vale. Entonces, ¿tengo que hacer lo mismo, pero desde mi perspectiva de chica? —cuestionó.

—Bueno, ya sabes que casi siempre suele acercarse el chico, pero a mí no me importa que

sea ella quien lo haga —declaré, con un encogimiento de hombro.

—Bien. Entendido. —Asintió para enfatizar su respuesta.

—¿Quieres que hagamos una prueba después, en el concierto de la playa? —No supe por qué le ofrecí mi ayuda. Se me estaban revolviendo las tripas al imaginarla con un tipo musculoso, bronceado y con la camisa abierta hasta la mitad del pecho, como la mayoría de los que había visto en la zona.

—Oh, eso sería genial. Podemos hacer como que no nos conocemos; me miras, te miro y me entras, así me explicas todo el proceso con práctica —argumentó con una sonrisa inocente.

—Claro, eso mismo —afirmé.

No era eso en lo que pensaba, pero me pareció mejor idea que la que yo tenía en mente, en la que la incitaba a ligar con cualquiera que nos encontráramos en la arena. Bueno, con cualquiera no, iba a tener que pasar un buen filtro de reconocimiento por mi parte. No iba a dejarla en manos del primero que apareciera.

Tras esa conversación, Clare se relajó y se metió de lleno en explicarme el plan de los días siguientes. Lo tenía todo milimetrado.

Había creado a un monstruo de la planificación.

Sonreí para mí mismo.

Más tarde, caminamos hacia la playa y recorrimos el paseo marítimo para hacer tiempo antes de aproximarnos al escenario en el que tendría lugar el concierto. Según Clare, la actuación de esa noche era a cargo de una banda local. Al parecer, la organización del evento promocionaba y daba la oportunidad a músicos de la zona y los invitaban a realizar distintos recitales en diferentes lugares de la ciudad, aparte de invitar a algún artista o banda conocidos internacionalmente. Aunque, en esa ocasión, no tendríamos la suerte de ver a nadie famoso. Ese año, la administración había decidido prescindir de cantantes consagrados.

Cuando llegamos al área habilitada para ello, dos horas antes de su comienzo, ya había bastante gente, pues el evento era gratuito. Pasamos hacia la zona de la derecha, donde se ubicaban diferentes carpas en las que servían bebidas y *snacks*, y pedimos un par de cervezas.

La brisa empezaba a calmarse; durante la tarde solía levantarse un aire un poco desagradable, no tanto por el viento en sí, sino porque arrastraba la arena de la playa hacia el interior y, si no tenías cuidado, comías tierra como aperitivo.

—Oye, Bax, ¿hacemos la prueba antes de que empiece? Así puedo atender a tus explicaciones sin que la música nos interrumpa —propuso.

—Eh... Vale. Aunque no hay mucho que contar, la verdad. —Encogí un hombro para quitar importancia al hecho de que empezaba a sentirme incómodo con su proposición. O, más bien, la mía; porque había sido yo el artífice de semejante estupidez.

—¿Dónde nos ponemos? —Miró a su alrededor.

Estábamos a un par de metros del chiringuito, así que pensé que sería más fácil allí.

—Yo suelo estar apoyado en la barra. Desde allí miro hacia la pista, así que tú puedes quedarte aquí, simulando que bailas, y yo iré al bar, ¿te parece bien?

—Genial, lo que tú digas.

Asentí y me di la vuelta para caminar hacia mi objetivo. No estaba convencido de que aquello fuese una buena idea, pero ya me había metido de lleno hasta las ingles. Deposité la cerveza sobre el mostrador y apoyé el codo, en mi habitual posición cuando iba a cualquier local de copas.

—¿Lista? —pregunté con el pulso martilleándome las sienes.

Levantó el dedo pulgar para dar su conformidad.

Tragué saliva, sonreí de lado y, tras diez años disfrazándome de personajes de lo más variopintos, me preparé para interpretar el papelón de mi vida.

Clare

Me entró la risa cuando vi a Baxter colocarse en la barra, con la intención de preparar nuestro particular teatrillo. Aunque al principio pensé que ni siquiera contestaría a mi pregunta, no me sorprendió que aceptara ayudarme. Siempre había sido amable y dispuesto, a pesar de su manía de burlarse de cualquier detalle insignificante que tuviera que ver conmigo.

Necesitaba aprender a ligar y a confiar en mi instinto para saciar, al menos, durante una noche, los impulsos de mi cuerpo. Además, tener a Bax siempre cerca había aumentado mi libido, así que debía hacer algo para remitirla. Y él sabía cómo hacerlo —me refiero a su explicación, no a que fuese él quien me la bajase, literalmente—.

En cuanto le di el *ok* de que estaba lista para empezar, apareció una sonrisa ladina y sexi en los labios de Bax, acompañada de una mirada un tanto... ¿peligrosa?, ¿salvaje?

Debía centrarme, así que simulé que bailaba al ritmo de la música disco que sonaba en un tono suave por los altavoces del escenario, mientras le daba tragos cortos a mi cerveza. Por el rabillo del ojo, lo vi acercarse como una pantera; pasos firmes y sigilosos, contoneo estudiado y rictus cautivador.

Estuve a punto de caer de culo sobre la arena. Tuve que concentrarme para respirar con normalidad. Si era así como se acercaba a las chicas, estaba convencida de que saldría triunfador cada vez que se lo propusiera.

—Disculpa —saludó en un susurro.

Me giré con una gran sonrisa.

—¿Sí?

—Creo que llevas demasiado tiempo con esa cerveza en la mano; debe de estar ya... caliente —enfaticó la última palabra de una forma tan sexi que fui yo quien sufrió una subida de temperatura corporal—. ¿Puedo invitarte a otra? —añadió.

No podía apartar la vista de sus ojos brillantes, provocadores.

—Eh... —Me obligué a desviar la mirada hacia mi vaso de plástico y, de paso, inspirar en profundidad—. Puede que tengas razón. Estaría bien tomar otra —respondí con fingida serenidad.

—Me llamo James. —Extendió su mano hacia mí.

—¿Bond? —contesté al tiempo que me agarraba a sus dedos.

Soltó una risita entre dientes.

—Me temo que no, pero tú podrías ser la espía que me amó.

No pude evitar soltar una carcajada.

—¿En serio, Bax? ¿Estas cosas te funcionan? —bromeé, fuera de mi papel.

—Ssshhh —siseó, sin soltarme la mano—. No me has dicho tu nombre, encanto.

Carraspeé e intenté meterme de nuevo en la escena.

—Oh, puedes llamarme M.

Baxter puso los ojos en blanco durante un segundo.

—Entonces, M, ¿puedo invitarte a un Martini... mezclado, no agitado?

Reprimí una nueva carcajada.

—Con una cerveza será suficiente, James.

—Como quieras. —Hizo un ademán para que lo acompañara a la barra—. Y, dime, ¿vives aquí o estás de vacaciones?

—Estoy aquí por placer —casi susurré la última palabra.

—Vaya, eso ha sonado de lo más tentador —contestó Baxter/James con una sonrisa aún más perversa.

—No tanto como tú —coqueteé.

Alzó ambas cejas.

—¿De verdad? ¿Te parezco... tentador? —Se puso una mano sobre el pecho, con un exagerado movimiento.

Ya no pude resistirlo más. Me eché a reír.

—Lo siento, Bax —me disculpé—. Esto me parece de lo más absurdo.

—Lo sé —rio también—. Creo que estamos sobreactuando.

—Supongo que es raro con alguien a quien conoces y por la que no te sientes atraído —concluí.

Me observó durante unos segundos, luego inspiró antes de contestar:

—Tienes razón. No ha sido buena idea. Lo mejor es dejarte llevar cuando se presente la ocasión. Seguro que fluirá con naturalidad si ambos conectáis.

—Tendré que confiar en ello. —Me encogí de hombros.

—Suele funcionar, no te preocupes. Cuando llegue el momento, lo sabrás, y no tendrás que actuar, saldrá sin proponértelo. —Me ofreció un guiño.

Tras el episodio de la peor interpretación de la historia, volvimos a ser nosotros. Hablamos de lo que habíamos visto durante el día y lo que vendría en jornadas posteriores.

—Por cierto, ¿cuánto tiempo nos quedaremos aquí? —pregunté.

—¿Ya quieres volver al trabajo? —bromeó.

—No, idiota. Pero quiero saber cuándo tienes pensado que regresemos.

—Supongo que podemos volver a la rutina en unos diez días. Además, tendremos que pasar por una de las taquillas a coger dinero. Al ritmo que vamos, nos puliremos toda la pasta que trajimos.

Por supuesto, no llevábamos de un lado para otro todo el botín que reuníamos de los diferentes atracos. Baxter tenía un sistema un tanto peculiar. Lo repartía en diferentes taquillas de estaciones de tren y en cajas de seguridad de bancos grandes, donde nadie reparaba en los clientes. También tenía una cuenta bancaria en alguna parte del Caribe, pero yo no había podido abrir ninguna porque hasta hacía un par de días no disponía de documentación falsa que pasara por real. En mi nuevo pasaporte, mi nombre era Clare Marie Cooper, en lugar de Clare Grace Hasting.

Un nuevo paso adelante en la vida que había elegido vivir.

CAPÍTULO 34

Baxter

Agradecí que Clare detuviera aquella estúpida locura. No me sentía capaz de flirtear con ella como lo había hecho en ocasiones anteriores con otras chicas. Justo cuando empecé a caminar hacia su posición, me di cuenta de que... me gustaba. Pero no de una forma simple de atracción carnal, sino que existía algo más, y no era otra cosa que aprecio. Me importaba. Se había convertido en la única persona con la que me sentía yo, el real, el de verdad. Me había hecho resurgir de entre las capas y capas bajo las que me había escondido año tras año. Y eso mismo quise decirle cuando argumentó que la cosa no funcionaba porque «nos conocíamos y no nos sentíamos atraídos». Quise confesar, pero me detuve en el último segundo. Trabajábamos juntos, compartíamos vivienda y nuestro «oficio» no era, precisamente, idóneo para mantener un apego demasiado significativo. En cualquier momento, todo podría irse a la mierda, por mucho tiempo que yo llevara en el asunto y conociera los trucos para salir airosos de situaciones complicadas.

No. No era buena idea.

A medida que transcurrían los minutos, el espacio en el que nos encontrábamos empezó a llenarse de gente que se disponía a disfrutar del concierto. Evento que comenzó con puntualidad.

El cuarteto local tocaba música *rock* y, aparte de sus propios temas, también dedicaron parte de la noche a interpretar canciones de los grandes grupos de moda en el país.

Clare no dejaba de bailar, de saltar, de gritar... a mi lado. O yo estaba al suyo, porque, si por mí fuera, seguiría en la barra, como siempre que salía a cualquier garito en el que sonaba música. Pero ella no permitió que me aislara, o quizá era que no quería quedarse sola en mitad de una multitud desconocida, aunque igual de animada que ella.

La cuestión era que cada vez que ella saltaba sobre mí, en un intento de que moviera los pies, aunque fuese un poco, su aroma a risas y playa se me metía por la nariz hasta llegar a un punto clave del cerebro. Y los pensamientos que me rondaban momentos antes, cada vez, eran más difíciles de apartar. Quería tocarla, abrazarla, saltar con ella... besarla. Era casi imposible de resistir, así que me tragué todas esas sensaciones y sonreí. Me reí con ella, con su forma de disfrutar de cualquier pequeño detalle. Porque, a pesar de lo poco que me había contado de su pasado, estaba seguro de que había sido mucho peor de lo que quiso hacerme ver. ¿Por qué, si no, se había subido a mi coche sin pensárselo dos veces? Si prefería llevar una vida como la mía, significaba que la suya era de todo menos feliz.

Y no conocía a nadie que mereciera vivir en la máxima plenitud como ella.

—¿En qué piensas? —preguntó a gritos, para que la oyera por encima de la música y el barullo de la gente.

—¿Yo? En nada, ¿por qué?

—No dejas de mirarme y sonreír como un bobo —se rio.
—Oh, es que me divierte ver que sigues siendo la cría que recogí —me mofé.
—Eso ha sonado a que me adoptaste como a un perro. —Me dio un golpe en el estómago.
—Adoptar perros es bonito. —Se me escapó la risa.
—Claro, cuando tú eres quien ha hecho la buena obra, ¿no? —bromeó.
—Tú eres la buena obra en ti misma, Clare —se me escapó. Mis propios pensamientos me traicionaron.

Su rictus pasó de la burla a una sonrisa tímida. Sus ojos adquirieron un brillo que jamás había visto hasta ese preciso instante.

—Eso es... lo más bonito que me han dicho nunca.

Tragué saliva. No quería que descubriera lo que, de verdad, me pasaba por la mente, así que me obligué a formar una sonrisa ladeada.

—¿En serio? ¿«Perro abandonado» es lo mejor que te han llamado? —ironicé.

Entrecerró los ojos y arrugó los labios.

—Eres idiota. —Y volvió a golpearme en el pecho.

—Lo sé. —Le guiñé un ojo.

Negó con la cabeza y se giró en dirección al escenario para seguir saltando. Me había salvado por los pelos.

Sin embargo, el asunto no acabó ahí, porque, pocos minutos después, el vocalista del grupo anunció que iban a interpretar una balada y que querían ver a todos los asistentes bailar abrazados, ya fuera en pareja o en grupo.

—Ya no tienes excusa. Esto se baila sin apenas moverse —dijo Clare al tiempo que alzaba los brazos hacia mí, para que me acoplara en el hueco de su cuerpo, cuando las primeras notas de *Wonderful Life*, de Black, empezaron a sonar.

Mierda.

—¿Estás segura? Es posible que te pise —advertí.

—No muevas los pies del sitio, patoso. —Se acercó y posó sus manos sobre mis hombros.

No tuve más remedio que agarrarme a su cintura, aunque agradecí que mantuviera una distancia prudencial y solo nuestra ropa se rozara.

—Oh, mira —señaló hacia la multitud—, siempre me ha gustado que la gente encienda los mecheros en las baladas. Es... romántico.

—¿Has estado en algún concierto? —pregunté.

—No —volvió su mirada a la mía—, los he visto por la televisión.

—Cómo no —reí—. Me alegra compartir contigo el primero de ambos —añadí.

Sonrió con gratitud.

—Yo también.

*The sun's in your eyes^{[11](#)},
the heat is in your hair.
They seem to hate you,
because you're there.*

No pude dejar de admirarla. Era de noche, pero ella brillaba más que todas aquellas llamas de mecheros encendidas.

—El sol te sienta bien —confesé.

—Estoy llena de pecas —bufó.
—Te dan personalidad.
—Venga ya, Bax. Parece que tenga el sarampión —se quejó con una carcajada hueca.
—Lo digo en serio, estás preciosa —declaré.
Y no, no me arrepentí. De repente, necesitaba decírselo. Necesitaba que ella lo supiera.

*And I need a friend.
Oh, I need a friend,
to make me happy.
Not stand here on my own.*

—Eres un buen amigo.
—Soy más que un buen amigo. —Sonreí de lado, para aligerar un poco el ambiente, que de pronto parecía haberse vuelto un tanto espeso—. Soy un buen ladrón, un buen instructor, un buen socio...
—Ya, ya... Eres bueno en todo. —Hizo un ademán con la mano para dar énfasis a su respuesta a mi ego fingido.
—Exacto.
—Y un buen arrogante.
Reí entre dientes.
Cuando acabó la canción, volvió a sonar un ritmo roquero por los altavoces. Clare despegó sus dedos de mi nuca y paseó las manos por mis hombros hasta llegar a los antebrazos. Parecía, al igual que yo, no querer apartarse.
—Gracias —gritó de nuevo por encima de la música estridente.
—¿Por qué?
—Por bailar conmigo.
—Ha sido un placer —bajé la mirada al suelo y levanté un pie—, a pesar de ser un patoso.
—No estaba seguro de no desviar los ojos hacia su boca si seguía con la vista puesta en su rostro.
Solté su cintura con reticencia y di un paso hacia atrás, con la intención de darle el espacio que necesitaba para seguir bailando.
Y, sobre todo, para alejar mis pensamientos y mi cuerpo de ella.

Clare

No sabría decir qué me produjo más desconcierto, si la conducta cariñosa de Baxter o mi imperiosa necesidad de abrazarlo. Quizá ambas cosas, porque la primera llevaba a la segunda. Siempre me había parecido muy seguro de sí mismo, en cambio, en ese instante, se mostró vulnerable. Como si necesitara... Como si *me* necesitara de verdad.
Y, para qué engañarme, yo también sentía algo más que simple gratitud hacia él. Era posible que fuese porque llevábamos cerca de tres meses las veinticuatro horas del día juntos, aunque mi cuerpo intuía que no era solo por eso.

Intenté, tras nuestro baile, seguir con mi actitud desenfadada y disfrutar del concierto, pero no dejaba de dar vueltas a la sensación de querer sentir su piel cálida arroparme.

Por supuesto, lo conseguí —bailar, digo, no apretujarme en su pecho—.

Llevaba años lidiando con pensamientos contradictorios. Había tenido que superar la muerte de mi madre a una edad muy temprana, aguantar la tristeza de mi padre y, después, su total desconexión del mundo real; aquello no eran más que cosquillas, comparado con el tormento del que había logrado salir por mi propio pie, sin volverme loca por el camino.

Fue entonces cuando decidí que no dejaría que nada ni nadie interfiriera en mi estado de ánimo. Por eso, a veces, me comportaba como una niña. Esa niña que tuve que dejar de ser demasiado pronto.

El concierto terminó con una gran ovación por parte del público; el grupo había estado genial y la gente lo agradeció de forma sonora y efusiva, tal y como se merecían.

—Ha estado bien, ¿no? —pregunté a Baxter, de camino al apartamento.

—La verdad es que sí —contestó con una sonrisa ladeada.

—Pareces sorprendido —opiné.

—Bueno, en los últimos tiempos, no he tenido ocasión de relajarme mucho. —Se encogió de hombros.

—Ha sido buena idea venir de vacaciones, entonces.

—Sí.

No parecía tener muchas ganas de hablar, así que permanecí en silencio el resto del trayecto. Entramos en el piso sin mucha ceremonia. Eran casi las dos de la madrugada, y yo tenía hambre, aunque no lo dije en voz alta. Cuando nos metiéramos en nuestras habitaciones, saldría a la cocina a picar algo. Al ser tan tarde, me levantaría casi al mediodía y me saltaría el desayuno. Algo que no estaba dispuesta a que ocurriera.

Entramos en el corto pasillo que distribuía los cuartos y el baño. Baxter se quedó junto a su puerta, que estaba nada más acceder a ese espacio, a la izquierda. Yo pasé por su lado hacia el mío, a la derecha.

—Lo he pasado muy bien —lo oí decir a mi espalda.

Me giré para encararlo. Sonreía de ese modo tranquilo que ya conocía, como si no creyera sus propias palabras.

—Me alegro. Yo también me he divertido —contesté.

Sus ojos no dejaban de observarme. Se movían de forma lenta al recorrer mi figura. Sentí que me estremecía, como si fueran sus dedos los que me acariciaban la piel.

—Buenas noches. —Ladeó el cuerpo para entrar en su habitación.

—Espera —le pedí.

Volvió el rostro hacia mí.

—Dime.

Me acerqué despacio, con la atención puesta en cualquier cambio en su expresión. Sus iris siguieron el movimiento de mi cuerpo sin perder detalle. Me detuve justo a un palmo de él. Alcé los talones para ponerme de puntillas, apoyé una mano sobre su hombro y dejé un sutil beso en su mejilla. Casi un roce, mientras su aroma a brisa y a sal se colaba por cada neurona que aún me funcionaba.

—Gracias —susurré cuando separé mis labios de su piel.

Aparté mi mano y volví a dejar caer mis talones. Tuve el tiempo suficiente para verlo abrir los párpados. Sus ojos se clavaron en los míos. Brillaban. Aunque no era gratitud lo que vi en

ellos. Di un paso atrás para volver a mi cuarto, quizá me había pasado de la raya, pero sus dedos se enroscaron alrededor de mi muñeca con suavidad, al tiempo que se inclinaba sobre mi rostro. Me temblaron las entrañas.

—¿Puedo darte las gracias yo también? —murmuró.

El calor de su aliento me abrasó los labios y el fuego de su mirada calcinó cualquier resquicio de sensatez. No pude más que asentir despacio, en un único movimiento.

Se acercó sin dejar de mirarme. Cuando su boca estuvo a escasos milímetros de la mía, cerré los ojos. Sentía tal cosquilleo recorrerme la piel que se me escapó un minúsculo jadeo entre los labios. Fue justo en ese instante cuando Bax acarició mi arco de Cupido con la punta de su lengua.

Un nuevo suspiro.

Un nuevo roce, esta vez con los labios.

Otro gemido.

Estaba a punto de desmayarme. O de levitar, no estaba segura del todo.

—Deliciosos —musitó sin separar su piel suave de la mía.

—Dios... —jadeé.

—¿Quieres que siga agradeciéndote lo bien que me lo he pasado esta noche?

—Sí, joder... —El corazón me trotaba a un ritmo fenético y me faltaba el aire.

Aire que Baxter se tragó cuando se lanzó de pleno a por mi boca. Sentí una de sus manos en mi nuca y la otra, en el mentón. Abrí los labios, entró sin piedad. Su lengua encontró la mía a medio camino.

Me agarré a su cintura por miedo a caerme de culo. Estaba extasiada. Sentía cada molécula de mi cuerpo chocar unas con otras, explosionar. Encenderse. Una detrás de otra, como en un efecto dominó.

Apretó su cuerpo contra el mío. Aferré su espalda con mis palmas. Empujó la puerta de su habitación con un puntapié. Ya no había marcha atrás. Las dudas, las consecuencias y los remordimientos tendrían que esperar.

CAPÍTULO 35

Baxter

No descubrí lo que era de verdad desear a alguien hasta que besé a Clare. Me picaban las yemas de los dedos, mi boca iba por libre y los temblores que me recorrían las venas parecían no tener fin. En cuanto me acerqué y no se apartó, no pude controlarme.

Jamás me había sacudido un anhelo tan desmedido.

Había estado con varias chicas, quizá hasta demasiadas, durante los últimos años, pero íbamos por faena. No existía intención de otra cosa que no fuese saciar la necesidad de desahogarme. En cambio, en cuanto toqué a Clare, supe que no tendría suficiente con eso.

Me faltaban manos.

Me faltaban labios.

Me sobraban ganas.

La arrastré al interior de mi habitación. Nos arrancamos las camisetas casi sin separar nuestras bocas. Fue ella, entonces, quien nos dirigió hacia la cama y se dejó caer sobre el colchón.

—Joder... —Fue lo único que pude decir cuando la vi apoyada sobre los codos, expuesta. Expectante. Para mí.

Sonrió de lado.

—Ahora sí eres tú —susurró—, no el de la playa cuando intentabas ligarme.

Se me escapó una carcajada. Hasta en los momentos más intensos, me hacía reír. Hinqué una rodilla entre sus piernas y las manos a cada lado de sus caderas, antes de reptar por encima de su cuerpo.

—Tienes razón. Y, *ahora*, este yo te va a chupar hasta el alma —prometí mientras metía mi boca en el hueco de su cuello.

Clare arqueó la espalda y me apretó la cintura con sus muslos. Intenté evitar pensar en el instante en que me colara dentro de su cuerpo, porque, si me centraba en ello, explotaría antes incluso de llegar a ese punto.

También aparté la sensación de incertidumbre que sabía me invadiría cuando el oleaje del deseo nos escupiera a ambos en la orilla, satisfechos pero desorientados.

No me costó mucho centrarme en lo que tenía entre las manos. Clare. No dejé ni una sola porción de su piel sin besar o lamer; me sentía más hambriento que nunca, como si no hubiera probado bocado en años.

—Dios... Joder... Sí... —Los gruñidos de Clare volaron por el aire sin contención.

Y yo respiraba con dificultad el aroma de su piel tibia mientras el hormigueo que me recorría por todas partes se convertía en pisadas de elefante imposibles de ignorar.

Necesitaba estar dentro de ella.

La necesitaba más que a nada en ese instante.

Me deslicé por su abdomen hasta situarme entre sus piernas. Quizá era un tanto egoísta por mi parte, pero anhelaba que estuviera preparada lo antes posible, así que lamí su sexo e introduje un dedo para acompañar el movimiento de mi lengua.

—Estás empapada... —susurré sobre su clítoris mientras la observaba desde mi posición.

Clare desvió la mirada del techo hacia mí.

—Llevo así desde hace días —sonrió.

Dejé un beso sobre su monte de Venus y volví a ascender hacia su boca.

—¿Días? —Alcé las cejas mientras acariciaba su rostro con mis labios.

—Te dije que llevaba tiempo sin... ya sabes; por eso te pregunté cómo hacías para ligar, ¿recuerdas? —Rio entre dientes.

Esa noche también descubrí que me encanta mantener conversaciones mientras follo. Nunca había emitido una sola palabra en esa situación con anterioridad.

Levanté la cabeza y la miré a los ojos.

—Al parecer, el ligón ha sido ligado —bromeé.

Soltó una carcajada.

—Eso parece... Y, si no te importa, ¿podemos seguir? Me estaba encantando todo lo que me hacías. —Me guiñó un ojo.

—Voy a hacerte todo lo que quieras, Clare. TODO.

Clare

La mirada de Baxter mientras pronunciaba esas palabras prometía una noche intensa. Mucho más de lo que hubiera podido imaginarme. Había pensado en besarlo, abrazarlo; incluso, meterme en su cama, pero la realidad, como se suele decir, superó a la ficción de mi cabeza con creces.

El deseo de sexo que sentía desde hacía semanas se convirtió en anhelo por él. Fue como dar a mi cuerpo exactamente lo que pedía. Y no era solo satisfacerlo por el mero hecho de hacerlo. En cuanto Baxter me puso una mano encima, supe que quería que me tocara solo él.

Verlo recorrer mi piel como si fuese la única gota de agua que había encontrado en un desierto casi me hizo explotar. Intenté comportarme como siempre, bromear, reír, con la intención de que aquello no pareciese algo demasiado serio, pero conseguí el efecto contrario. Me sentía tan segura, tan a gusto, que cada una de sus caricias se me clavó muy adentro. Más allá de piel, músculos y huesos.

Y temí no ser capaz de sacarlas de ahí.

—Dame un segundo —dijo entre jadeos.

Abrí los ojos y lo vi alejarse a toda prisa hacia una de sus mochilas. Me centré en la maravillosa vista de su espalda, sus nalgas y sus piernas redondeadas que la tenue luz de la mesita dejó a mi disposición. Tardó unos segundos en girarse y elevar una mano, en la que sujetaba algo que no pude distinguir.

—¿Qué es eso?

—Preservativos. Los vamos a necesitar, ¿no? —Sonrió ladino.

—Oh —elevé las cejas, ni lo había pensado, tenía la mente colapsada—, claro. Por supuesto.

Se acercó despacio, como un león hacia su presa. Si era sincera conmigo misma, esa era la mirada exacta con la que lo había imaginado cuando se ofreció a mostrarme cómo ligar; brillante, abrasadora, oscura. Tragué saliva.

—No te haces una idea de las ganas que tengo de meterme entre tus piernas —gruñó cuando sus labios estuvieron a la altura de los míos.

Apreté los muslos contra sus caderas en un acto reflejo.

—Creo que hablas demasiado —acerté a balbucear.

—Tenerte bajo mi cuerpo es demasiado placentero para no decírtelo.

Apoyado sobre las rodillas, inclinado sobre mí, movía las manos con premura entre ambos para colocarse el preservativo, sin dejar de mirarme. Luego se estiró, con las palmas a los lados de mi cabeza. Noté su erección acariciar mi sexo en busca del lugar adecuado...

—¿Lista? —preguntó en un susurro.

Asentí.

Apretó la mandíbula y, sin apartar sus ojos, empujó entre mis piernas, despacio. En cuanto sentí su calor colarse en mi interior, se me abrieron los labios y se me cerraron los párpados. Jadeé.

Dios. Era una tortura lenta y deliciosa.

Gruñó al llenarnos por completo el uno del otro.

Gemí.

Jadeó.

Me agarré a su espalda.

Me besó con la respiración entrecortada.

Los temblores y espasmos aumentaron hasta no poder contenerlos por más tiempo.

Exploté.

Me mordió el hombro.

Rugió junto a mi cuello.

Se dejó caer sobre mi pecho.

Lo abracé.

Estaba jodida.

CAPÍTULO 36

Carter

Lewisburg, Condado de Marshall, Tennessee

Llevábamos una semana trabajando sin descanso. Desde que mi jefe había dado luz verde para investigar los atracos desde la comisaría, no había parado de recopilar datos, informes e imágenes, en un intento de averiguar algún tipo de patrón que me ayudara a anticiparme al siguiente robo. Pero no descubrí nada. No había nada que indicara que el maldito ladrón siguiera un orden específico. Lo único que me quedó claro fue que era organizado y metódico, así que no me quedó más remedio que investigar cada banco en el que había robado, por separado. Al menos, en los diez últimos, o los más cercanos a nuestra comisaría.

Sabíamos que elegía oficinas pequeñas, sin apenas vigilancia y con poco personal. Eso era lo único que tenían en común.

—Oye, Morris, ¿no crees que es un poco exagerado tener que ir a ver los vídeos de vigilancia de todas las sucursales? —preguntó Jason, hastiado.

—Ya nos enviaron las fotografías del atracador. —Matt señaló el panel en el que colgaban todos los datos relevantes.

—Hay que mirar las cintas de los días previos al atraco. Tenemos que averiguar si entra al banco a echar un vistazo. No puede ser que irrumpa sin haber estudiado el entorno con anterioridad —contesté por enésima vez.

—Pero va disfrazado, ¿cómo quieres que lo identifiquemos en otros vídeos? —volvió a quejarse el primero.

Entendía su frustración, pero no estaba dispuesto a rendirme. Los dos agentes que el jefe me había asignado eran jóvenes, recién incorporados al Cuerpo, así que, aparte de lidiar con la investigación, debía hacerlo con su falta de experiencia, aunque eso no me detendría. Era consciente de que el *sheriff* no iba a poner a mi disposición a los mejores policías, pero ya empezaba a cansarme de tanta queja.

—Vosotros id allí y sacad las imágenes de todos los tipos que aparezcan en los vídeos. Después ya descartaremos —respondí con más contundencia esa vez, a ver si así se tomaban en serio las órdenes.

—Vale, vale... —Matt levantó las manos en son de paz.

Calculé que nos llevaría una semana más recorrer las comisarías, mirar los vídeos e imprimir las imágenes en las que, estaba seguro, aparecía el atracador, en una clara actitud de observar y estudiar la sucursal bancaria, así que nos pusimos en marcha enseguida. No quería perder más tiempo, el tipo nos llevaba años de ventaja y no estaba dispuesto a darle la oportunidad de seguir

ampliando esa diferencia.

—Y después de estudiar todos esos datos, ¿qué pretendes que hagamos? —preguntó Jason, una vez que salimos de la comisaría en dirección a nuestros coches para empezar con nuestro trabajo.

—Llamar a las oficinas bancarias para prevenirlos, enviarles las fotos con mejor resolución y pedirles que nos avisen si ven entrar a alguien que se le parezca —contesté.

—¿A todas las sucursales del país? ¿Te has vuelto loco? —cuestionó Matt—. Eso nos llevará meses.

—Pues habrá que hacerlo en unos días, así que en marcha.

Los oí bufar a mi espalda, pero no les di opción a seguir con el debate. Y ya me había mordido la lengua en demasiadas ocasiones porque los necesitaba para avanzar; si me chivaba a Joe, me diría que me las apañara. Aquel no era un caso «oficial», así que no tenía más remedio que aguantarme con los recursos que el jefe, después de insistir mucho, me había asignado. No me arriesgaría a perderlos.

Los directores de los bancos a los que fui no pusieron impedimento alguno en mostrarme las cintas de seguridad. Y, por suerte, las oficinas eran tan pequeñas que apenas aparecían personas entrando y saliendo para realizar sus gestiones financieras. Además, los empleados conocían a todo aquel que fuese del pueblo o alrededores. Fue fácil localizar al «extranjero».

Ahí estaba. En todas y cada una de las cintas. Con diferentes disfraces, sí, pero con los mismos gestos y porte. Y yo seguía pensando que me sonaba de algo.

—¿Por qué crees que lo conoces? —preguntó Juls mientras la ayudaba a cocinar la cena esa noche.

Desde que podía dedicar mis horas laborales al caso, no me encerraba en el sótano.

—No lo sé. Es un pálpito, una corazonada —respondí, aunque ni yo mismo creía en ese tipo de cosas.

—Quizá solo te recuerde a algún maleante que habéis atrapado con anterioridad —expuso ella.

—Es posible. —Me encogí de hombros.

La verdad era que no estaba seguro de nada, pero el instinto no solía fallarme, así que ese presentimiento se había convertido en el principal motivo para seguir con el asunto, aunque jamás lo admitiría delante de ella ni del *sheriff*. No quería que me tomaran por loco.

—Por cierto, el sábado, Connor y Margot celebrarán su primer año de casados con una barbacoa. Nos han invitado —cambió de tema Juls. Hecho que agradecí.

—Perfecto. Pues ya tenemos plan. Cerveza y carne a la parrilla.

Seguimos hablando de temas más mundanos, como que Juls prepararía una tarta de manzana para la fiesta y decidir el regalo idóneo para el aniversario de nuestros amigos.

No pude evitar pensar en Drew. En que lo más probable era que también estuviese en la barbacoa, quizá hasta casado con Helen, su novia del instituto. Nos pondríamos tibios a cerveza y carne, y el domingo por la mañana, con toda seguridad, saldríamos a jugar un partido de baloncesto para bajar la ingesta de calorías.

Todo ello hubiese sido posible si Drew, mi mejor amigo desde que nací, siguiera vivo. Pero eso no iba a ser posible, ni el sábado ni nunca.

CAPÍTULO 37

Baxter

Me removí entre las sábanas cuando sentí el calor del sol fustigarme la cara. Notaba tal claridad a través de los párpados que no los abrí por temor a quedarme ciego. Estaba seguro de que era demasiado tarde para desayunar y muy temprano para comer.

En cambio, un sinfín de imágenes de la noche anterior me golpeó la mente y me obligó a girarme en la cama. No había ni rastro de Clare y el colchón estaba frío. ¿Lo habría soñado? No. Los recuerdos eran demasiado vívidos para haber sido producto de mi subconsciente.

Me incorporé sobre los codos y agucé el oído. Escuché algunos sonidos que claramente venían de la cocina, con tono amortiguado, a través de la puerta entornada. Clare estaba preparando algo para alimentarse. Cómo no.

Volví a dejarme caer sobre la almohada, cerré los ojos y evoqué a propósito los fotogramas de lo que había ocurrido unas horas antes.

—Dame cinco minutos para recuperar el aliento y... me iré a mi cama —pidió Clare, con la respiración entrecortada, tras la explosión del orgasmo.

Fue raro que dijera algo así, aunque no me extrañó, puesto que yo mismo, en alguna ocasión, había dado a entender que no dormía con las chicas con las que me acostaba.

—No es necesario que te vayas. Puedes quedarte aquí —contesté, de repente, molesto por su propuesta.

No quería que se marchara, por extraño que me pareciese en un principio, pero era verdad. Deseaba sentir el calor de su piel durante más tiempo.

—¿En serio? Creía que te importunaba compartir cama.

—¿Qué te hace pensar eso? —cuestioné.

—Bueno, siempre has pedido habitaciones separadas cuando hemos ido a algún hotel. Y, cuando no había, parecías incómodo.

Reí entre dientes.

—Lo hacía por ti. Pensé que eras tú quien necesitaba su espacio, para ver la televisión hasta altas horas de la madrugada. Además de que, al principio, apenas nos conocíamos.

—En eso tienes razón. Entonces, ¿no te molesta? —Me miró con una sonrisa tímida.

—No —contesté con rotundidad—. No me molesta dormir contigo.

—Vale. Pues voy un momento al baño y vuelvo.

Asentí.

Para no dar más vueltas al asunto, me levanté, me limpié y me puse un pantalón corto para dormir. Clare no tardó en regresar. Totalmente desnuda. Se estiró de lado, de espaldas a mí, y encogió un poco las piernas. Me mantuve a una distancia prudencial, no quería agobiarla.

—¿En serio vamos a dormir cada uno en una punta de la cama? —preguntó al tiempo que se giraba en mi dirección.

—Eh... tú...

No me dejó contestar, se movió hasta pegar su espalda a mi costado, me cogió el brazo y lo

colocó alrededor de su cintura.

—Creo que nos hemos tocado lo suficiente como para que ahora te dé vergüenza abrazarme —se burló.

Acerqué mi cuerpo al suyo. Igual que hacía unos minutos, encajábamos a la perfección. Supe que no debía forzar nada porque, al fin, sentía que algo en mi vida era sencillo, natural y real. Ella era real.

—Buenas noches, Clare —susurré sobre su pelo.

—Buenas noches, Bax.

Un escalofrío me recorrió las piernas hasta llegar al estómago. ¿Cómo se suponía que íbamos a actuar a partir de entonces? ¿Qué demonios debía decir cuando la tuviera enfrente al salir de mi habitación?

Clare

Como siempre, me desperté antes que Baxter. Me había mantenido en la misma posición en la que me dormí casi toda la noche. En cambio, él estaba boca abajo, con un brazo encima de la almohada y el otro, colgando de la cama. Parecía agotado. Y mucho más joven de lo que aparentaba cuando estaba despierto.

Los músculos de su espalda estaban relajados y... tenía algunas marcas rojas en forma de dedos.

—Dios —susurré al tiempo que me tapaba la boca con la mano para no soltar una carcajada.

Me levanté sin hacer ruido, un tanto avergonzada. Esperaba que no se diera cuenta y se burlara de mí como solía hacer. Pasé por el baño y por mi habitación, para ponerme algo de ropa, y salí al salón. Estaba muerta de hambre. Mi plan de picar algo antes de acostarme se fue al traste cuando Bax me besó en medio del pasillo. Un calor sofocante me subió hasta las mejillas al recordar la sensación que me produjo ese primer contacto. A partir de ahí, el tiempo y el espacio se fueron de vacaciones a Alaska.

Traté de no revivir esa película una y otra vez en mi cabeza; no sabía cómo iba a enfrentarme a la «nueva» situación entre los dos.

—Como siempre, Clare. No tienes nada de lo que avergonzarte —susurré para mí misma mientras preparaba café—. Sin darle ni quitarle importancia. Sucedió y punto.

Cuando me giré hacia el salón, con la taza entre las manos, Baxter apareció por la puerta que daba al pasillo de las habitaciones. No lo había oído.

—Buenos días —saludó, con una mano en la nuca.

—Buenos días. ¿Café? —Alcé la taza y no pude evitar mirar su pecho desnudo y el bíceps en tensión a causa de su gesto.

—Claro. —Sonrió y se acercó hasta quedar frente a mí, a un metro de distancia—. ¿Te has despertado pronto?

—Hace apenas media hora. Nos acostamos tarde. —Me encogí de hombros y sonreí.

—Sí, cierto... —Parecía, de nuevo, incómodo.

—Voy a bajar a comprar un par de cosas, ¿necesitas algo? —pregunté como si su mirada inquieta no me perforara el pecho.

Me giré hacia el armario, para abrirlo y coger una taza, en un intento de no pensar que, con toda probabilidad, estaría arrepentido de lo que había ocurrido la noche anterior.

—No lo sé, tendría que comprobarlo —respondió.

—Vale. —Volví a mirarlo—. Toma, sítete —sonreí.

—Clare... —pronunció mi nombre con seriedad mientras tomaba de mis manos lo que le ofrecía.

—¿Sí? —contesté con fingida seguridad.

—Anoche lo pasé genial. —La comisura de sus labios se elevó en un gesto divertido.

—Oh, yo también —dije, con una sonrisa parecida a la suya.

—En serio. Fue una noche increíble. Toda —recalcó la última palabra.

—Me alegro. Cuando quieras, repetimos —se me escapó. Y le guiñe el ojo para que no pareciera que lo decía demasiado en serio.

Dejó su taza intacta sobre la encimera y me arrancó la mía de las manos para hacer lo mismo.

—Ahora —dijo, con las pupilas, de repente, encendidas.

—¿Ahora? —Alcé las cejas.

—Sí, ahora.

Y me agarró de las mejillas.

Me miró unos segundos a los ojos.

Me besó como si llevara años sin hacerlo.

CAPÍTULO 38

Baxter

Desde luego, volver a besar a Clare no había sido mi intención cuando me levanté de la cama. Estaba confuso, aturdido por las nuevas sensaciones que me recorrían la piel. Pero fue verla, despeinada, con una camiseta vieja y unos pantalones cortos de pijama, y no pude contenerme. Seguía teniendo hambre de ella.

El resuello de nuestras respiraciones se extendió esta vez por el salón y la cocina. Follamos con ella sentada sobre la encimera, junto a las tazas que habíamos dejado abandonadas.

Sentía que no tenía suficiente. Pero me obligué a parar, antes de echármela al hombro y llevarla a la ducha. Teníamos que aclarar la situación. No quería que hubiese malentendidos ni que aquello se convirtiera en un problema para ninguno de los dos.

Una vez nos repusimos, ella cogió su taza y yo, la mía. Nos miramos por encima del borde, como dos idiotas, mientras bebíamos.

—Me gustaría saber qué piensas con respecto a... —nos señalé— lo que ha pasado.

Cogió el recipiente con ambas manos y me observó un tanto seria. Sus mejillas estaban sonrosadas y sus labios hinchados.

Joder. Hubiera vuelto a besarla sin pensármelo.

Se encogió de hombros y, de nuevo, sonrió.

—Pues... no sé qué decirte. La verdad es que no me lo esperaba, aunque ha estado bien, mejor que bien. —Intentaba mantener el tono distendido de siempre, pero se notaba que se esforzaba por parecer normal—. Y tú, ¿te arrepientes? —Sonó insegura.

Así que era eso.

—¿Te parece que estoy arrepentido? —Volvió a encogerse de hombros—. Si lo estuviera, no habríamos... repetido —señalé la encimera—, ¿no crees?

—No lo sé, Baxter. —Era la primera vez que la veía tan tímida, incómoda.

—Vale. —Solté la taza y me acerqué para posar mis manos en su cintura—. Me ha encantado, ¿de acuerdo? Pero... —inspiré hondo— no quiero que esto suponga un impedimento para seguir con nuestro trabajo, juntos. Yo... nunca me he acostado con alguien que conozca de más de una noche y, menos aún, con alguien con quien tengo una relación de trabajo o de... amistad —confesé.

Todo era nuevo para mí. Jamás había vuelto a relacionarme de forma estrecha con nadie desde que me marché de casa.

—Lo entiendo. Tenemos varias opciones —expuso en un tono más distendido, como tratando de no mostrarse demasiado seria.

—Como cuáles.

Abandonó su taza junto a la mía y elevó las manos entre ambos.

—Uno —levantó el dedo índice—, dejarlo aquí y ahora, y no volver a acostarnos. Dos —el dedo corazón—, acostarnos si nos apetece, pero sin ningún tipo de compromiso, durante el tiempo que estemos de vacaciones. Tres... —dedo anular—, bueno, no sé si hay más opciones.

—Supongo que contemplar que sigamos con esto al volver es un error —cuestioné.

—Eh... Eso sería mezclar trabajo con placer, y creo que has dicho que no es buena idea. —Obvio—. ¿Qué opinas tú?

—Si te soy sincero, la primera opción no me gusta nada. —Al mencionarlo ella, había sonado un no rotundo en mi cabeza—. Prefiero la opción dos. —Sonreí de lado.

Yo, que era absolutamente reticente a mantener una relación de apego de cualquier tipo, acababa de decirle que prefería seguir intimando.

Genial. Se me había ido la olla por completo.

Pero es que Clare ya había roto casi todas mis reglas desde que se coló en mi coche a punta de pistola.

Clare

—Bien. Entonces, ¿estamos de acuerdo en que esto será un rollo de verano? —me atreví a preguntar; necesitaba una confirmación por su parte para acabar de entender lo que acababa de ocurrir.

—Podríamos llamarlo así, sí.

—Pero con la libertad de rescindir el «contrato» en cualquier momento por cualquiera de los dos —añadí.

—Me parece correcto. —Sus ojos volvían a brillar mientras se acercaba aún más a mi rostro, a mis labios.

Puse una mano sobre su pecho para detener su avance y le ofrecí la otra.

—¿Trato?

Desvió sus ojos hacia mis dedos extendidos y elevó una ceja.

—¿En serio, Clare?

—Somos medio socios, tenemos que hacer las cosas bien. —Sonreí burlona. No comprendía de dónde salían todas aquellas ideas, sería producto de los nervios. De no querer cagarla.

—De acuerdo. Trato —atajó mientras estrechaba mi mano.

—Genial. Pues ya está todo claro —añadí.

—Bien.

No lo vi venir. Baxter soltó mi mano, me rodeó con los brazos por debajo de las nalgas y me levantó del suelo en un segundo para cargarme sobre su hombro.

—¿Qué haces? ¿Estás loco? —me quejé con la risa ya en la garganta.

—Nos hace falta una buena ducha —dijo mientras caminaba en dirección al baño, conmigo colgada boca abajo.

—Pues será mejor que te quites este pantalón —respondí, ya con mis manos en la cinturilla elástica, dispuesta a bajárselos.

Si él podía hacer lo que le diera la gana, yo también.

—No me opondré a que me desnudes —se burló.

Se me escapó la carcajada que había retenido en el pecho.

De nuevo, cualquier resquicio de duda tendría que esperar. Esa vez, hasta el final de las vacaciones.

CAPÍTULO 39

Baxter

Para ser franco, los días posteriores fueron los mejores de mi vida. Clare siguió con la misma actitud de siempre, divertida, atrevida y jovial; y no solo fuera de la cama. Me hacía reír, me provocaba hasta niveles que jamás había experimentado. Las sensaciones a su lado eran tan intensas que temí... no ser capaz de deshacerme de ellas cuando volviéramos a la rutina. Pero no había opción; aquello solo duraría unos días más.

Playa, paseos, copas, conciertos, besos en cualquier esquina y mucho... sexo. Eso fue de lo que disfrutamos a partir de que hiciéramos el «trato». Nunca me había sentido tan relajado, desconectado y... feliz. Iba a echar de menos ese paréntesis.

—Estaba pensando —dijo Clare, tras el silencio que mantuvimos al acomodarnos a la mesa de un restaurante para cenar, la última noche— que, quizá, podríamos tomarnos un descanso de vez en cuando, ¿no crees?

—¿Ya estás pensando en las próximas vacaciones? —bromeé.

Al parecer, ella sentía también el extraño desasosiego de regresar.

—Bueno, tenemos la suerte de no necesitar cumplir un horario estricto. —Encogió un hombro al tiempo que sonreía avergonzada.

—Sabes que el dinero se acaba si gastas y no lo repones, ¿cierto? —me burlé.

—Ay, Bax, por favor, ¿quieres dejar de mofarte de una vez y hablar en serio? —se quejó con un bufido.

—Hablo en serio. Esto es un negocio como otro cualquiera. Hay que pagar las facturas de hotel, del alquiler de coches, de restaurantes...

—Eso ya lo sé. —Arrugó la nariz—. Lo que quiero decir es que ahora somos dos, por lo que hemos acortado el tiempo entre un atraco y otro —bajó la voz—, y podemos tomarnos un descanso más a menudo.

—También somos dos para repartir. —Alcé una ceja.

—Uf, hoy estás un poco obtuso, ¿no?

—Es posible. Cuando regresemos y veamos cómo vamos de tiempo y dinero, decidiremos qué hacer con nuestro tiempo libre.

—Vaaale —se rindió.

Entendía lo que quería decir, yo llevaba muchos años en el «negocio» y sabía que no era fácil llevar un estilo de vida tan estresante. Había que tener mil ojos y estar atento a todo, controlar las variables y no perder las costumbres adquiridas porque costaba volver a ponerse en marcha y mantener la cabeza fría.

Y temía que lo que empezaba a sentir por ella nos pasara factura, así que debía mantenerme

firme.

—¿Qué te apetece? —cambié de tema a propósito, y cogí la carta que el camarero había dejado sobre la mesa.

—Langosta —contestó sin ningún tipo de duda—. Y vino blanco.

—Vaya, hoy estás muy sibarita.

—Hay que celebrar por todo lo alto la última noche de las vacaciones. —Sonrió de oreja a oreja, por fin.

La notaba más melancólica que nunca. Imaginé que se debía a eso. Al fin. Así que durante el resto de la cena intenté bromear como en los días anteriores. Tenía que compensar todas las risas que ella me había provocado desde que la conocía.

Supuse que lo logré, porque en pocos minutos volvió a ser la Clare de siempre. Al terminar, salimos satisfechos y menos taciturnos.

—¿Quieres que vayamos a tomar una copa? —le pregunté.

—No, me apetece ir a casa —respondió con una sonrisa tímida.

«A casa». No utilizaba esa expresión desde que tenía quince años.

—De acuerdo.

Busqué su mano y entrelacé nuestros dedos. Ese gesto se había convertido en mi favorito, aunque me gustaba mucho más cuando era ella quien tanteaba mi piel con sus yemas.

Recorrimos las calles en un nuevo silencio. No conseguía apartar de mi mente lo que ocurriría en cuanto traspasáramos la puerta del apartamento. Esperaba que ella también estuviera sumida en esa reflexión, porque no iba a dejar que durmiera hasta que el sol despuntara en el horizonte que teníamos al otro lado de la terraza.

Clare

Estaba nerviosa. Esos días habían sido... fantásticos y muy cortos. Demasiado cortos. Mi intención era proponerle que nos quedáramos un poco más, pero sabía que Baxter no estaría de acuerdo. Era demasiado responsable. Bueno, al menos, todo lo responsable que se podía ser en un oficio como el suyo. Y yo no sería quien trastocara sus años de experiencia. Solo era una novata y me avergonzaba creer que mis pensamientos eran infantiles. Era adulta y debía pensar con la cabeza. Tenía que cumplir como tal. La vida no eran unas vacaciones en la playa, y yo lo sabía muy bien. Pero había sido tan genial desprenderme de cualquier exigencia hacia mí misma que no pude resistirme a plantear tomarnos unos días de descanso más a menudo. No había obtenido un no rotundo, pero tampoco un sí. Ya imaginaba que contestaría eso.

Volví al lugar en el que nos encontrábamos cuando oí la puerta del apartamento cerrarse a mi espalda. Me giré y vi a Baxter apoyado en la madera. Me miraba con fijación, como si estuviera a la espera de una respuesta por mi parte. Y no pensaba defraudarlo. Ni a mí tampoco.

Avancé despacio hacia su posición. A medida que me acercaba, el brillo de sus ojos se intensificó hasta convertirlos en dos perlas de fuego. Me deseaba y yo a él, quizá incluso más que en los días anteriores. Temblaba más que la primera noche. Como se suele decir, el difícil no es el primer beso, sino el último. Y eso que había sido yo quien le recordó que mezclar trabajo y placer no era buena idea.

Tendría que haber cerrado la boca. En ese mismo instante, supe que trabajar codo con codo con él sin tocarnos sería una tortura. Pero era lo más lógico. La posibilidad de que, en algún momento, la policía nos atrapara o nos obligara a separarnos para no ser descubiertos era evidente, e implicarse emocionalmente demasiado era un riesgo que no podíamos correr.

Sin embargo, tenía la certeza de que ya era tarde para mí. Pero era peligroso admitirlo, así que tendría que encontrar la forma de actuar como Baxter. Con intensidad pero sin otorgarle importancia.

En cuanto estuve a pocos centímetros, Bax me agarró con ambas manos de las mejillas y me besó. Me besó con rudeza, más que las veces anteriores. Supuse que quería dejar claro que eso era follar, nada de mimos ni delicadeza. Sexo puro y duro.

Respondí del mismo modo. Como tenía en mente, no sería yo quien cambiara nuestros roles. Éramos medio socios, compañeros de trabajo, en unas circunstancias un tanto peculiares. Aquello no era más que un paréntesis. Yo no era más que un rollo. A nuestro regreso, volveríamos a ser Baxter y Clare, a secas. Nada más.

CAPÍTULO 40

Baxter

Raleigh, Carolina del Norte. Unos días después

Volver a la rutina no se me hizo tan tedioso como pensé en un principio. Los días de descanso habían estado mejor que bien, pero necesitaba tener la mente ocupada para no pensar en... Clare. Y lo conseguí; aunque las noches eran un tema mucho más complicado. Durante la jornada lograba concentrarme en nuestras tareas, a pesar de compartirlas con ella, porque tenía años de práctica; sabía dominar mis pensamientos y enfocarlos hacia donde debían ir. En cambio, cuando me acostaba en medio de la oscuridad de mi habitación, los puñeteros rodaban por mi cabeza como si hubieran abierto la compuerta de una presa sin pedirme permiso. Tanto me costaba dormir con las imágenes que tenía grabadas en la memoria que tuve que dedicar ese tiempo de duermevela a leer hasta caer rendido sobre la almohada. Fue la única forma de conseguir conciliar el sueño.

Clare parecía haber regresado a sus sesiones nocturnas de películas sin problema aparente, además de estar por completo centrada en sus trabajos de recopilación de datos.

Hacía poco menos de una semana que habíamos llegado a Raleigh, la capital de Carolina del Norte. En esa ocasión, Clare se empeñó en ir en autobús desde Virginia Beach, de ese modo, no tendríamos que preocuparnos por conducir, según ella. Acepté por darle el gusto, no porque me entusiasmara viajar rodeado de personas a las que no conocía. Supuse que lo propuso para que no pasáramos cuatro horas metidos los dos solos en un habitáculo tan pequeño como era un coche, después de la última noche que habíamos pasado en la playa. Quizá era mejor así.

—¿Bax? —la oí llamarme.

Volví de mi fantasía a la realidad.

—¿Qué?

—¿Me estás escuchando? —preguntó con el ceño fruncido.

—Eh... La verdad es que no —confesé.

Bufó y bebió un trago de su vaso de agua.

—¿Estás bien? Llevas todo el día distraído.

—Sí, tranquila. Solo repasaba mentalmente los datos que tenemos. ¿Qué me decías?

Me observó durante unos segundos, alcé una ceja para invitarla a hablar.

—Vale. Quería saber cuándo podré acompañarte en un atraco. Me dijiste que ya era hora de que entrara en acción —sonrió tímida.

Inspiré hondo. Por alguna razón, me arrepentí en ese preciso instante de haberle prometido tal cosa. Por alguna razón, no, sabía el motivo exacto. No quería ponerla en peligro.

—Esta vez no, Clare. Tengo que ponerme al día. A la siguiente, ¿de acuerdo? —me obligué

a proponer, con una sonrisa comprensiva.

Torció los labios a modo de protesta.

—Vale, pero sin más excusas —atajó al fin.

No tuve más remedio que claudicar. Podría habérselo prohibido, al fin y al cabo, yo era el «jefe» y quien había aceptado que me acompañara, pero no quería tenerla de morros hasta el siguiente robo. El enfado provoca que la mente no esté serena y centrada, y eso era algo que no nos podíamos permitir en nuestra situación.

A cambio, le ofrecí más trabajo de campo. La dejé entrar en las sucursales que elegimos vigilar a pedir información, sola, y también que observara el movimiento de la calle y las posibles rutas de huida. De momento, pareció sentirse satisfecha con eso, pero sabía que no se conformaría a largo plazo, ni siquiera a corto.

Tendría que planear a conciencia el siguiente golpe, no permitiría que corriera el menor riesgo.

Clare

Al parecer, Baxter aún no confiaba del todo en mí, por lo que me dedicué en cuerpo y alma a desempeñar cada uno de los trabajos que me mandaba. También lo hacía para dejar de pensar en las malditas vacaciones, que ya quedaban ajenas y lejanas, como si nunca hubiesen existido. El problema era que sí habían sido reales. Demasiado incluso.

Baxter era real.

Su sonrisa era real.

Sus ojos brillantes eran reales.

Su... cuerpo era real.

Y, por supuesto, mis recuerdos eran reales.

La mayor parte del tiempo conseguía apartarlo de mi cabeza, entre trabajo y películas nocturnas, pero el par de horas que transcurrían entre que me despertaba y él asomaba por la puerta de su habitación, para empezar el día, era un maldito suplicio.

Si preparaba café, me acordaba de cuando nos besamos la mañana siguiente de haber pasado juntos la primera noche.

Si me duchaba, las imágenes de ambos bajo el chorro de agua me taladraban las neuronas.

Si me quedaba en la cama, su calor a mi espalda y su mano sobre mi cintura aparecían como por arte de magia.

Así que empecé a hacer todas aquellas actividades con los auriculares puestos —menos la ducha, aún me quedaba un poco de cordura—, en un intento de centrarme en la letra de las canciones, y las cantaba. Igual que hacía en casa de mi padre para olvidarme de él y de sus mierdas. Desde que había dejado mi hogar, no había necesitado tanto la música. Y no me gustaba. No quería tener más pensamientos en la cabeza que evitar.

«Vamos, Clare. Puedes hacerlo. Fuiste capaz de olvidar cosas muy desagradables», me decía un millón de veces.

¿El problema?

Que pensar en Baxter no era un asco. Todo lo contrario. Y mi cerebro no colaboraba. Iba una

y otra vez a la carpeta marrón a la que le había puesto su nombre, en mayúsculas y subrayado. Como un yonqui que necesita su dosis cada cierto tiempo para perderse en el éxtasis de la droga.

—¿Clare? —oí la voz de Baxter.

—¿Sí? —Giré el cuello en su dirección.

Estábamos en el coche, en la calle trasera del banco en el que íbamos a atracar, en una pequeña ciudad al oeste de Carolina del Norte.

—Te preguntaba si estás lista —insistió—. ¿Te encuentras bien? ¿Tienes náuseas otra vez?

—Oh, no, no. Estoy bien. Estaba repasando las calles por las que debemos huir —mentí.

—Bien. Entonces, ¿lista? —Siempre lo preguntaba del mismo modo.

Asentí con energía y me agarré al volante.

—Preparada.

—Vale. No tardaré, ¿de acuerdo? —Me miró e hizo el amago de elevar la mano hacia mi rostro, pero se echó atrás. En su lugar, abrió la puerta del coche y salió.

Lo vi desaparecer tras la esquina del edificio por el espejo. Centré, entonces, mi atención en esa parte de la calle y de la delantera, por si se le ocurría aparecer, como en alguna ocasión anterior, por el otro lado. Miré mi reloj. Las 9:45. Tendría que estar de vuelta antes de que los números marcaran la hora en punto.

Ni siquiera me había fijado demasiado en su vestimenta, solo tuve ojos para mirar los suyos. No había notado ni pizca de miedo en ellos, ni flaqueza; solo determinación y seguridad. El Baxter de siempre. El de antes de Virginia Beach. Y así debía seguir siendo. Mantener una relación más allá de la profesional nos causaría problemas. Nos distraeríamos. Nos preocuparíamos en exceso. Como yo lo estaba en ese instante. El corazón me palpitaba más fuerte de lo habitual en esa misma circunstancia. Mi temor a que le ocurriera algo malo había aumentado de forma considerable.

No, no podíamos permitirnos bajar la guardia.

Volví a comprobar la hora. Las 9:56.

Levanté la vista y ahí estaba. En el reflejo del retrovisor. En cuanto dobló la esquina, echó a correr hacia el coche. Abrí su puerta y me erguí en el asiento.

Entró como una exhalación. Y, sin darle tiempo a cerrar, arranqué con un chirrido de ruedas.

—¿Todo bien? —pregunté cuando ya nos alejábamos de la población.

—Sin problema —contestó en su tono habitual.

Al menos, estaba a salvo. Conmigo. Si debía ocurrir cualquier contratiempo, prefería que estuviéramos los dos. Juntos pensábamos mejor que por separado. O eso quería creer.

CAPÍTULO 41

Carter

Maldita sea. Otro atraco. El mismo modo, el mismo tipo. Éramos demasiado lentos. Y eso que esa vez había pasado más tiempo entre un robo y otro.

—Matt, Jason —casi grité—, vamos a enviar por fax estas tres imágenes —las levanté en mis manos— a todas las sucursales pequeñas de Carolina del Sur, Georgia, Alabama, Tennessee, las dos Virginias, Kentucky, Misisipi...

—¿A todas? —me interrumpió Matt.

—Sí, a todas. Me da igual las horas que tardemos. Llamaremos, les explicaremos la situación, les mandaremos las fotos y les diremos que se pongan en contacto conmigo si entra en el banco cualquier tipo que crean sospechoso. No puede ser tan difícil reconocer a un extranjero entre los habitantes de su ciudad —bramé, como si fuese evidente.

Jason se pasó las manos por la cara, agotado. Todos lo estábamos, pero apenas nos quedaba una semana para que expirara el plazo que Joe me había dado para investigar. Al menos, debía conseguir una pista fiable para convencerlo de seguir adelante.

—Voy a sacar el listado —claudicó Jason mientras se levantaba de la silla—. ¿Alguien quiere café?

—Yo, por favor —pidió Matt.

—Gracias —asentí—. Prometo que tendréis unos días libres cuando acabemos con esto —anuncié.

Nos tomamos un descanso para estirar las piernas, fumar un cigarrillo y chutarnos cafeína. Jason había sido tan considerado que fue a buscarlo a la cafetería en lugar de sacarlo de la máquina de la comisaría.

Todo un detalle.

Dividimos la lista de teléfonos y, durante dos horas, Matt y yo llamamos a todos los números, mientras Jason enviaba una y otra vez las mismas fotos a cada sucursal. Esperaba que el viejo fax de la oficina aguantara el ritmo.

—Espero que esto dé resultado, si no, ya no sé qué más hacer —resoplé—. Marchaos a casa. Yo me quedaré para reorganizar los datos y por si alguien contacta.

—No creo que el primer día tengamos tanta suerte —indicó Matt—. Además, a estas horas —miró su reloj de pulsera—, no creo que ningún banquero siga trabajando.

—Por si acaso.

—Está bien, jefe. Nos vemos mañana —se despidió Jason.

—Adiós. Y no me llames así. —Levanté la mano.

Ambos se marcharon riendo. A pesar de sus quejas, trabajaban y, para mí, eso era lo

importante. Podía lidiar con sus reproches, lo hacían más por hablar que por quedarse callados. Eran amigos desde la academia, aparte de compañeros, y eso era algo que yo valoraba, aunque al principio me costase un poco acostumbrarme a su verborrea constante. Joe lo sabía, por eso me los había asignado.

Solo me entretuve media hora, no quería llegar demasiado tarde; cenaría con Juls y me acostaría a descansar. Antes de salir por la puerta, desvié las llamadas de mi número de la comisaría a casa; solo por si acaso.

Cuando bajé del coche frente al jardín, ya pude oler el pastel de carne. Tenía la mejor compañera de vida.

—Hola, ya estoy en casa —anuncié al entrar.

—En la cocina —contestó.

Me dirigí hacia allí, después de desprenderme de la placa y la pistola.

—Huele genial. —Acerqué mi cuerpo a su espalda, la rodeé por la cintura y metí la nariz en su pelo—. Sí, huele de maravilla. —Aspiré.

—Tienes mucha cara, Carter Morris —se rio entre dientes, sin dejar de lavar la lechuga bajo el grifo.

—Y te quiero más que a nadie —respondí junto a su oído.

Entonces, se dio la vuelta y entrelazó sus dedos mojados en mi nuca. Sus ojos de chocolate sonrieron junto a sus labios.

—Eres tonto. —Dejó un pequeño beso sobre mi boca.

—Lo sé. Siento estar tan liado estas semanas. En cuanto se me acabe el plazo, prometo no volver a mencionar este asunto.

—Eso espero. Sé que te implicas en cada caso en el que intervienes, pero esto... es pasarse —me reprochó con fingido enfado.

—Nos iremos unos días cuando termine.

—Oh, qué bien, compensaciones matrimoniales —se burló.

La besé de nuevo. Era la única mujer a la que había querido, estábamos juntos desde el instituto.

—Puedo empezar ya a compensarte... —susurré mientras subía mis manos por sus costados hasta la base de sus pechos.

—Me parece justo —musitó. Y se encaramó con las piernas a mi cintura.

CAPÍTULO 42

Clare

Llegamos a Atlanta, Georgia, al día siguiente del último atraco. Baxter condujo toda la tarde para alejarnos lo antes posible y perdernos en una ciudad grande. Dormimos la primera noche en un hotel y, por la mañana, como de costumbre, fuimos a alquilar un apartamento y nos trasladamos.

—Esta vez tengo claro dónde atracaremos —dijo Baxter mientras cenábamos una *pizza*, sentados en el sofá, frente a la tele.

—¿Sí? ¿Dónde? ¿Ya has estado aquí? —pregunté.

—Si todo sigue como hace dos años, la población ideal es Ringgold. Está a pocas millas de la frontera con Tennessee y hay varias carreteras por las que llegar.

—Oh, entonces, tiene buenas rutas de escape.

—Así es.

—Y, ¿de qué conoces esa ciudad?

—Pasé por allí hace un tiempo, de camino a otro estado.

—Genial. Así solo tendremos que ocuparnos de una sola oficina, ¿no?

—Sí. Creo que podríamos hacerlo esta misma semana.

—Vale. Como tú veas. Si conoces bien el sitio, quizá sea el idóneo para que yo intervenga, ¿no?

—Ya sabía yo que no se te olvidaría. —Rio entre dientes. Me encogí de hombros como respuesta—. Por eso lo he elegido. Pero —levantó el dedo índice—, si la cosa está más complicada de lo que creo, no lo haremos hasta estar seguros, ¿de acuerdo?

—No tengo prisa.

—Nadie lo diría, con las veces que me lo has recordado —se burló, antes de darle un bocado a su *pizza*.

—Es para que no se te olvide.

—Ya, claro. —Se limpió los labios con la servilleta.

No pude evitar mirar su boca pringada de salsa de tomate.

—Aunque... —me obligué a seguir con la conversación—, si crees que no estoy preparada, lo entenderé.

—¿Seguro? —Alzó una ceja.

—Claro. No quiero cagarla.

—¿Tú te sientes preparada?

—Yo sí.

—Pues ya está.

—Pero quiero que tú me lo digas. Quiero saber tu opinión.

Inspiró hondo, bebió de su cerveza y dejó la porción en la caja.

—Estás lista —asintió—. Aunque —continuó—, si por mí fuera, no entrarías en ningún banco —expuso con un rictus más serio de lo habitual.

—¿Por qué? —Arrugué el ceño.

—Porque... no quiero que corras riesgos innecesarios. No me perdonaría que, por mi culpa, te encerraran.

—Asumo esos riesgos. Aunque no estoy segura de poder asimilar que nos pillen por mi culpa. Que te detengan por meter la pata.

—Eso puede ocurrir en cualquier momento. Recuerda lo que pasó en Sabetha.

—Cierto. —Me reí—. Eso era algo con lo que no contábamos.

—Hay variables que no se pueden controlar, por eso me preocupas.

—Creo que te lo tomas demasiado a pecho, Bax. Antes eras más divertido.

—¿Antes?

—Antes de... —me callé.

«Antes de regresar de Virginia Beach», pensé.

Aparté la vista y bebí de mi lata de cerveza.

—Clare...

—Vale. Si tú estás de acuerdo en que puedo hacerlo —continué con el tema anterior—, no hay más que discutir. Te acompañaré.

—De acuerdo. Pero lo harás como espectadora, como si fueras una cliente del banco, no como si me conocieras —expuso.

—¿Qué? Ni hablar. Si entro, lo hago de pleno.

—Clare, será tu primera vez. Lo planearemos de ese modo, después, si todo va bien, iremos avanzando en tu papel —argumentó.

Joder. ¿Por qué siempre tenía razón? Y, ¿por qué yo era tan cabezota con ese asunto? ¿Es que no tenía suficiente con la implicación que ya tenía? No. Quería entrar con él. Asegurarme de que nada salía mal. La espera en el coche se me hacía eterna, sin saber nada de él, aunque solo fuese durante unos minutos.

Bufé.

—Vale. Tú mandas —atajé.

Baxter

Solté el aire despacio. Había aceptado. No sin insistir, por supuesto, pero haber accedido a mi propuesta ya era un nuevo paso. De ese modo, alargaría el momento en el que ella interviniera de manera «activa». Estaba seguro de que esa noche dormiría más tranquilo.

Después de cenar, le enseñé en un mapa la localización de la ciudad y las diferentes rutas que podíamos tomar.

—Y, ¿ya tienes pensado cuál será mi papel exacto? Porque, si no estoy en el coche, ¿cómo lo vamos a hacer para salir cagando leches? —preguntó.

—Irás al banco antes que yo y preguntarás por alguna gestión; unos segundos después, entraré yo y, cuando veas que llego al mostrador, te marchas. No quiero que te veas implicada en

medio del meollo, solo que observes, porque, si estás allí durante el atraco, no nos dará tiempo a largarnos sin que vean que vamos juntos —argumenté.

—Puedo irme en mitad del follón sin que se den cuenta —cuestionó—. Estarán muy ocupados.

—Ya, pero entonces tendremos que correr ambos hacia el coche. Si sales antes, ya estarás preparada cuando yo llegue —aclaré.

Torció los labios, como siempre hacía cuando rumiaba algo.

—Vale. Tiene sentido —concedió—. Pero —siguió— tú lo hacías solo; atracabas, salías y conducías para huir.

—Es más fácil. Lo tengo todo controlado, solo debo preocuparme por mí, por cómo actúo y cómo salgo de cualquier dificultad que se presente. Al ser dos, la complejidad se duplica, Clare. Tienes que entenderlo. —Traté de sonar convincente y tranquilo. Cada vez se me hacía más difícil pensar en meterla en semejante lío.

¿Por qué le costaba tanto quedarse como estaba? No era necesario que hiciera otra cosa que conducir. Era una magnífica conductora, sobre todo en entornos rurales. ¿Qué más quería?

—Vale, vale. Ya lo he pillado. Iremos paso a paso —claudicó al fin.

—Perfecto. —Mi cerebro resopló de alivio—. Mañana empezaremos con la labor de observar el entorno del banco.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Supuse que el motivo era la tensión que me provocaba la situación. No tardaría en averiguar que se debía a algo más.

CAPÍTULO 43

Clare

Aparcamos el coche de alquiler en la calle perpendicular al banco, a primera hora de la mañana. Ni siquiera habían abierto sus puertas. Según Baxter, debíamos observar cada movimiento, desde el inicio hasta el final de la jornada.

—Anota, como siempre, todo lo que ocurre y la hora —pidió—. Voy a por un par de cafés y algo de comer.

—Vale.

Bajó del vehículo y cerró la puerta sin ceremonias. Lo vi alejarse a paso ligero hacia la cafetería de la esquina. Con el transcurso de los días, había conseguido que el cosquilleo que me recorría las venas cada vez que lo tenía cerca menguara un tanto, a base de redirigir mis pensamientos hacia el trabajo. Intentaba por todos los medios no mirarlo en exceso, escuchar sus explicaciones con la mente puesta sobre la documentación que teníamos entre manos, no acercarme demasiado para evitar que su aroma me envolviera y, sobre todo, no tocarlo, a no ser que fuese estrictamente indispensable; como cuando entrábamos en un banco de la mano, para fingir que éramos pareja, a pedir información. En ese instante, los nervios por entrar en un lugar que, quizá, atracaríamos en unos días, me ayudaba a no prestar demasiada atención a su piel contra la mía.

Sacudí la cabeza y saqué el cuadernillo y el boli de mi mochila, dispuesta a anotar cualquier aspecto que creyera importante a la hora de trazar el plan de robo. Me apoyé en el volante y me centré en observar el escenario urbano que tenía delante.

La calle era de dos direcciones, pero no había sitio para aparcar junto a las aceras, excepto en algunos huecos, en los que se indicaba que estaban destinados para furgonetas o camiones de reparto. No había mucho tráfico, al ser una ciudad pequeña, a pesar de ser el centro. O quizá fuese demasiado pronto. Habría que esperar al momento álgido de la mañana para saberlo a ciencia cierta.

El banco estaba ubicado entre lo que parecía un pequeño supermercado, situado en la esquina, a mi izquierda, y una especie de floristería o tienda de jardinería, a la derecha. Este último negocio no me pareció un obstáculo, aunque preveía que el comercio de alimentación tendría una afluencia, quizá, no masiva, pero sí numerosa, y podría dar pie a tener demasiados espectadores a la hora de actuar. Nunca mejor dicho.

En ese instante, Baxter abrió la puerta del coche.

—Toma —dijo, con la mano extendida, en la que llevaba un café en un vaso de plástico de tamaño grande.

—Gracias.

Lo cogí sin rozarle los dedos, él entró del mismo modo en el que se había bajado, rápido y

sin mirarme. Se acomodó en el asiento y dejó sobre el salpicadero una bolsa de papel marrón con el logo de la cafetería.

—¿Qué tal va todo? ¿Alguna novedad? —preguntó antes de llevarse el vaso a los labios.

—Ningún movimiento aún. Pero me preocupa el supermercado —le expliqué mi teoría, y él asintió conforme.

—Es posible que así sea. Antes de tomar cualquier decisión, veamos cómo transcurre la mañana, ¿de acuerdo?

—Claro. Pero, si hay demasiado trasiego de gente, ¿cómo lo haremos? —cuestioné.

La paciencia no era una de mis virtudes, necesitaba saber lo que intuía que él ya tenía pensado, porque siempre iba varias millas por delante de mí. Fue en ese instante cuando me di cuenta de que, en realidad, no estaba en absoluto preparada para intervenir como yo pretendía.

Maldita sea.

Con las ganas que tenía de pasar a la acción. Pero Baxter estaba en lo cierto, aunque no lo hubiese dicho de forma directa, estaba demasiado verde. Apenas llevaba unos meses con él, ¿cómo ni siquiera se me pasaba por la cabeza ponerme a su altura?

Mierda.

El problema era que no quería perderlo de vista ni un segundo. Si ocurría algo, quería enterarme al instante, no esperar en el coche sin saber nada hasta que él apareciera sano y salvo. Ese rato se había convertido en el peor de todos con diferencia.

—Si hay demasiados transeúntes, tendremos que hacerlo a primera hora, en cuanto el banco abra las puertas, si no hay gente en el exterior, haciendo cola, claro —explicó, con una mezcla de burla y resignación fingida en la voz.

—¿Lo dices en serio o me estás tomando el pelo? —dudé.

—A medias —sonrió ladino.

—Baxter, por Dios, ¿puedes tomártelo en serio? —le recriminé.

—Ayer me dijiste que ya no era divertido y hoy, que me lo tome en serio. A ver si te aclaras, Clare —pronunció mi nombre con retintín, en una «clara» alusión a la relación entre el significado de ambas palabras.

—Joder, menudo momento has elegido para hacerte el gracioso —me quejé, pero no pude evitar que se me escapara una sonrisa parecida a la suya.

—Estás demasiado tensa —volvió a mofarse.

—No lo estoy —mentí.

Lo estaba, y mucho. No solo por lo que haríamos en unos días, a sabiendas de que no estaba lo lista que pretendía hacer ver, sino porque, cuando Baxter bromeaba y sonreía, los latigazos en el estómago resurgían con fuerza. Y no podía decir que no me entendiera; comprendía la situación a la perfección. Necesitaba al Baxter de la playa, pero esa versión me hacía perder la concentración, la cabeza y el control de mi cuerpo.

Entre el deseo y el deber, solo había un estado: jodida.

Baxter

Notaba la intranquilidad de Clare a la legua. Encogía los hombros, agarraba los objetos con demasiado ímpetu y parpadeaba más de lo habitual. Cuando volví al coche con el desayuno, hasta el aire dentro del habitáculo era denso, así que traté de ser ese Baxter no tan serio y preocupado. Pero, cuando me quitaba de encima esa rigidez impostada, sentía unas ganas tremendas de besarla.

Enrollarnos en la playa había sido una pésima idea. Bueno, no en el sentido más literal, sino en lo referente a las consecuencias. Supe que me sería imposible volver a la relación anterior, como si no hubiese pasado nada. Quizá hubiera sido así si no sintiera una atracción por ella más que evidente, y no solo eso, además, esa atracción no era estrictamente física y carnal. Echaba de menos dormir pegado a su espalda y despertar con la certeza de que había pasado la noche en mi cama, aunque no estuviera allí cuando abría los ojos. Las sábanas estaban tibias y revueltas. Encontrarla en la cocina, preparando café para los dos, se había convertido en mi momento favorito del día. Y, sí, seguía con esa costumbre, pero ya no se levantaba de mi cama, sino de la suya.

Olvidar a alguien que no quería olvidar, estando a su lado las veinticuatro horas del día, era con diferencia lo más complicado que había intentado hacer en mi vida. Y, por desgracia, no lo estaba consiguiendo.

Había caído en lo peor para mi profesión. Intimar con alguien. Alguien de quien no poder despegarme, de dejar atrás, si las cosas se ponían feas. Y, a la vez, la había arrastrado a una vida que no merecía.

Tendría que hablarlo con ella. Debía tomar una decisión. Quizá había llegado la hora de retirarse de verdad. Quizá Clare había aparecido para tomar conciencia de que llevaba años jugándome la libertad porque no tenía nada que perder. Ningún lugar al que regresar. Nadie que me importara lo suficiente.

—¿Y bien? —preguntó al tiempo que me enseñaba el cuadernillo en el que había apuntado los movimientos de la mañana—. ¿Qué opinas?

Como suponía, apenas había habido trasiego. Hecho que me tranquilizó; esperaba que no fuese complejo. De ese modo, sería rápido y sin mayores complicaciones; perfecto para que Clare interviniera sin un peligro excesivo.

—¿Y a ti? ¿Qué te parece? —le devolví la cuestión.

—Pues... —se llevó de nuevo la libreta sobre el volante— creo que no será difícil, a pesar de haber una cámara en la entrada del banco —señaló con disimulo hacia la fachada.

—Muy bien, te has dado cuenta —asentí.

—Aprendo del mejor. —Me guiñó un ojo.

Sonreí por su ocurrencia, aunque confesarle todos mis secretos había dejado de molestarme, primero, y de emocionarme, después.

—Vale. Por hoy ya es suficiente. Mañana volveremos para entrar y estudiar el banco —atajé.

—Genial —sonrió satisfecha.

CAPÍTULO 44

Clare

Al día siguiente, cambiamos de coche y regresamos al mismo lugar; esta vez, con la intención de observar la oficina por dentro, localizar las cámaras y estudiar el comportamiento de los empleados.

—¿Qué tal estoy? —le pregunté, aún dentro del vehículo.

Llevaba una peluca de pelo castaño, que peiné con los bucles de moda, a pesar de que a mí me gustaba llevarlo despeinado hasta el punto de no poder pasarle el peine a causa de la cantidad ingente de laca. También me había puesto unas gafas de sol, con cristales azul claro, que me tapaban media cara, y me había maquillado de forma sutil, para no llamar demasiado la atención.

—Perfecta —asintió él.

Baxter también había optado por la discreción. Esa vez se había engominado el pelo hacia atrás, y se había colocado unas gafas de montura metálica dorada y una barba no demasiado frondosa, pero que le tapaba parte del mentón y el bigote. Siempre comprábamos los complementos en bazares y, tras el atraco, lo tirábamos todo en diferentes contenedores. Incluida yo, a pesar de esperarlo en el coche. Bax nunca repetía accesorios, para que resultara más difícil identificarlo; aunque, con el paso de los años, la policía ya sabía que todos aquellos robos los había cometido la misma persona. Él. Pero nadie sabía su identidad. Ni siquiera yo. Estaba segura de que Baxter no se llamaba Baxter, pero no me importaba, porque, al fin y al cabo, era la única persona que se había acercado tanto a él.

—¿Vamos, entonces?

—Vamos —asintió.

Empezaba el primer acto de nuestra interpretación. Me sentía hasta nerviosa, aunque ya había entrado con él en otras sucursales, puesto que pronto lo acompañaría en todos los actos de la función.

Nos adentramos conmigo cogida de su brazo y esperamos nuestro turno de llegar al mostrador. Mientras tanto, con disimulo y con sonrisas cómplices, comentamos lo que debíamos observar, como si habláramos de cualquier otro tema. Era una oficina pequeña, aunque no tanto como otras en las que habíamos atracado. Solo había una empleada para atender a los clientes, y la puerta de lo que supusimos que era la oficina del director estaba abierta, aunque no parecía haber nadie dentro, o quizá sí, porque, por el filo de la mesa que se dejaba ver por el hueco, dedujimos que la misma puerta tapaba a quien estuviera sentado tras el escritorio.

—Seguro que también hay una cámara en el despacho, aunque no creo que sea problema, porque no vamos a entrar ahí —explicó Baxter.

—Pero debemos tener en cuenta que hay dos en la pared del fondo; una en cada esquina, que

apuntan hacia el mostrador —añadí.

—Bien visto. Por eso siempre hay que entrar disfrazado.

Le respondí con un guiño de ojo.

Vimos que la persona que estaba delante de nosotros se alejó de la cajera, y esta última nos observó con una sonrisa amable.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarlos? —saludó.

—Hola, somos los Cooper. Nos hemos mudado hace poco a Fort Oglethorpe y estamos buscando diferentes bancos en los que abrir nuestras cuentas bancarias —expuso Baxter con amabilidad.

—Ah, bienvenidos al Condado de Catoosa. Voy a ver si el director está disponible; él es quien atiende esas cuestiones —informó sin perder la sonrisa.

—De acuerdo, gracias —indicó Baxter.

Vimos a la mujer, de unos cuarenta años, atravesar el umbral situado a su espalda y entornó la puerta hasta desaparecer tras ella.

—¿Es normal que nos hagan pasar? —le susurré en voz muy baja—. Acabas de decir que no entraríamos.

—En algunos bancos lo hacen —contestó en el mismo tono—. En oficinas pequeñas, el director atiende a posibles nuevos clientes. Es una forma de buen trato para... cazarnos —bromeó.

Puse los ojos en blanco. ¿De verdad tenía que bromear con eso en ese preciso instante?

La empleada volvió en un escaso minuto.

—Acompañenme —hizo un ademán para que rodeáramos el mostrador—, el señor Simons los atenderá ahora.

—Perfecto —añadí.

La seguimos los pocos pasos que separaban nuestras posiciones y nos hizo entrar en aquel cubículo.

—Señor Simons, ellos son los señores Cooper. Tal y como le he dicho, necesitan información acerca de la apertura de una nueva cuenta —nos presentó la empleada.

—Buenos días. Encantado de conocerlos. —Un hombre alto y delgaducho, dentro de un traje azul marino, se levantó y nos estrechó la mano—. Siéntense, por favor.

Tanto la conversación como el trato fue amable y distendido. Incluso demasiado. Como si quisiera que no nos marcháramos de allí sin haber conseguido que abriéramos una cuenta, además de otros productos financieros.

Me pareció hasta simpático. Una pena que tuviéramos que atracar su apreciado banco.

Baxter

Cuando llevábamos más de diez minutos allí, miré mi reloj de pulsera. Empecé a sentirme incómodo, porque aquel hombre no dejaba de hablar y hablar acerca de los diferentes tipos de servicios que podían ofrecernos.

—Disculpe, pero llegamos tarde a otro lugar, señor Simons —lo interrumpí.

—Oh, lo siento. Cuando me pongo a hablar de nuestro banco, se me va el santo al cielo —se

disculpó. Nos entregó una tarjeta de visita a cada uno y se puso en pie—. Los acompañó a la salida.

—No es necesario —indiqué—. Sabemos el camino —sonreí con amplitud.

—Está bien. Espero que regresen pronto para abrir su cuenta. Estoy seguro de que nos vamos a llevar muy bien...

—Gracias de nuevo.

Casi me dieron ganas de salir por piernas.

—Adiós, buenos días —se despidió Clare de la mujer que nos había atendido en el mostrador al pasar por su lado.

—Adiós, señores Cooper.

—Por el amor de Dios —me quejé en cuanto salimos por la puerta—. Qué hombre más cansino.

Clare soltó una carcajada mientras cruzábamos la calle, en dirección al coche.

—Jamás te habían atendido tan bien, ¿verdad? —Rio de nuevo.

—Lo cierto es que no, aunque me ha parecido demasiado pesado.

—Es normal. Somos nuevos y quiere clientes para su pequeño «negocio».

—Ni que tuviera pinta de millonario —bromeé.

—Bueno, tienes buena planta; repeinado y con corbata —se mofó.

—Pues no sabes las ganas que tengo de quitármela...

—Anda, dame las llaves. Conduzco yo; así puedes quitarte todo eso de encima.

—¿Y tú?

—Yo solo tengo que arrancarme la peluca.

Hice lo que me pidió y me senté de copiloto.

—Esperemos unos minutos y observemos un poco más el movimiento de la calle. ¿Qué te ha parecido la cajera?

—Fácil —respondió con un asentimiento.

—Es amable y servicial. Perfecto —corroboré—. ¿Y el director? Aparte de un coñazo.

—Habla más que actúa, creo.

—Bien. ¿Cámaras?

—Como ya hemos hablado dentro, dos. Al fondo.

—¿Ninguna más? —Alcé una ceja para provocarla.

Entrecerró los ojos y me miró con atención.

—¿La de la calle, sobre la puerta?

—Hay una más.

—En el despacho del señor Simons.

—Dos, entonces.

Arrugó el entrecejo todavía más.

—¿Hay otra cámara dentro del banco?

Asentí con una sonrisa ladeada.

Miró al frente y se quedó ahí, con la vista puesta en algún punto indefinido, imaginé que tratando de identificar si le tomaba el pelo o, de verdad, existía esa cámara adicional de la que le hablaba.

—Mmm... me rindo. No recuerdo haber visto ningún otro dispositivo de vigilancia. —Se giró hacia mí y torció los labios, como hacía siempre que se sentía un tanto frustrada.

—Sobre el umbral de la puerta de salida. Es más pequeña que las otras. Apenas como un

sensor de humos. De hecho, lo parece, pero no lo es.

—Mierda. Me he fijado, pero he pensado en eso, en un detector de incendios.

—Bueno, al menos, lo has advertido.

—Ya. Ese, y los otros cinco que había en el techo, por eso los he relacionado.

—No pasa nada. Es un sistema un poco más moderno, es normal que no estés familiarizada.

—Vale, pero ¿ocurre algo con ellos? ¿Son distintos? ¿Hay que tener especial cuidado?

—No. La función es la misma.

—Bien. Entonces, ¿estamos listos para ultimar el plan?

—Estamos listos. —Asentí.

Al principio, cuando la cajera nos indicó que nos atendería el director, sentí un pequeño repelús, pero se me olvidó por completo al oírlo hablar sin descanso. Era de esos tipos a los que les encanta escucharse; apenas nos hizo preguntas, solo explicaba sus batallitas con los clientes.

Ojalá hubiera prestado atención a mi instinto. Ojalá no me hubiese relajado ante la idea de complacer a Clare.

CAPÍTULO 45

Carter

El teléfono sonó pasado el mediodía, mientras le daba un sorbo a la botella de agua que siempre tenía sobre la mesa.

—Buenos días, al habla Carter Morris —dije al auricular.

—Buenos días, agente Morris. Soy Frederic Simons, director del banco Simons & Co., en Ringgold, Georgia. Hablamos la semana pasada con respecto a los atracos que se han perpetrado en los últimos años —contestó una voz seria pero afable.

Me enderecé en la silla, recordaba al tipo; había sido servicial y muy atento a todo lo que le expliqué.

—Sí, señor Simons, me acuerdo de nuestra conversación.

—Esta mañana ha visitado mi banco una pareja de... forasteros, por llamarlos de algún modo. Sé que usted me indicó que estuviera atento a un solo hombre, pero di instrucciones a mi empleada para que me avisara de cualquier desconocido que entrara —argumentó orgulloso.

—De acuerdo, señor Simons. ¿Tiene alguna novedad para mí? —También recordé que el director hablaba más de la cuenta.

—Sí, creo que el hombre se parece al de las fotos que usted me envió. Lo tengo todo grabado en las cintas de seguridad. Tanto en la oficina como en mi despacho.

—¿Los ha invitado a su despacho? —cuestioné.

¿Se había vuelto loco? Podría ser peligroso.

—No se preocupe —me interrumpió—, todo ha ido como la seda. No sé si será lo que busca, pero voy a imprimir las imágenes para enviárselas.

—Por supuesto, es usted muy amable.

—Soy un ciudadano implicado, agente Morris. Un patriota —subió el tono—. Y un empresario al que no le gustaría que lo atracaran.

—Desde luego, ha hecho usted lo correcto. Envíeme las fotos. ¿Ha dicho usted que eran dos?

—Sí, un matrimonio. Los señores Cooper, Baxter y Clare Cooper —respondió.

—Perfecto —agradecí mientras anotaba los nombres en el primer papel que pillé sobre la mesa.

—Infórmeme de lo que descubra, por favor. Me gustaría saber si he ayudado en algo a la policía.

—Por supuesto, faltaría más. Muchas gracias, señor Simons.

Traté de no impacientarme; durante los últimos días, habíamos recibido algunas noticias de diferentes sucursales, pero no dieron los frutos esperados. De repente, todos los directores de

bancos pequeños estaban seguros de que serían los siguientes en ser atracados. Así que me lo tomé con calma cuando oí la llamada al fax y la consecuente secuencia de pitidos, antes de que el papel comenzara a imprimirse.

Fui al baño y, al regresar a mi sitio, la bandeja del aparato estaba llena de fotografías. Me encontraba solo en el despacho, había enviado a Matt y Jason a que les diera el aire y, después, se fuesen a almorzar, porque estaban insoportables esa mañana. Lo entendía, el asunto era como buscar una aguja en un pajar, pero yo no podía desperdiciar los últimos días que me quedaban para averiguar algo. Recogí los papeles sin prestarles demasiada atención y me senté de nuevo en mi silla, dispuesto a buscar los nombres que me había dado el señor Simons en la base de datos policial, a pesar de que estaba seguro de que no aparecería nada. Pero, antes de teclear la primera letra, desvié la vista hacia las hojas...

—Me cago en la puta —murmuré, al tiempo que me levantaba, con la hoja en la mano—. Te tengo, cabrón —solté en cuanto vi que, en efecto, era él.

Caminé hasta la ventana para estudiarla a la luz natural. Tras unos segundos, corrí hacia el panel de corcho en el que teníamos todos los datos relevantes, arranqué de la chincheta la fotografía que buscaba y volví a la ventana.

—Lo sabía —elevé el tono—. ¡Sois dos!

Sostuve la nueva fotografía junto a la de la chica con gabardina y corte de pelo a lo Cleopatra que captaron las cámaras de uno de los bancos. No se veía demasiado bien, pero el instinto me decía que era ella. Tenía que serlo. Parecían tener el mismo perfil. De todos modos, no tenía dudas sobre él.

Cogí el teléfono y marqué el número desde el que me había llamado el señor Simons.

—Simons & Co., le habla Maggie, ¿en qué puedo ayudarlo? —contestó una voz cantarina.

—Buenas tardes, necesito hablar con el señor Simons, es urgente.

—¿Quién lo llama?

—Soy el ayudante del *sheriff*, Carter Morris.

—Lo siento, señor Morris, el señor Simons no está en este momento. ¿Puedo dejarle un recado de su parte?

—¿Cuándo volverá?

—Mañana por la mañana.

—¿No tiene forma de localizarlo? Es muy urgente.

—Lo siento, señor. Esta tarde tiene un asunto personal importante que atender. No estará disponible en su residencia.

Mierda.

—Está bien. —No iba a venir de un día—. Dígale que mañana iré a verlo al banco.

—De acuerdo. Se lo comunicaré en cuanto llegue a primera hora.

—Gracias.

Volví frente a la pared y comprobé, una a una, todas las fotografías. En algunas, no parecía él, a causa de los diferentes disfraces, pero estaba convencido de que era el mismo tipo. Marqué Ringgold en el mapa con un círculo rojo. Se ubicaba a tan solo unas ciento cuarenta millas de mi posición, no me llevaría más de tres horas llegar hasta allí. Saldría temprano al día siguiente y comprobaría con mis propios ojos en los vídeos de seguridad que se trataba de él. Después, tendría que hablar con Joe para montar un dispositivo de vigilancia frente a la puerta del banco; si se le ocurría atracar en ese lugar, lo atraparíamos. Bueno, *los* atraparíamos, porque estaba claro que la chica, de la que yo ya sospechaba algo raro, era su cómplice.

Mentiría si no dijera que la adrenalina recorría cada rincón de mi cuerpo. Estaba agotado, pero aquella pista me había chutado una inyección de energía que no sentía desde hacía tiempo. De pronto, mi mente se despejó, mi espalda dejó de doler y el palpito de que estaba a punto de cerrar un caso que llevaba abierto desde hacía una década me recordó que la paciencia es una virtud y por qué decidí ingresar en la policía.

Había seguido el asunto desde sus inicios, cuando aún era un novato recién salido de la academia. En aquel entonces, la razón por la que entré en la policía fue la desaparición de Drew y, después, el maldito atracador de bancos. Con el transcurso de los años, di por perdida la esperanza de encontrar a mi mejor amigo, así que me obsesioné con ese otro caso, para quitarme el mal sabor de boca al ser consciente de que Drew estaba muerto.

CAPÍTULO 46

Baxter

Al regresar al apartamento, sentí una apremiante necesidad de acabar con el asunto cuanto antes. Quería que la intervención de Clare en el atraco pasara lo antes posible. No me veía capaz de aguantar por mucho tiempo la sensación amarga en la boca del estómago que me causaban los nervios.

Nervios.

¿Quién me lo iba a decir?

Llevaba sin notar las náuseas desde mis primeras veces.

—Lo haremos mañana —anuncié mientras dejaba la mochila sobre la mesa del salón.

—¿El qué? —preguntó Clare al tiempo que se descalzaba. Le encantaba sentir la frescura del suelo en las plantas de los pies.

—¿Qué va a ser? ¿El atraco? —contesté con retintín. Necesitaba quitarme de encima la maldita tensión.

Se quedó quieta frente a mí y me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Tan... pronto? —balbuceó.

—¿No tenías tantas ganas de actuar? —la piqué, con una ceja arqueada.

Su rictus demudó de la sorpresa a la determinación.

—Vale. —Sus ojos azules me retaron—. Estoy lista.

—Bien.

Pasamos la tarde ultimando detalles. Yo ya conocía el sitio, el banco era fácil y Clare estaba preparada. No quería esperar más.

Después de ese golpe, tenía pensado ir a algunos de los diferentes lugares donde escondía varios miles de dólares y le propondría a Clare viajar al oeste, a California, con la excusa de que disfrutara más a menudo de la playa; más tarde, buscaría un motivo para convencerla de abandonar nuestra... profesión. La razón real era apartarla del centro del país, donde había perpetrado la mayoría de atracos, y alejarme yo también, ya de paso. Hasta ese momento me había visto incapaz de poner demasiada tierra de por medio de mi antiguo hogar. Pero había llegado la hora de dejarlo todo atrás, al menos, hasta que la policía dejara de perseguirme, si es que eso ocurría alguna vez. No consentiría que Clare pagara por mis faltas.

—¿Lo tienes todo claro? —le pregunté mientras cenábamos, como muchas veces, sentados en el suelo, frente al televisor.

—Cristalino. —Elevó el pulgar de la mano izquierda; en la derecha, sostenía una hamburguesa completa que había cocinado ella misma.

—Perfecto —asentí—. Te aconsejo que esta noche te acuestes temprano. —Señalé con la

barbilla la pantalla—. Mañana será un día duro para tus nervios —bromeé.

—Ja —contestó con la boca llena—, esta noche, más que nunca, necesito ver pelis de acción para relajarme y quedarme dormida sin pensar en lo que vamos a hacer mañana.

No pude evitar soltar una carcajada.

—Espero que no vomites en mitad del banco —me mofé.

—Esa sería una buena distracción para que tú hagas tu trabajo —se rio.

Era posible que tuviera razón, pero no sería capaz de hacerlo si la veía con el rostro pálido y echando la baba por la boca.

—Todo saldrá bien —dije, en un intento de convencerme a mí en lugar de a ella.

—Lo sé. —Sus ojos brillaban de ese modo travieso que me volvía loco.

Le habría arrancado la comida de la mano y la habría besado hasta la mañana siguiente. Incluso, durante todo el día, pero debía estar concentrado. Debía tener la mente despejada para atender a todos los detalles; centrarme en ella y en que el plan se desarrollara sin contratiempos.

Iba a ser una mañana dura y, con seguridad, no dormiría tranquilo, pero lo intentaría. Trataría de que no le ocurriera nada. Se lo debía; yo la había metido en aquel embrollo y yo la sacaría de él.

Clare

Me enterneció la preocupación con la que los ojos de Baxter me miraban. Se sentía responsable de mí, cuando no tenía por qué. Yo decidí seguirlo e insistí en participar de forma activa. El pobre no tuvo opción.

—Anda, vete a dormir. Ya recojo yo todo esto —ofrecí, al terminar la cena.

—No, te ayudo —atajó.

Cedí. No quería empezar una discusión por algo tan nimio. Limpiamos el salón y la cocina. Teníamos ya preparados nuestros equipajes; Baxter decidió que, tras el atraco, no volveríamos al apartamento, nos marcharíamos en dirección oeste. Nada más y nada menos que... ¡a California!

Cuando lo dijo, no pude evitar saltar como una cría. Hasta el punto de encaramarme a su cuello y abrazarlo. Si no llega a mantener el equilibrio por los dos, hubiéramos caído al suelo por mi ímpetu. Esa noticia me emocionó incluso más que poder acompañarlo en el atraco al día siguiente.

—Lo siento —me disculpé al darme cuenta de que estaba pegada por completo a su cuerpo.

Lo solté y di un paso atrás.

—No pidas perdón por expresarte. —Clavó sus ojos en los míos y una sonrisa ladeada apareció en la comisura de sus labios—. Buenas noches, Clare.

Maldita sea.

Me habría comido esa sonrisa durante horas.

—Buenas noches, Baxter —me obligué a decir.

Lo vi alejarse con pasos firmes y tranquilos hacia su habitación. Confirmé lo evidente. Estaba enamorada de él. Y no me importaba en absoluto que fuese un puñetero ladrón, porque, en el fondo, sabía que no se dedicaba a ello para «hacer el mal».

—Espera —lo detuve.

Se paró y se giró hacia mí.

—Dime.

—¿Algún día me contarás el motivo real por el que te dedicas a esto? —pregunté con tono tranquilo.

Volvió a sonreír.

—Algún día —asintió, y siguió su camino.

CAPÍTULO 47

Clare

Todo ocurrió demasiado deprisa...

Aparcamos el coche en la calle lateral, justo al otro lado de la esquina del supermercado ubicado junto al banco. Era una calle más estrecha que la principal, pero la que empalmaba con la comarcal que debíamos tomar en el plan de huida.

Bajé del coche un minuto antes que Baxter, tal y como habíamos acordado. Yo entraría y saldría primero del banco. Solo debía preguntar a la empleada si disponían de cajero automático. Cuestión que ya sabíamos. Estaba instalado en la parte derecha de la entrada, pero debía hacerme la tonta. Después, me acercaría al aparato y simularía que sacaba dinero, mientras Baxter atracaba a la chica. Debía estar atenta a su intervención, con disimulo, y, antes de que él terminara, yo debía dirigirme hacia el coche, esperar a que llegara y salir por patas.

Sencillo.

Fácil.

Sin complicaciones por ser mi primera vez.

Todo salió a pedir de boca hasta que, al salir del banco y doblar la esquina del supermercado, alguien me abordó por la espalda y me agarró con fuerza, para luego arrastrarme hacia el hueco de un portal en la pared de la fachada.

—Pero ¿qué demonios...? —grité, con el corazón en la boca.

—Soy el agente Carter Morris. Te voy a detener y a tu compañero también —susurró una voz masculina junto a mi oído.

Se me cortó la respiración.

Me temblaron las rodillas.

Sentía el pulso en las sienes.

Pero intenté mantener la mente fría. Yo no había hecho nada. No tenía dinero encima, no tenía pruebas contra mí. No entendía cómo narices aquel policía sabía quiénes éramos y dónde estábamos. Tampoco, si ese tipo era realmente un poli.

—Eh... Perdona, pero... no entiendo nada. Yo no he hecho nada. No sé a qué se refiere... —balbuceé.

—Desde luego que lo sabes, Clare —hizo hincapié en el tono al pronunciar mi nombre.

¿Cómo demonios lo sabía?

—Se equivoca de persona, en serio, agente. Yo no he hecho nada —insistí.

El corazón me latía a mil por minuto.

Tenía la boca seca.

Me revolví entre sus brazos, pero el tipo me tenía bien sujeta por el torso, desde atrás. Aún

no había conseguido verle la cara, porque tenía encajonada mi cabeza en el hueco entre su clavícula y su mentón.

—De acuerdo. Si en unos segundos tu compañero no aparece por esa esquina, en dirección al Ford plateado, ahí aparcado, te soltaré, me disculparé y yo mismo te llevaré a la comisaría para que me denuncies por agresión policial —expuso en todo severo y firme.

Mierda.

No podía avisarlo. Y estaba a punto de salir del maldito banco. No me dio tiempo a nada...

En cuanto Baxter surgió por la esquina a paso ligero, mientras se desprendía de la gorra, el tipo me arrastró fuera de nuestro escondite.

—¡Eh! ¡Atracador fantasma! —lo llamó el supuesto policía.

Baxter se detuvo en seco y se giró en nuestra dirección. Lo vi apretar la mandíbula, a pesar de que la barba falsa se la tapaba, y elevar las cejas por encima de la montura de las gafas.

—Clare... —pronunció, con total desconcierto.

—¡Vete, Bax! ¡Lárgate de aquí! —grité.

Noté varios movimientos del poli a mi espalda. Me sujetó con fuerza con un solo brazo y desenfundó su pistola.

—¡Policía! No te muevas o disparo —lo amenazó.

—¡No va a dispararte! ¡Vas desarmado! —volví a gritar—. ¡Vete! ¡No tiene nada contra mí!

—¡Cállate! —me chilló en el oído.

En ese instante, el director del banco que nos había atendido el día anterior hizo su aparición por la misma esquina al grito de:

—¡Al ladrón! —Pero se quedó petrificado ante la escena.

Apenas había un puñado de personas en las calles, que se detuvieron y se escondieron, tras los coches o en los comercios, al ver lo que sucedía.

—Señor Simons, llame a la policía —gritó mi captor.

El hombre retrocedió al segundo y desapareció del mismo modo en que había aparecido.

—¡Maldita sea, Bax! Vete, esto se va a llenar de polis —insistí—. Por favor...

—¡Ni se te ocurra! —lo amenazó de nuevo, con el arma en alto.

Baxter seguía anclado al suelo de la calzada. Lo entendía, yo me habría quedado exactamente igual, pero debía marcharse. Si lo atrapaban, pasaría en la cárcel una larga temporada, a pesar de no haber matado a nadie en todos los años que llevaba atracando; quizá eso rebajara la pena.

No sé de dónde saqué la fuerza, pero me revolví y empujé con el cuerpo al policía con tal ímpetu que ambos caímos al suelo.

—¡Vete, Bax! —insistí mientras intentaba quitarme de encima al puñetero agente.

—¡Maldita sea! —gruñó mi captor.

No tuvo otro remedio que soltar el arma y agarrarme con más fuerza.

De fondo, oí el chirrido de las ruedas del Ford.

Por fin.

Baxter

Mierda. ¡Mierda! MIERDA. ¡MIERDA!

Mientras aceleraba a fondo, machaqué a golpes el volante. Había sido un maldito cobarde, un egoísta, un... impresentable. Había dejado tirada a Clare.

¡Imbécil!

¿Cómo había podido hacer algo así?

Los refuerzos policiales no tardarían en llegar al lugar, así que debía seguir hacia adelante sin mirar atrás. Sentía tal rabia bullirme en las venas que no dejé de pisar el pedal hasta llegar a la Interestatal I-75; de hecho, ni siquiera lo solté cuando me incorporé.

No entendía qué había salido mal. Todo iba según lo previsto, sin sobresaltos. Supuse que aquel policía se encontraba en la calle por casualidad, pero... ¿por qué había atrapado a Clare? Ella no había hecho nada, tan solo había salido del banco; nadie sabía, excepto la empleada, a la que estaba atracando en ese instante, lo que ocurría en el interior. Hasta la puerta del despacho del director estaba cerrada. Ni siquiera salió. No había nadie más que la cajera. Nadie más entró ni salió.

¿Era posible que, desde su despacho, el director me viera a través de las cámaras de la oficina y hubiese avisado a la policía? No, no podía haberse dado cuenta de que estaba atracando. No se veía mi arma, no me comportaba de forma violenta. Sonreía de forma amable. Cualquiera que observara la escena pensaría que era un cliente al que la empleada le entregaba dinero de su cuenta o cobraba un cheque. Hasta eso había perfeccionado.

Pero ¿qué tenía que ver Clare? Y, ¿cómo sabía ese poli que estábamos juntos? No pude verlo bien, se escudaba tras ella, el muy cabrón, y, además, yo no podía apartar los ojos de Clare. De su mirada preocupada. No había miedo, tan solo frustración.

Joder.

No podía dejarla. Debía idear un plan para sacarla de allí. Sabía que, si no disponían de pruebas, tendrían que soltarla en cuarenta y ocho horas, pero ¿y si tenían algo contra nosotros que yo desconocía? Porque, al final, analizando todo lo ocurrido, llegué a la conclusión de que ese maldito poli sabía que estábamos allí, en el banco, atracando.

No había sido casualidad.

Y Clare se había sacrificado para que yo huyera.

Estaba convencido de que se cabrearía conmigo por ir a buscarla, pero yo jamás me perdonaría abandonarla a su suerte.

CAPÍTULO 48

Carter

Comisaría del sheriff del Condado de Marshall, Tennessee

Entré en la sala de interrogatorios en la que mis compañeros habían instalado a Clare. Solté la carpeta marrón sobre la mesa y me senté frente a ella. Sin la gabardina, las gafas y la peluca de Cleopatra, parecía una chica demasiado joven, prácticamente una niña.

—Bien, Clare...

—Quiero un abogado —me interrumpió, con la mirada fija en la mía.

—Primero deberíamos hablar.

—¿Crees que soy idiota? —cuestionó con tono seco—. No voy a hablar con nadie sin la presencia de un abogado.

—Vaya, al parecer, conoces bien los protocolos, a pesar de no estar fichada.

No contestó. Se limitó a observarme sin apenas pestañear.

Jodida cría.

—Está bien. Volveré cuando un abogado de oficio esté disponible. ¿No quieres hacer la llamada que te corresponde? —pregunté con ironía.

Negó con la cabeza.

Recogí la documentación y salí con un portazo.

—Carter —me llamó Joe desde el umbral de su despacho y, acto seguido, se dio la vuelta para entrar; una clara invitación a que lo siguiera.

Accedí tras él y cerré la puerta.

—Ha pedido un abogado.

—Por supuesto, ¿qué esperabas? ¿Que confesara sin más? —cuestionó.

—No, claro.

Me senté en la silla, frente a él.

—Sabes que es cuestión de horas que los federales se enteren de que has detenido a una sospechosa de los atracos, ¿verdad?

—No tienen por qué relacionar esta detención con el caso del atracador si nadie se lo dice —atajé.

—Supongo que no. —Se reclinó en el asiento—. ¿Qué vas a hacer? No tienes pruebas que la impliquen. Ni siquiera llevaba encima el dinero.

—La haré confesar. O... delatarlo. Le puedo ofrecer un buen trato. —Me encogí de hombros.

—Carter —Joe apoyó los codos sobre la mesa—, no tienes nada con lo que negociar. Esas «pruebas» de las imágenes no son suficientes y lo sabes.

Respiré hondo y solté el aire con lentitud.

—Creo que tengo una idea —dije.

—¿Cuál?

—Una rueda de prensa. Si ella no nos lleva hasta él, que sea él quien venga a nosotros.

—¿A qué te refieres?

—A mandarle un mensaje... subliminal. Le haremos creer que ella va a cargar con todos sus atracos, que tenemos pruebas suficientes para condenarla.

—¿Qué te hace pensar que eso hará que salga de su escondite?

—Vi cómo se miraban. Están juntos. Ella se sacrificó por él —argumenté con seguridad.

Joe volvió a reclinarse contra el respaldo de su sillón de oficina.

—De todos modos, eso hará que el FBI se te eche encima; no pasará desapercibido como pretendías hace un momento. En cuanto salgas ahí fuera —señaló la puerta—, los federales te quitarán el caso y a mí me echarán del cargo por haberte permitido que siguieras con esto.

Tenía razón. Mi obsesión por atraparlo no me dejaba pensar con claridad. Sentía la mente embotada, nublada, como si se me hubiesen acabado las pilas.

—Mierda —murmuré.

—Vete a casa. Descansa un poco y vuelve más tarde —me ofreció.

—No, tengo que esperar a que llegue su abogado.

—Le diré a los chicos que te avisen cuando venga. No creo que tarde menos de tres o cuatro horas. Ya sabes cómo funciona. —Se encogió de hombros.

—De acuerdo —accedí, tras pensarlo unos segundos.

Salí de allí arrastrando los pies. No podía más.

—Morris —me llamó Jason—, creo que deberías ver esto —dijo con tono aprensivo.

—¿Qué pasa?

Lo seguí hasta el cuarto de descanso de la comisaría, donde solíamos tomar café o charlar entre compañeros. Señaló la televisión encendida.

En la pantalla, aparecía una periodista que sostenía un micrófono junto a los labios del señor Simons, el director del banco de Ringgold. Este explicaba con sumo detalle todo lo ocurrido esa misma mañana en su oficina y se jactaba de haber contribuido a la detención de la cómplice del Fantasma.

—Mierda —gruñí—. Maldito egocéntrico.

Pensé en llamarlo y cantarle las cuarenta, pero eso no serviría de nada; el mal ya estaba hecho. Era cuestión de horas que los puñeteros federales se presentaran en nuestra comisaría. Tendría que despacharlos de forma convincente, convencerlos de que la detenida no tenía nada que ver con el atracador, que era una simple ladrona de cajeros automáticos.

Me marché de la sala con las venas encendidas. ¿Es que nada en ese caso iba a salir como debía? De acuerdo que había tenido mucha suerte al ver salir del banco a una mujer vestida exactamente igual a la de la imagen que colgaba de mi tablero, gabardina y peluca oscura, cuando llegué a Ringgold esa mañana, para reunirme con el señor Simons. La corazonada se hizo evidente, era ella. Lo presentía. Así que no lo pensé. Me lancé a interceptarla. Si me equivocaba, le pediría disculpas, pero no podía perder esa oportunidad.

—Carter —oí que me llamaban.

Dirigí mi atención al mostrador principal de la comisaría, desde el que procedía la voz de la agente Donaldson.

—¿Qué pasa, Jane? —pregunté de mala gana.

—Tienes una llamada. —Levantó el auricular de la centralita—. El agente especial Thomas Crave, del FBI.

Genial. No habían tardado ni cinco minutos.

—Pásamelo —bufé.

Me dirigí a mi mesa y me dejé caer en la silla.

Menuda mierda.

Inspiré hondo, ordené las ideas dentro de mi cabeza y cogí el teléfono.

—Agente Crave —saludé.

—¿Lo que ha ocurrido en Ringgold tiene algo que ver con el caso del Fantasma, Morris? —
Al grano, por supuesto.

—No, señor. Es solo una chica que intentó robar en el cajero automático —mentí.

—Y, ¿qué hacía usted allí?

—Fui a hacer unas gestiones privadas al banco y me encontré con el embrollo. —Otra mentira.

—Y, ¿por qué está en su comisaría si es un caso de Georgia?

—Porque la chica es de Tennessee —volví a mentir.

—Y, ¿por qué el director del banco ha dicho ante las cámaras que se trata del caso del tipo al que buscamos?

—No lo sé. Es cierto que había un cómplice que entretenía a la empleada mientras la chica robaba el cajero, pero escapó. El señor Simons debe de haberse confundido, ya sabe cómo es la gente, hablaré con él —mentí de nuevo.

Iría al infierno, o a la calle, pero estaba tan cerca que me importaba una mierda. No permitiría que esos capullos se atribuyeran el mérito después de emplear tantas horas en el asunto, cuando ellos solo habían dado palos de ciego.

Tras unos segundos en silencio, Crave volvió a hablar.

—De acuerdo. —Y colgó, sin ni siquiera despedirse.

—Gilipollas —gruñí.

Apoyé la cabeza en el canto del respaldo de mi silla. Cerré los ojos, respiré varias veces para calmar el pulso acelerado que me taladraba las sienes. Necesitaba un descanso, sin duda, pero me quedé así durante unos minutos antes de decidir si marcharme o no a casa.

Lo había tenido frente a mí, a escasos metros, y se me había escapado. Debí haberme centrado en él. Haber dejado que la chica siguiera su camino hasta el coche y atraparlo cuando el tipo hubiera salido de la sucursal. Él era el importante. Menuda cagada de novato. Pero no me paré a analizar la situación. Fue verla y necesitar echarle el guante.

Qué puta pena que siempre se me ocurrieran mejores soluciones cuando ya había jodido el asunto.

Poco a poco, sentí que por fin me relajaba; los sonidos de la comisaría se me antojaron lejanos, y me inundó un sopor que no pude, ni quise, evitar. Aunque la paz duró poco...

El teléfono me sacó a timbrazos de mi ensoñación.

—Morris —contesté a la llamada interna.

—Carter, el abogado de la detenida está aquí —anunció Jane.

—¿Tan pronto? —me sorprendí.

—Eso parece. —Pude imaginar la forma en que se encogía de hombros.

—Ahora voy.

Dejé caer el auricular sobre la base y suspiré. Ni un puto momento de tranquilidad.

Me levanté y me dirigí hacia la entrada de la comisaría. A ver qué tipejo había enviado la administración. Al llegar a la recepción, miré a Jane y ella señaló con la barbilla hacia la pared, frente a ella. Giré el cuello y vi a un hombre alto, de espaldas. Vestía traje azul marino y sostenía un maletín en la mano derecha. Se encontraba delante del tablón de anuncios, observando los recortes y notas que colgaban de las chinchetas.

—Buenas tardes —caminé en su dirección—, soy...

Se dio la vuelta y me clavó la mirada.

—Carter Morris —terminó por mí.

Esos ojos. Esa mandíbula. Ese rictus. Pero no podía ser. O sí. No había duda. Era él.

—¿Drew? —balbuceé, con el corazón en la garganta.

CAPÍTULO 49

Baxter

Reconocí a Carter en la televisión.

Debía deshacerme del coche, así que me quité el disfraz y aparqué el Ford a las afueras de un pequeño pueblo, tras cruzar a Tennessee. Caminé hasta una oficina de alquiler de vehículos, que había visto desde la carretera, y arrendé una camioneta bastante vieja. Trasladé nuestro equipaje, limpié el coche de huellas y lo dejé allí tirado. Ya lo encontrarían.

Después, entré en un *grill* a tomar un café y pensar en cómo podía sacar a Clare de la cárcel. Tendría que averiguar en qué comisaría se encontraba sin levantar sospechas. Me senté a una de las mesas grasientas y, entonces, lo vi. En la televisión que había en una de las esquinas del local, aparecía la noticia de lo ocurrido esa mañana. Las imágenes mostraban al poli, vestido con ropa de calle, arrastrar a Clare hacia el asiento trasero de un coche. En cuanto enfocaron su cara, se me aceleró el pulso, era él.

A pesar de haber pasado más de quince años, jamás había olvidado a Carter. Fue la única persona, aparte de mi madre, a quien eché de menos cuando hui de casa. Fue la única persona por la que quise volver, pero estaba demasiado asustado. Para cuando descubrí que mi padre había muerto, ya era demasiado tarde. Yo ya no era Drew Hammond.

Apreté la mandíbula, tenerlo delante, con esa mirada que mezclaba anhelo, asombro e incredulidad, me produjo unas intensas ganas de echarme a llorar. Por fin había regresado a casa.

Me había reconocido, y la tensión de su cuerpo mostraba que se debatía entre abrazarme y ponerme las esposas.

Aparté un segundo la mirada hacia la agente que estaba tras el mostrador, nos observaba con sumo interés.

Carraspeé.

—¿Dónde está mi clienta? —me obligué a decir.

Carter parpadeó de forma compulsiva y se enderezó.

—Acompáñeme —dijo en tono serio.

La suerte estaba echada. Sería lo que tuviera que ser.

Lo seguí a través de la comisaría hacia lo que imaginé sería el pasillo de las salas de interrogatorio. Se detuvo frente a una de las puertas, la abrió y se apartó para que yo entrara sin apenas mirarme. Pasé por delante de él y vi que la estancia estaba vacía. Supuse que Clare estaría en otra o encerrada en alguna celda. Me senté en una de las sillas, frente al típico espejo que no lo era.

Cerró la puerta tras él y se apoyó en ella. Parecía ausente. No lo culpaba, yo también estaría en *shock* en su lugar.

—Carter —susurré.

Levantó la mano en un ademán que indicaba que me callase.

—Espera un minuto —dijo por fin, antes de salir de nuevo.

A los pocos segundos, volvió a entrar y se sentó en la silla que había frente a mí, al otro lado de la mesa metálica. No me atreví a abrir la boca, preferí que fuese él quien dijera lo que creyera oportuno.

Había sido mi vecino, mi mejor amigo, mi hermano. Nos conocíamos desde siempre. Pero ya no éramos los mismos y, además de los quince años de ausencia, nos separaba el abismo que existía entre su profesión y la mía.

—No puedo creer que seas tú. Pensé que habías muerto —habló mientras se restregaba la cara con las manos en un gesto cansado.

—Lo siento.

—Ni una puta llamada, Drew. —Inspiró con fuerza, aún sin mirarme a la cara.

—Lo sé.

Quería darle su tiempo, yo ya me había hecho a la idea unas horas antes de que lo vería. Dejó caer los antebrazos sobre la superficie y, entonces, clavó sus pupilas en las mías. Parecía agotado.

—¿Qué ocurrió? ¿Por qué no volviste? Entiendo que huyeras, pero...

—Pensé que iba a matarme, como había hecho con mi madre —confesé.

—Se suicidó esa misma noche. Estabas a salvo.

—No lo supe hasta mucho tiempo después, cuando ya era demasiado tarde. Y tampoco quería volver para que me entregaran a los Servicios Sociales.

—Te habríamos acogido en mi casa, Drew —dijo con tristeza—. Habríamos sido hermanos de verdad.

—Estaba demasiado asustado para pensar. Lo único que quería era huir de allí. La vi muerta en la cama, Carter. Se la cargó mientras dormía, joder —me alteré. Llevaba mucho tiempo sin pensar en esa sensación de angustia.

—Lo sé. —Alargó el brazo por encima de la mesa y me agarró del antebrazo. Sonrió—. Anda, cuéntame cómo te convertiste en el atracador más famoso del país —bromeó a propósito, para evitar que ambos nos echáramos a llorar.

Miré hacia el espejo y hacia la cámara que había en una esquina del techo.

—¿Quieres hacerme confesar? —pregunté en un susurro. Estaba dispuesto a ello, por supuesto, había ido allí a eso. No dejaría que Clare cargara con mis delitos.

—Antes he salido a desconectar todo el sistema de vigilancia de la sala contigua. Y he cerrado con llave. —Se la sacó del bolsillo—. Así que puedes hablar sin miedo. Nadie va a ver ni oír nada de lo que digamos o hagamos aquí. Ya pensaremos en ello más tarde.

Maldita sea. Seguía siendo el mismo Carter de siempre. No pude evitar soltar una carcajada.

Clare

No sabía cuánto tiempo llevaba en la sala de interrogatorios, pero, al menos, no estaba encerrada en una celda. Ya no sabía qué más hacer. Había caminado de un lado a otro; en círculos,

alrededor de la mesa; me había sentado y levantado mil veces. Y, desde que el poli que me había arrestado había salido por la puerta, nadie más había entrado. Tenía sed y hambre. Mucha hambre. Además de ganas de ir al baño.

En ese instante, se abrió la puerta y apareció el mismo agente.

—¿Puedo ir al baño? Hace rato que me estoy haciendo pis —dije de mal humor—. Y nadie se ha dignado a traerme ni un mísero vaso de agua. Mucho menos, algo para comer —añadí.

El tipo se quedó plantado frente a mí, con una ceja alzada y una sonrisa burlona en la comisura de los labios. Su expresión distaba mucho de la que mostró la última vez que lo tuve delante.

—Ahora entiendo por qué le gustas —contestó en voz baja.

Arrugué el ceño y lo miré con los ojos entornados.

—¿Qué coño significa eso? —cuestioné. No entendía a qué venía ese comentario.

Se acercó a mí, sacó un manojo de llaves del bolsillo y me agarró de las manos.

—Te llevaré al lavabo —respondió mientras abría las esposas.

—Oh, menos mal, ¿quieres que te haga una reverencia? —Rio entre dientes—. ¿Qué te hace tanta gracia, poli?

—Nada.

Me agarró del brazo, me sacó de la sala y me arrastró en dirección al fondo del pasillo. Nos detuvimos frente a una puerta en la que colgaba el típico cartel de WC de chicas.

—Tienes un minuto. Si no sales en ese tiempo, entraré a buscarte —dijo en tono de voz elevado—. Y no intentes escapar, las ventanas están rejadas.

Ni me molesté en contestar. Empujé la puerta y la cerré a mi espalda.

—Capullo —musité.

—Clare —oí tras de mí.

Casi me dio un infarto al escuchar... su voz. Me di la vuelta, y ahí estaba Baxter, en la esquina de la entrada.

—¡Bax! —grité.

Enseguida me tapé la boca por haber subido la voz y, acto seguido, me colgué de su cuello. Su aroma a jabón me envolvió como una nube. Dios, cómo lo había echado de menos.

—¿Estás bien? —me preguntó en un susurro mientras me pegaba a su cuerpo.

—Sí, sí. —Me aparté unos centímetros de su cuello y lo miré a los ojos—. ¿Te has vuelto loco? ¿Qué demonios haces aquí? ¿Cómo has entrado? Te van a pillar...

Interrumpió mi retahíla de preguntas posando un dedo sobre mis labios.

—He venido a sacarte de aquí.

—Pero ¿cómo? Esto es una comisaría, hay policías por todas partes.

Unos golpes en la puerta me hicieron pegar un brinco.

—Vamos, no tengo todo el día —gritó el poli, desde el otro lado de la puerta.

—Enseguida salgo —contesté al aire—. Tiene muy malas pulgas —me dirigí a Baxter en voz muy baja.

Él apretó los dientes para ahogar una carcajada.

—Tranquila, todo va a salir bien. —Me besó en la frente—. Escúchame, ¿de acuerdo? —Asentí. Seguro que tenía un plan—. He venido en el papel de tu abogado. No hay pruebas suficientes para detenerte, así que saldremos de aquí por la puerta principal. —Se me arquearon las cejas hasta el nacimiento del pelo—. No me mires así...

—¿No te han reconocido? Cuando me han traído aquí, he visto un montón de fotos tuyas

colgadas en una pared, y alguna mía —expliqué.

—No. Nunca he entrado en un banco con mi aspecto normal, siempre he ido disfrazado con algún complemento. —Eso era cierto—. Además —sonrió—, el poli es amigo mío.

—¿Qué? ¿Ese? —Señalé con el pulgar hacia la puerta y arrugué el ceño.

—Sí. Es una larga historia, te la contaré cuando salgamos de aquí, ¿de acuerdo?

—Vale. —Asentí.

—¿Confías en mí?

—Claro. —Imité su sonrisa. No tenía ni idea de cómo me sacaría de allí, pero tampoco tenía dudas de que lo conseguiría.

Fue entonces cuando lo observé con más detenimiento. Le brillaban los ojos, parecía radiante, como si se hubiese quitado un peso enorme de encima.

—Bien. —Me acarició la mejilla el dorso de la mano—. Te he echado de menos.

—Y yo, Bax. Yo... —Volvió a interrumpirme, pero esta vez con un beso en los labios.

Cerré los ojos y me perdí en él. En su aroma, en su sabor, en la suavidad de sus dedos en mi rostro... Si salíamos de esa, tendríamos que hablar largo y tendido.

De nuevo, los golpes en la puerta me hicieron saltar.

—Hablares luego. Tú síguenos la corriente a Carter y a mí.

—¿Carter?

—El poli. —Señaló con la barbilla hacia afuera.

—Ah, vale. Me tienes que contar eso —advertí.

Asintió sonriente antes de agarrarme de ambas mejillas y volver a besarme con suavidad. Enganché mis dedos a las solapas de su americana. Sentía el corazón bombear a una velocidad frenética, las piernas me temblaban de puro alivio, de tenerlo cerca otra vez. Pensé que jamás volvería a verlo.

Se separó despacio de mi boca.

Me recorrió el rostro con los ojos.

Sonrió de lado.

—Creo que puedo decir, sin temor a equivocarme, que estoy loco por ti, Clare —confesó en un susurro.

—Bax...

—No digas nada. Hablares después. —Me soltó con reticencia, la misma con la que deshice mi agarre de su ropa, y se apartó hacia el mismo rincón, detrás de la puerta.

Asentí. Lo miré una vez más y tiré del pomo, dispuesta a enfrentarme a lo que fuese que hubiera planeado Baxter.

CAPÍTULO 50

Clare

Llevábamos casi cuarenta y ocho horas sin salir de la habitación del motel. Cuando me vi fuera de la comisaría, libre y sin cargos, no me lo podía creer. Bax y Carter representaron la escena a la perfección, ante mi total asombro. No entendía nada. No imaginaba nada de lo que había tras la amistad que los unía. Me quedé callada, solo hablaron ellos. Baxter, en su papel de abogado prepotente y Carter, como agente gruñón que no quería dar su brazo a torcer y dejar que me fuera de rositas.

Las pruebas no eran concluyentes, solo especulaciones de un agente cabezota que no llevaban a ningún sitio, según Baxter. Yo no había robado en el banco, no existía ninguna evidencia de ello. Carter tuvo que soltarme. Y, además, retiraría los cargos para que mi expediente quedara limpio.

—Pero ¿de qué conoces a ese tío? —le pregunté cuando acabó de explicarme su acuerdo con Carter, mientras conducía la furgoneta para alejarnos de allí.

—Somos amigos desde qué éramos bebés. —Su expresión al decirlo era nostálgica—. Llevábamos sin vernos desde hace quince años.

—Vivías aquí... —deduje.

Asintió.

—Te prometo que te lo contaré todo, ahora solo quiero llegar al hotel. —Me miró con ojos cálidos, tiernos y, a la vez, encendidos.

Esos dos días dieron para mucho. Sobre todo para sexo y confesiones.

Nada más entrar a la habitación y soltar nuestras mochilas, Baxter se arrancó la americana y la corbata, justo antes de agarrarme con desesperación y besarme. Me besó durante horas.

—Cómo te he echado de menos, joder. Cómo he añorado tus labios, tu piel, tu aroma... —decía entre caricia y caricia—. Sueño con tenerte entre mis brazos desde que salimos de Virginia Beach.

Fui incapaz de articular palabra. Al igual que yo, Baxter parecía estar enamorado de mí; y eso me produjo una sensación que jamás había experimentado. Me sentía deseada, y no solo físicamente. Casi sentía que levitaba. Que volaba.

El espacio entre las cuatro paredes de la habitación se llenó de gemidos, sudor y palabras que no era necesario pronunciar.

Una vez saciados, nos tumbamos en la cama, abrazados. Éramos incapaces de soltarnos. Fue entonces cuando Baxter empezó a hablar.

—Hui de mi casa cuando tenía quince años, en mitad de la noche. Estaba dormido en mi

cama y el sonido de un disparo me despertó. Fue tal el estruendo que supe en el acto que se había realizado dentro de la casa. Me levanté de un salto y corrí hacia la habitación de mis padres. Ni siquiera contemplé la posibilidad de que alguien hubiera entrado a robar. —Inspiró hondo, yo le acaricié el pecho para infundirle calma—. Al abrir la puerta, me encontré con la peor escena que he visto en mi vida. Mi madre yacía sobre la cama, con el rostro destrozado, ensangrentado. Mi padre empuñaba su pistola, sentado junto a ella. Jamás se me olvidará su mirada. Ida, frenética, delirante. Me observó fijamente y desvió el arma hacia mí. Eché a correr escalones abajo. Escuché un nuevo disparo al salir por la puerta principal. No dejé de alejarme hasta que me faltó el aliento. Me encontré en mitad de la nada. Solo. Asustado. Mi padre quería matarme, había visto lo que le había hecho a mi madre.

»Él era soldado. Había regresado de Vietnam un año antes, herido de metralla en la pierna y con estrés postraumático. Iba al centro de veteranos para intentar adaptarse a su nueva situación. No lo logró. Tenía pesadillas. Creía que los norvietnamitas se tomarían la revancha atacando nuestro país. Dormía con un arma bajo la almohada. No sabía muy bien qué había ocurrido, solo que debía huir y no volver jamás. Mi madre estaba muerta, mi padre estaba loco y quería matarme. No supe que esa segunda bala le atravesó el cráneo hasta un par de años después. Se suicidó. Pero yo ya no era el mismo y tampoco me atrevía a regresar. Aquella ya no era mi casa. Carter me ha explicado que, según las opiniones forenses, mi padre se despertó en medio de una de sus pesadillas, confundió a mi madre con un atacante y la mató para defenderse. Luego se dio cuenta de lo que había hecho y se pegó un tiro.

—Dios, Bax... Lo siento —musité.

Me abrazó fuerte y me besó en la coronilla.

—Con las prisas y el miedo, había salido en pijama, así que mi primer robo fue coger ropa y unas botas del tendedero de una vecina del pueblo, en mi huida. Después, en una tienda de comestibles del pueblo más cercano. Tenía hambre y estaba en la calle. A veces comía, a veces no. Dormía donde podía, sobre todo en parques y portales. Me desplazaba de una ciudad a otra haciendo autostop. Trabajaba en cualquier lugar que me ofrecieran algo de comer o un lugar donde dormir. En otros sitios, me pagaban una miseria y me trataban como a escoria, así que empecé a robar con asiduidad. Me importaba una mierda, necesitaba comida y dinero. Con el tiempo, le cogí el gusto y empecé a diseñar planes más complejos, no sé si por costumbre o porque era lo único que sabía hacer. Y, además, se me daba bien. Jamás me habían pillado. —Suspiró—. Hasta ahora. Puñetero Carter —rio entre dientes.

Ya me había explicado que el poli lo perseguía sin saber que se trataba de él, de Drew Hammond, su amigo de la infancia, hasta que se lo encontró de cara en la comisaría.

Tras el relato de su vida, nos quedamos en silencio. No podía imaginar lo solo que se había sentido durante tantos años. Mi situación era una nimiedad al lado de la suya. Nos pasamos las horas siguientes en un descanso apacible, como cuando deja de llover y el cielo sigue gris, pero sin intención de volver a arrancar ni de que salga el sol. En una especie de limbo estático. Placentero y calmado.

—¿Sabes algo de tu padre? —preguntó Baxter al salir de la ducha.

—No —me giré en su dirección, junto a la ventana—, y no sé si quiero saberlo.

—¿Estás segura?

Imaginé que no quería que me ocurriera como a él, que estuviera equivocada en cuanto a la realidad.

—De momento, estoy bien así.

—Como quieras —concedió.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —Y no me refería a si salíamos de la habitación a que nos diera el aire. Y, además, era consciente de que la etapa de atracos terminó en cuanto salimos de la comisaría.

—Había pensado en recorrer todos los puntos en los que tengo dinero escondido, recogerlo y marcharnos lejos, ¿qué te parece? —propuso.

—¿A California?

—O más lejos —dejó caer.

—¿En cuánto de lejos estás pensando? —Alcé una ceja.

—Martinica —soltó como si tal cosa.

—¿Te refieres a la isla del Caribe? —cuestioné con los ojos muy abiertos.

—Esa misma.

—¿Cuándo salimos? —Sonreí de oreja a oreja.

Baxter

Quería ver a Carter antes de marcharnos. Necesitaba pedirle un favor. Otro más. Bueno, en realidad, yo no le había pedido que me dejara escapar. Fue idea suya. Dijo que se daba por satisfecho al haber resuelto el caso e identificar al Fantasma; es decir, a mí. Y que no iba a encerrarme, porque entendía por lo que había tenido que pasar, porque se alegraba de que hubiese vuelto y porque no le daba la gana de resolver un asunto que estaba en manos del FBI. Además, me explicó que su jefe le había dado un plazo, y no lo había cumplido —aunque yo creo que sí—, por lo que se desharía de todos los documentos y se olvidaría del asunto. Eso sí, me sugirió que me retirara, cosa que ya tenía clara, no siempre se corría la misma suerte de ser atrapado por un amigo. Desde nuestro reencuentro, habíamos hablado por teléfono varias veces. Lo malo era que debía marcharme de nuevo por un tiempo, hasta que las cosas se calmaran y los federales se dieran por vencidos, ya que no volvería a proporcionarles ninguna pista más de la que tirar.

Cargamos la furgoneta con lo imprescindible y nos deshicimos de todo lo que tenía que ver con nuestra vinculación a los atracos. También de los pasaportes falsos. Clare volvería a ser Clare Grace Hasting y yo, Drew Taylor Hammond. Aunque ella seguía llamándome Bax, porque quería recordar cómo nos conocimos y porque se le hacía raro llamarme de otro modo. Carter nos ayudó con la documentación. En pocos días, ya le debía más favores que en toda mi vida.

—Tú me salvaste de ser apalizado por los idiotas del instituto en multitud de ocasiones —había dicho.

Era cierto. Siempre se metían con nosotros porque no nos separábamos jamás y, en esa época, él era bastante más enclenque que yo.

—Eso ocurrió hace mil años —rebatí.

—Hay favores que no se olvidan jamás. Y éramos amigos.

—Los mejores.

Aparqué en la parte trasera de su casa, no quería llamar la atención de los vecinos.

—Te espero aquí —ofreció Clare.

Le sonreí. Sabía que necesitaba ese rato a solas con él.

Bajé del vehículo y me asomé por la valla. Tenía un bonito jardín. Estaba seguro de que era de los que cortaban el césped cada mes y arrancaba las malas hierbas que se acumulaban en las esquinas. Había anochecido, pero distinguí a mi amigo sentado en uno de los escalones del porche.

Me encaramé a la valla.

—Carter —lo llamé.

Levantó la vista hacia mi voz.

—¿Qué coño haces ahí? ¿No puedes llamar a la puerta? —preguntó mientras se levantaba.

—Recordando viejos tiempos —contesté al saltar al interior de su propiedad.

—Eres un capullo —se rio, y me abrazó con fuerza—. Un maldito capullo.

—He venido a despedirme.

—Lo suponía. —Me soltó y se metió las manos en los bolsillos delanteros.

—No sé cómo voy a agradecerte todo lo que has hecho por mí.

—Vuelve en cuanto puedas y me invitas a unas cervezas.

Reí entre dientes.

—Eso está hecho.

—¿Quieres saludar a Juls? —Se giró en dirección a la casa.

—Mejor que no. Me da apuro verla y tener que marcharme.

—Vale —asintió.

Saqué un llavero con un par de llaves y se las acerqué.

—Cuida de mi casa mientras estoy fuera —le pedí.

Arrugó el ceño, pero las cogió.

—¿Qué casa?

—La de mis padres.

Entornó los ojos y, de pronto, los abrió de par en par.

—Eres tú. El tío que compró la casa mediante un abogado a la inmobiliaria donde trabaja Juls —ató cabos—. Mierda, ¿cómo no me he dado cuenta antes? Juls me dijo que un tal Flynn... Joder, qué idiota soy.

Solté una carcajada.

—Estabas demasiado ocupado intentado atraparme —me burlé.

—Gilipollas. —Me dio un empujón en el hombro.

—Gracias por todo, Carter.

—No me las des. Tú habrías hecho lo mismo por mí.

—Sin duda.

Inspiré hondo. Me estaba costando la vida decirle adiós.

—¿Adónde irás? —preguntó.

—Nos vamos a Martinica.

Silbó en señal de flipar.

—Menudo cabrón. Yo le debo unas vacaciones a Juls, pero no creo que pueda llevarla ni a la playa —se rio.

—Cuando nos instalemos, te aviso, y venís a pasar unos días, ¿qué te parece?

—Me parece que Juls querrá el divorcio para casarse contigo. Aunque creo que esa canija que tienes por novia le arrancaría los ojos.

—Sí, seguro que lo haría —admití entre risas.

—Me alegro de que hayas encontrado a alguien, después de tanto tiempo solo, por ahí...

—Yo también —lo interrumpí. No quería que ambos nos sintiéramos más vulnerables de lo que ya estábamos.

—Bueno, vete ya, seguro que te está esperando. —Levantó las llaves—. Cuidaré de ella.

—Gracias.

Nos acercamos y nos abrazamos a la vez. Lo agarré con fuerza de la espalda, mientras él palmeaba la mía.

—Llámanos.

—Claro. Dale un abrazo a Juls.

Nos separamos a regañadientes, pero debía marcharme. Iba a llevarme unos días de carretera recorrer todos los lugares que debía visitar.

—Adiós, Drew.

—Nos vemos pronto.

Me di la vuelta y salté la valla, para volver a la furgoneta. Me senté frente al volante e inspiré hondo. Regresaría en un tiempo, echaría raíces en mi ciudad natal y me olvidaría de todo lo malo. Clare permaneció en silencio. Me giré hacia ella. Me miraba con preocupación. Sonreí.

—¿Lista?

La comisura de sus labios se elevó hasta que la felicidad que transmitía llegó a sus ojos en forma de un brillo radiante.

—Preparadísima.

EPÍLOGO

Clare

Seis meses después

Por segunda vez esa tarde, oí el estruendo de una copa estallarse contra el suelo de madera. Me giré hacia Bax.

—¿Estás bien? —Lo observé por si se había cortado con el cristal, pero parecía ileso.

—Maldita sea —gruñó.

—Creo que será mejor que hoy me encargue yo de los cócteles —ofrecí con una sonrisa burlona.

—No es necesario —refunfuñó.

—Si sigues así, vas a acabar con las existencias de la cristalería.

—Muy graciosa. —Me miró con los ojos entrecerrados antes de salir de la barra para, imaginé, ir en busca de la escoba.

Sabía que estaba nervioso. En menos de una hora, Carter y Juls llegarían a Martinica, y Bax llevaba varios días que no daba pie con bola. Había revisado mil veces la habitación que les habíamos preparado en casa, y siempre encontraba algo que quitar o añadir. Al principio le decía que estaba todo perfecto, pero dejé de hacerlo en cuanto me di cuenta de que no servía de nada. Él siempre descubría algo que mejorar.

Lo entendía; después de quince años y tras su breve reencuentro en Tennessee, volvería a ver a su amigo y, además, conviviríamos durante su estancia bajo el mismo techo. El nuestro.

Cuando llegamos a esta isla, nos hospedamos en un hotel y enseguida empezamos a buscar un alojamiento más permanente. De momento, nos instalaríamos para una buena temporada, al menos, hasta que la policía se olvidara de localizar a Bax.

Tras varias semanas de buscar, encontramos una pequeña casa, poco más grande que una cabaña, frente a la playa, en Sainte-Marie, una ciudad situada al noreste de la isla. No era gran cosa, pero nos pareció perfecta para los dos y para disfrutar del mar. No dudamos en alquilarla y trasladarnos allí.

Después de un mes de recorrer la isla, conocer los lugares más bulliciosos y los tranquilos, tuvimos que decidir a qué queríamos dedicarnos. No podíamos estar sin hacer nada. Por mucho dinero que Bax tuviera ahorrado, no era una millonada; aparte de que se había gastado un buen pico en la compra de su casa de Tennessee.

Un día, mientras hablábamos de ello sentados a la mesa de un chiringuito de playa, cercano a casa, vimos al dueño colgar un cartel en uno de los troncos que sujetaban el techo de paja. «Se traspasa», rezaba. El lugar era sencillo, no muy grande, con varias mesas sobre la arena y bajo

sombrillas de madera y broza. Perfecto para atender a turistas y lugareños que se acercaban después del trabajo.

Baxter me miró, yo lo miré a él. Nos levantamos de la silla al mismo tiempo y, sin ni siquiera comentarlo, fuimos a hablar con el hombre. A las dos horas de haber puesto el rótulo, lo retiró. El bar a pie de playa era nuestro. Bueno, más bien de Baxter, yo apenas tenía dinero. Mi aventura como atracadora no duró más de tres meses, por lo que no me dio tiempo a recaudar ni una mínima parte de lo que tenía él. Pero no nos importó.

—Mi dinero es tan mío como tuyo —me dijo.

—Ah, no. Tú pones el capital, yo pongo el esfuerzo.

Como había trabajado de camarera durante bastante tiempo en la cafetería de Martha, en mi ciudad natal, decidí encargarme de todo lo relacionado con llevar el negocio. Bax me ayudaba en la barra cuando había mucho trabajo. Aunque se pasaba las horas allí conmigo, como si fuese *mi* empleado.

—Si no estoy aquí, ¿dónde quieres que esté? Tendré que trabajar en algo, ¿no? —me decía.

Tenía razón, claro. Además, trabajar los dos, nos libraba de tener que contratar a alguien, aparte de mantenernos ocupados durante la mayor parte del día.

Bax volvió del almacén con la escoba y el recogedor en las manos, mientras yo ya había atendido al cliente al que él estaba preparando el cóctel antes del desastre.

—Anda, vete al puerto a esperar el ferry. No hay mucho trabajo ahora mismo —le ofrecí.

Miró la hora en su reloj de pulsera, después de recoger los cristales del suelo.

—Sí, será lo mejor. Hoy no es un buen día para que yo toque nada que pueda romperse. —Sonrió de lado.

Negué con la cabeza y me acerqué a él. Pegué mi cuerpo al suyo y rodeé su nuca con mis manos.

—Puedes tocarme a mí, no me rompo fácilmente —susurré muy cerca de sus labios.

—Creo que esta noche habrá que comprobarlo —contestó, ya casi con su boca en la mía.

—Esta noche, no creo —reí.

—Mierda, es verdad. —Apoyó su frente en la mía—. Siempre podemos ir a la playa. —Se apartó y me miró al tiempo que elevaba repetidamente las cejas.

—Me parece una gran idea. —Y lo besé.

Habían sido seis meses intensos de trabajo y de ponernos al día, pero más aún de conocernos mejor, de besarnos durante horas, de hacer el amor en cualquier parte... El Baxter relajado era todavía más atento, bromista, risueño... que su versión meticulosa. Seguía siendo ordenado y un poco maniático a la hora de planificar, sobre todo en cuanto a las existencias del bar se refería, pero siempre dejaba que yo dijera la última palabra.

Tras unos largos segundos de saborearnos, me separé de su boca.

—Venga, vete. No querrás llegar tarde, ¿verdad?

No contestó, solo me miró a los ojos y sonrió, igual que lo hacía yo.

—Te quiero, Clare Hasting —dijo alto y claro.

Se me abrieron los ojos como platos y mi sonrisa se amplió hasta que me dolieron las mejillas. Era la primera vez que pronunciaba esas palabras. Me lo había demostrado en multitud de ocasiones, pero hasta ese instante no lo había verbalizado. Lo cierto era que a mí me daba igual, pero fue emocionante escucharlo en su voz.

—Yo también te quiero, Baxter Flynn, Drew Hammond.

—Puede que suene a tópico, pero... eres la persona más maravillosa que he conocido nunca.

—Por supuesto que lo soy —intenté bromear, porque no fueron sus palabras las que me hicieron temblar las piernas, sino sus ojos brillantes y llenos de ternura y amor.

—Y la más valiente, inteligente, graciosa, risueña y preciosa. —Obvió mi comentario.

Sentí un calor subirme por el cuello.

—Bax...

—Te lo digo en serio. Me has salvado de un futuro incierto, peligroso y sin esperanza.

Los ojos se me llenaron de lágrimas y me abracé a su cuerpo para evitar derramarlas.

—Fuiste tú quien me ofreció un futuro, Bax. Tú viniste a buscarme.

—Pero tú me encontraste primero.

—Dirás que te secuestré. —Me separé un poco para mirarlo, con una sonrisa y las pestañas húmedas.

—A punta de pistola, nada más y nada menos —rio, y retiró con el pulgar una lágrima traicionera.

Se me escapó una carcajada.

—Estaba desesperada —confesé.

—Bendita desesperación. —Dejó un pequeño beso en mis labios—. Te quiero tanto que, a veces, no sé cómo demostrártelo.

—Lo haces cada día, Bax. Cuando me sonríes, cuando me besas, cuando me coges en brazos y corres hacia la playa, cuando me miras como lo haces ahora...

—Jamás dejaré de hacer esas cosas. Y, si un día lo hago, te doy permiso para que me pegues un tortazo, como a aquel tío del *pub*.

Volví a soltar una risotada.

—De acuerdo. Tomo nota. —Le besé la nariz—. Y ahora vete a buscar a Carter y Juls.

Baxter

Pues sí, estaba totalmente desconcentrado a causa de la llegada de mi amigo. Desde que me despedí de él en su jardín, habíamos estado en contacto por teléfono. En cuanto nos instalamos en la casa de la playa, lo llamé para darle mi número y explicarle cómo nos iba. No podía creer que en poco menos de una hora volvería a abrazarlo.

Me sentía tan emocionado que no pude resistir decir a Clare lo mucho que la amaba, lo afortunado que era por tenerla a mi lado, lo que había supuesto que se cruzara en mi camino. Estaba loco por ella, por su risa, sus bromas, sus piques, su forma de mirarme, de besarme... Jamás me había sentido tan feliz. Y aún lo era más porque ella también sentía lo mismo que yo.

El sonido de la bocina de un barco me despertó de mis pensamientos. El ferry se encontraba a pocas llardas del puerto; ya se podía ver a los pasajeros amontonados, listos para desembarcar. Se me aceleró el pulso y notaba un homigueo en los dedos de las manos. Estaba más nervioso que cuando me disponía a atracar un banco.

Me acerqué al embarcadero, aunque sin interrumpir la faena de los operarios de tierra que preparaban el lugar para la llegada de la barca que hacía las veces de transporte público entre islas y continente.

Al aproximarse, distinguí a mi amigo en la proa. Me saludaba con el brazo en alto.

—¡Drew! —gritaba.

Elevé las manos para corresponder a su gesto efusivo.

La embarcación solo tardó unos minutos más en llegar hasta el muelle. Aún no habían puesto la rampa, cuando Carter saltó directamente desde la proa.

—¡Carter! —gritó Juls a su espalda, con las manos en la cabeza.

Pero él ya corría hacia mi posición. Nuestros cuerpos chocaron como dos coches en dirección contraria. Nos abrazamos, nos palmeamos, reímos...

—Joder, qué ganas tenía de verte —dijo Carter entre risas.

—Y yo, capullo. Juls te va a matar por haber saltado del barco.

—Ya la compensaré después. Maldita sea, estás genial. —Me separó de su pecho para mirarme—. Aunque, con ese bronceado, pareces un chulo de playa. —Se carcajeó.

—El problema es que tú estás demasiado pálido —contesté.

—¡Carter! —oímos a Juls detrás de nosotros.

—Te la vas a cargar.

Nos giramos y la vimos en el muelle, cargada con una maleta.

—Si no quieres quedarte sin equipaje, más te vale que subas a buscarlo —lo amenazó.

—Mierda.

Corrió hacia el ferry, mientras ella negaba con la cabeza y avanzaba en mi dirección con una sonrisa burlona.

—Hola, Drew —saludó al tiempo que soltaba su bolsa y me abrazaba.

—Hola, Juls. Me alegro de verte.

—Y yo de saber que estás bien.

—Estoy perfectamente. Ya veo que vosotros también —me burlé.

—Tu amigo, cada día, está más loco, de verdad. Pero gracias por devolverle su mejor humor.

—Yo no he hecho nada.

—No lo admitirá jamás, pero está mucho más contento desde que volviste a su vida. —Sonrió con ternura.

—Yo también lo he echado de menos —confesé.

—Bueno, ¿dónde está esa casa en la playa? Me muero por darme un baño —nos interrumpió Carter, que se acercó, ya con su maleta.

Nos subimos a nuestro Jeep descapotable y un poco destartado, todo hay que admitirlo. Pero a Clare y a mí nos encantó cuando lo vimos en la tienda de vehículos de segunda mano. Tenía buen motor y era perfecto para desplazarnos por toda la isla.

—Dios, es fabulosa —alabó Juls cuando llegamos a casa.

—Bueno, es sencilla, pero suficiente para nosotros.

—Venga, tío, está genial. Tiene un emplazamiento inigualable —añadió Carter.

—Pues me alegro de que os guste, temía que no fuera lo bastante cómoda.

—¿Estás de coña? Es perfecta —dijo Juls.

—Además, os tiene que gustar a vosotros, no a las visitas —argumentó mi amigo.

—Venga, dejad vuestras cosas y vamos al bar, Clare nos está esperando.

Sí, también me tenía preocupado que no estuvieran a gusto, quería que mis amigos se sintiesen como en su casa. Pero no las tenía todas conmigo de que una casita de madera, con la cocina integrada en el salón, un baño pequeño y dos habitaciones fuese lo más idóneo para ellos. En un principio, pensé en buscarles un hotel cercano, pero Clare me dijo que ni hablar, que eran nuestros invitados y debían quedarse en casa. Nada de hoteles.

Lo mejor del lugar era el porche. Rodeaba la edificación entera y era más ancho en la zona que daba a la playa. Clare lo había decorado con bombillas y farolillos, un par de hamacas y una mesa con sillas. Desayunábamos cada mañana en ese rincón. Era nuestro momento favorito del día.

Fuimos a pie hasta el chiringuito, pues se encontraba a poco menos de una milla, en la misma playa.

En cuanto Clare nos vio llegar, salió de detrás de la barra y vino a saludarnos.

—Hola, bienvenidos. —Se acercó a Juls y la abrazó—. Estoy encantada de conocerte por fin.

—Yo también. Muchas gracias por invitarnos.

—Oh, nada de eso. Estáis en vuestra casa. —La soltó y se giró hacia Carter—. Poli —saludó con retintín.

—Señora Cooper —bromeó.

Se echaron a reír y se abrazaron como si se conocieran de toda la vida. Sentí un cosquilleo extenderse por el pecho, ese que Clare llamaba subidón de felicidad.

Tenía razón.

Me sentía explotar de alegría.

Tenía a mi mejor amigo en casa, amaba a la mujer más maravillosa del mundo y vivía tranquilo en una isla, frente a la playa.

¿Qué más podía pedir?

Nada. Absolutamente nada.

—Venid, debéis de estar sedientos, ¿qué os pongo de beber? —ofreció Clare, de camino de nuevo a la barra.

—Pues, ahora mismo, yo me conformo con una cerveza bien fría. Los cócteles los dejaré para esta noche —contestó Carter.

—Opino lo mismo —se apuntó Juls.

—Bueno, pues después os prepararemos los mejores combinados de la isla —apuntó Clare, ya con un par de botellines en la mano—. ¿Qué quieres, Bax?

—De momento, nada.

Asintió y me guiñó un ojo.

—Esto es una maravilla —comentó Juls, con la vista puesta a su alrededor.

—La verdad es que se vive bien aquí —sonrió Clare.

—Os enseñaré la zona, venid —intervine. Sabía que Clare tendría aún un poco de trabajo, así que no quise que se sintiera mal por no poder atender como es debido a nuestros amigos.

—Id vosotros, yo me quedo aquí con Clare. Quiero ver cómo prepara esas bebidas exóticas —dijo Juls—. No te importa, ¿verdad? —se dirigió a ella.

—En absoluto —sonrió.

—Nos vemos dentro de un rato. —Me incliné sobre la barra y besé a Clare en los labios.

Nos alejamos del bar hacia la playa. Antes de alcanzar la orilla, nos quitamos los zapatos, para caminar sobre la arena mojada con más libertad.

—¿Qué tal todo? —Carter rompió el silencio.

—La verdad es que genial —contesté con una sonrisa tímida.

—No vas a volver, ¿cierto? —dedujo.

Me detuve un momento y él imitó mi gesto.

—No. Clare es feliz aquí y yo también. De momento, no vamos a cambiar este lugar por ningún otro. —Miré hacia el horizonte.

—Si estuviera en tu lugar, seguramente haría lo mismo.
—Sé que acabamos de reencontrarnos y que tenemos mucho de que hablar, pero...
—No tienes que explicarme nada, Drew. Con que no estés muerto me vale. —Los ojos oscuros de Carter me miraban con nostalgia. La misma que sentía yo por los años perdidos.
—Seguiremos en contacto y nos visitaremos a menudo, ¿te parece?
—Creo que te visitaré yo más que tú. Este sitio es mejor que nuestra ciudad —rio.
No pude evitar soltar una carcajada.
—De acuerdo —confirmé—. Quiero pedirte una cosa más.
—¿El qué?
—Quiero que te quedes mi casa.
—¿Qué? Ni hablar. —Negó con la cabeza y con las manos.
—Espera, hombre, que te lo explico. Quiero que la utilicéis para lo que necesitéis en el pueblo. No sé..., para servicios comunitarios, un hogar para ancianos, centro social... Lo que sea. Tirad todo lo que hay dentro y acondicionadla como mejor os parezca. Yo correré con los gastos.
—¿Estás hablando en serio?
—Por supuesto. Quizá volvamos algún día, pero, por ahora, no es nuestra intención. Aquí estamos bien.
—Eso es evidente. —Sonrió ladino y me apretó el hombro con la mano.
—Gracias, Carter, por todo.
—No empecemos a ponernos tontitos, ¿eh? —se mofó.
Se me escapó una risotada.
—Claro que no. Somos dos hombres muy machos.
—Te quiero, tío. —Su mano pasó de mi hombro a mi nuca, para darme un par de toques.
—Y yo a ti.
Nos quedamos allí, frente al horizonte teñido de los colores del atardecer. El mar estaba en calma, apenas nos mojaban los resquicios de las olas que rompían en la orilla.
Ya nadie me buscaba. El Fantasma había desaparecido del mismo modo en que lo hace un espectro «de verdad» hacia la luz. En unos meses más, nadie se acordaría de mí. No era necesario esconderse, podía volver a mi casa sin problema como Drew Hammond.
Pero... Clare y yo estábamos bien allí. Éramos felices, y no existía ninguna razón por la que cambiar nuestro lugar en el mundo.

FIN

Agradecimientos

Llevaba casi un año sin publicar una novela y, con sinceridad, empezaba a preocuparme, porque ha sido un año duro en cuanto a concentración mental y cansancio. Tenía un montón de ideas y poco tiempo para desarrollarlas. Empecé a escribir esta historia cuando ya llevaba más de la mitad de otra. Decidí compaginarlas, porque era incapaz de centrarme solo en una. Esta ha sido la primera que he terminado, la otra es un poco más larga; espero acabarla en estos meses. Supongo que, a veces, la inspiración es un tanto caprichosa y difícil de controlar.

Quiero darte las gracias por volver a darme una oportunidad con esta nueva historia, después de tanto tiempo. Intentaré que no pase demasiado hasta la siguiente. Y espero que hayas disfrutado con Baxter y Clare. A mí me tuvieron en vilo cada día que me reencontraba con ellos por la mañana. Gracias siempre.

También quiero dar las gracias a María y Tessa, sin sus ánimos y sus risas, esto habría acabado muy mal ù . Sois las mejores dando consejos, contando anécdotas y viviendo la vida a tope de power. Os quiero mil.

A mis dos amores, mi marido y mi hija, por la paciencia, las ganas y las risas. Mi casa es un jolgorio diario. No sé qué haría sin vosotros. Sois muy cansinos cuando estáis juntos, pero os echo de menos cuando no estáis conmigo.

A mi familia, por su apoyo y amor infinito.

A mis lectoras cero, y amigas, Marisa, Judith, Niusha, Mónica, Nuria y Estela. Infinitas gracias por seguir destripando cada una de mis historias. Os Alovíu.

Hasta la próxima, queridas kiwis.

Sobre la autora

Nací en Barcelona, un 21 de febrero de hace más de cuarenta años. Estudié una carrera de números y pasé veinticinco años trabajando en diferentes departamentos financieros hasta 2018, cuando decidí que debía cumplir mi sueño desde que era una cría. Combiné el trabajo con estudios de escritura creativa y corrección literaria durante más de cinco años; después, me lancé a escribir y no he parado de hacerlo desde entonces.

En la actualidad, sigo formándome en el campo literario y me dedico por completo a esta profesión que me hace sentir una persona plena y feliz.

Vivo junto al mar, como siempre deseé, y comparto mis días con los dos amores de mi vida: mi marido y mi hija.

«No dejes que solo sean sueños, trabaja para convertirlos en realidad».



Si quieres mantenerte al día de mis publicaciones, puedes seguirme en redes:



Elisa Mayo



@elisamayoescritora



@elisamayo_lakiwi

Otras publicaciones de la autora:

Escanea el código QR para visitar mi página de autora en Amazon.



[\[1\]](#) Letra de la canción *Wonderful Life*, de Black.